

LA LIBERTAD RESPONSABLE

La pandemia, el gobierno de Luis Lacalle Pou
y el futuro de Uruguay

Daniel Supervielle



La libertad responsable

La pandemia, el gobierno de Luis Lacalle Pou
y el futuro de Uruguay

La libertad responsable

La pandemia, el gobierno de Luis Lacalle Pou
y el futuro de Uruguay

Daniel Supervielle

© 2022 FUNDACIÓN KONRAD ADENAUER e. v.
FUNDACIÓN KONRAD ADENAUER
Plaza Independencia 749, of. 201, Montevideo, Uruguay
Tel.: (598) 2902 0943/3974
E-mail: info.montevideo@kas.de
www.kas.de/uruguay
@KASMontevideo

DIRECTOR
Sebastian Grundberger

COORDINADOR EDITORIAL
Ángel Arellano

CORRECCIÓN
María José Caramés

ILUSTRACIÓN DE CUBIERTA
Pancho Perrier

FOTOGRAFÍAS
Presidencia de la República Oriental del Uruguay

FOTO DEL AUTOR
Leo Barizzoni

DISEÑO Y ARMADO
Taller de Comunicación
www.tallerdecomunicacion.com.uy

IMPRESIÓN
Mastergraf SRL
www.mastergraf.com.uy
ISBN 978-9915-9444-5-6
Edición amparada al Dec. 218/96
Impreso en Uruguay-Printed in Uruguay

Desde 1969 la Fundación Konrad Adenauer (KAS) trabaja en Uruguay fomentando la democracia, la libertad y la solidaridad. Hoy, a través de programas de formación y el debate político, el Programa Uruguay trabaja en el fortalecimiento de partidos políticos y de instituciones en los diferentes niveles de gobierno. La KAS también aspira a contribuir a la discusión sobre la inserción internacional del Uruguay en el mundo multilateral en las esferas política y económica.

Los textos que se publican son de la exclusiva responsabilidad de sus autores y no expresan necesariamente el pensamiento de los editores. Se autoriza la reproducción total o parcial del contenido con inclusión de la fuente.

ÍNDICE

Prólogo.....	13
Prólogo del autor.....	19
La pandemia en Uruguay.....	23
El presidente.....	39
Los primeros días del covid-19.....	47
La libertad responsable.....	61
El Grupo Asesor Científico Honorario.....	63
La ley de urgente consideración.....	67
En la hora más oscura.....	71
La libertad del individuo.....	81
El papel del GACH en la crisis sanitaria.....	89
La estrategia de comunicación.....	95
El 1.º de marzo de 2021.....	101
El accionar legislativo durante la crisis sanitaria.....	105
Una mirada crítica de la Academia.....	109
Hacia el fin de la pandemia.....	113
Entrevista breve con Luis Lacalle Pou.....	123
Conclusiones. La libertad responsable y su impacto en el futuro de Uruguay.....	129
Epílogo.....	133
Fuentes consultadas.....	135

A la memoria de los más de seis mil
uruguayos que perdieron la vida infectados
con coronavirus en Uruguay.

A la memoria del alcalde Andrés Abt.

La libertad presupone responsabilidad. Está la libertad para hacer algo. Cuando hablamos de libertad siempre nos referimos a la libertad de otra persona. Para que haya libertad debe haber tolerancia y responsabilidad.

Angela Merkel

PRÓLOGO

Si alguien reunía todas las condiciones para escribir un libro sobre el concepto de *libertad responsable* que el presidente Luis Lacalle Pou manejó en su estrategia para enfrentar la emergencia sanitaria, ese era Daniel Supervielle.

Asesor en comunicación, con experiencia previa en periodismo, Daniel trabajó codo con codo con Lacalle Pou en la campaña de 2014 y volvió a asesorarlo en 2019. Lo conoce bien y, a la vez, su vieja profesión le permite tomar la debida distancia para comprender mejor el pensamiento y la acción política del presidente.

En 2015 había escrito *La Positiva: los secretos de la campaña de Luis Lacalle Pou*, libro que daba testimonio de su experiencia como asesor de un Lacalle Pou que aunque en esa oportunidad no ganó la elección se ubicó en el lugar exacto para hacerlo en la siguiente, lo que ocurrió.

La consigna de aquella campaña fue la de ir *por la positiva* y, aunque no volvió a usarla en 2019, el concepto estuvo implícito en su estilo y en todo el entramado de sus propuestas para esa elección, para armar la coalición multicolor y luego para gobernar.

Su idea era que junto a una propuesta de gobierno clara y fuerte, tomando lo que antes se había hecho bien pero decidido a cambiar lo que había salido mal, había que tender puentes sin azuzar rencores ni alentar grietas.

Daniel explicó el concepto en aquel libro y con este nuevo trabajo avanza en su intención de exponer el pensamiento político del presidente. Aquella idea de *la positiva* y la actual de *la libertad responsable* responden, en definitiva, a una misma visión política. Por eso sostengo que Daniel estaba destinado a elaborar este libro que se complementa con el anterior.

Quien recuerde la evolución cronológica de la pandemia dirá, y con razón, que lo de *la libertad responsable* no estuvo

presente en las primeras semanas de la crisis, cuando Lacalle Pou informaba en sus conferencias de prensa sobre las medidas que iba tomando. Sin embargo, el concepto fue parte esencial de esas medidas y se lo podía percibir, aunque al principio no fuera en forma explícita.

Como lo recuerda Supervielle, en Uruguay nunca se decretó una cuarentena obligatoria ni un toque de queda. Los motores de la economía no se detuvieron y, aunque se exhortó a ello, no fue obligatorio «quedarse en casa». Se exhortó pero no se obligó. Las fronteras se cerraron aunque se trajo a todos los uruguayos que habían quedado varados por el mundo. No hubo controles policiales ni se otorgaron permisos para circular o para ir al supermercado, como ocurrió en países vecinos. Las clases se suspendieron y los alumnos de todos los niveles estudiaron a distancia. De todos modos, apenas se pudo y en forma escalonada los cursos en Primaria fueron rápidamente volviendo a una prudente presencialidad, seguidos luego por los cursos de Secundaria. No hubo un cierre absoluto de dos años, como sucedió en Argentina. El Estado envió a los funcionarios a trabajar desde sus casas. La conexión digital mayoritariamente exitosa fue posible, como bien lo recuerda Daniel, gracias a la red de Antel. Los espectáculos públicos se suspendieron, pero se dio apoyo al mundo del teatro y la música y, en cuanto fue posible, las salas fueron abriendo de a poco y con aforo.

La realidad social del país fue otro tema serio a abordar. El surgimiento de ollas populares en las zonas postergadas, en manos de instituciones del Estado, de organizaciones sociales, religiosas y sindicales, demostró que había allí un problema que venía de lejos. Las medidas de urgencia debieron cubrir situaciones sociales que estaban soterradas y que se suponía que 15 años de gobiernos de izquierda habían solucionado, o al menos atenuado.

En este contexto se hizo legendaria la firme reflexión de Lacalle Pou y que fue un embrión de su concepto de libertad: «¿Alguien en serio, con responsabilidad, está dispuesto a llevar detenido, a llevar ante un juez o fiscal, a un uruguayo que en cualquier lugar del país esté intentando hacer el peso? No parar la olla para la semana, para el día. ¿En serio, es eso lo que están proponiendo?».

En esa pregunta se reflejaba el principio de que la libertad individual iba de la mano con la sensibilidad social. Y ciertamente aquella reflexión conmovió y marcó un punto de inflexión.

Lacalle tuvo claro que no tenía sentido cercenar libertades si además no había condiciones para imponerlas con rigor.

En un recuerdo hacia Antonio Mercader, que fue ministro de su padre, el presidente cuenta que este le decía que los latinos tenían leyes rígidas de cumplimiento flexible y los anglosajones, leyes flexibles de cumplimiento rígido. Por lo tanto no quería decretar una cuarentena obligatoria si no tenía ni el deseo ni la posibilidad de aplicarla a rajatabla.

El libro repasa todo el período, sus altibajos, sus momentos de mayor alarma, la exitosa campaña de vacunación, el rol que jugaron distintos actores: el GACH, el secretario de la Presidencia Álvaro Delgado, el ministro de Salud Pública Daniel Salinas, los centros de vacunación, los CTI. Para todo ello, además, fue necesario apoyarse en una compleja pentacoalición que ha sido crucial en la ejecución de estas políticas.

Para mostrar la evolución y consolidación del concepto de libertad, el autor debió hacer un minucioso trabajo de investigación, analizando las conferencias de prensa, los discursos y las entrevistas al presidente. Visto en su conjunto y leído en orden cronológico —lo que no era tan fácil cuando se vivía el día a día—, se percibe con claridad que el concepto siempre estuvo presente. En forma muy germinal al comienzo y luego desarrollado con contundencia.

En diversas entrevistas que le hicieron (el autor cita una de Alfredo García), Lacalle Pou no reconoce haber sido influido por algún autor especial o por una determinada corriente de pensamiento. Su idea de libertad no es más que parte de lo que siempre ha significado la libertad para los uruguayos, desde los orígenes. No le gusta etiquetarse y acepta el concepto liberal de la libertad individual, pero la conecta con la convivencia social, con la comunidad en la que vivimos y con la que hay que interactuar y ser solidario.

En ese sentido, Daniel cita una de sus frases más claras: «El liberalismo para que sea tal, para que sea puro, tiene que ser con una sensibilidad social, tiene que ser solidario. *No hay*

libertad pura si el entorno no puede gozar esa libertad» (el énfasis es mío).

Por un lado, Lacalle Pou se conecta con el espíritu de libertad que estuvo presente en los orígenes de la Patria, en las guerras de independencia, en los años en que se fue consolidando institucionalmente este nuevo país. Por otro lado, insiste en que la libertad no se contrapone con la presencia del Estado. Entiende que lo que mueve al Estado y le permite disponer de recursos para atender las necesidades sociales que fueron surgiendo durante la pandemia es la marcha de la economía, la producción, la actividad privada. Por eso diseñó medidas restrictivas pero sin represión ni medidas prontas de seguridad, como hubiera correspondido de haber seguido los reclamos de quienes querían un cierre riguroso.

Hubo una especie de pacto entre la sociedad y el gobierno. La gente confió en las autoridades y en el presidente: le creyó porque todo se explicó con franqueza. El mecanismo de las conferencias de prensa, en el horario de los noticieros televisivos (sin interrumpir la programación habitual de los canales) y que permitieron preguntas de los periodistas, consolidó esa confianza porque no se recurrió a la *cadena nacional* transmitida con pompa a una hora obligatoria y sin interactuar con la prensa. Ese mecanismo, en definitiva, si bien fue una solución práctica para informar mejor, fue coherente con la manera de entender el quehacer político que caracteriza a Lacalle Pou.

Daniel Supervielle nos ofrece un trabajo magnífico y, más que nada, necesario. Demuestra que en ese estilo concreto y pragmático que es marca de identidad del gobierno, hay un concepto esencial, un valor superior, hay principios básicos que los uruguayos compartimos y que en su claridad y austeridad de palabras el presidente definió muy bien con la sencilla idea de *la libertad responsable*.

TOMÁS LINN

«El gobierno piensa, escucha, se asesora y toma decisiones, pero depende de los uruguayos.»

«Me quiero parar en algo que algunos han discutido: la libertad responsable. ¿Alguien entiende la vida en sociedad sin libertad responsable? La libertad responsable es algo para hoy, para mañana, con pandemia, sin pandemia, es la vida misma en sociedad. He escuchado por ahí: fracasó la libertad responsable. Si fracasa la libertad responsable, fracasa la humanidad. Fracasa la vida en sociedad.»

«Nunca creímos que la cuarentena obligatoria era viable en nuestro país, porque no iba a generar los resultados buscados y al mismo tiempo iba a generar consecuencias muy negativas. Porque si yo soy un asalariado o vivo de rentas, puedo hacer cuarentena obligatoria, pero si soy jornalero o alguien que la tiene que salir a pelear todos los días, la iba a pasar muy mal.»

«A nosotros nos duelen nuestros enfermos y las muertes que ocurrieron en nuestro país. Y si hasta ahora el Uruguay ha tenido números positivos en comparación, no se debe al gobierno. Se debe a la conducta de los uruguayos. Y esto no lo digo para quedar bien. Nosotros sostenemos que es así, y la gente sabe que es así.»

LUIS LACALLE POU

PRÓLOGO DEL AUTOR

La pandemia del coronavirus había causado 5 300 591 muertes en el mundo desde que la Organización Mundial de la Salud en China informó de la aparición de los primeros casos en la ciudad de Wuhan. Según el balance de la agencia AFP, al domingo 12 de diciembre de 2021 se habían contagiado 260 027 677 individuos.

La idea de hacer este libro nace luego de un diálogo con Ángel Arellano en la oficina de la Plaza Independencia de Montevideo, sede de la Fundación Konrad Adenauer, en una gélida mañana de julio del año 2020.

En Uruguay la temida pandemia que destrozaba sistemas de salud en otros países y que batía diariamente su récord de contagios y fallecidos, no había golpeado con dureza desde la aparición de los primeros cuatro casos de covid-19 a mediados de marzo de ese año.

El gobierno llevaba adelante una estrategia basada en la libertad responsable, y el horror de otras naciones no se vivía en Uruguay. De hecho, pese a los cambios en los comportamientos sociales en el país, la economía nunca dejó de funcionar y aun en los peores días de la pandemia, entre marzo y junio de 2021, las actividades en la mayoría de los sectores se contrajeron, pero nunca se detuvieron del todo.

Esa mañana, tomando un café, le sugerí a Arellano profundizar en el concepto de libertad responsable con el que el presidente de la República Oriental del Uruguay había encarado la pandemia. Intuía que se había generado una relación muy fuerte con la población, que entendió la propuesta implícita del pacto no escrito. La ciudadanía se quedó en su casa lo necesario y tomó los recaudos que consideró adecuados para evitar contagiarse y dejó al gobierno liderar.

También, en esa consigna, el viejo Estado uruguayo, tan poderoso en el ADN de la República, estuvo a la altura de las circunstancias a través de sus ministerios, sus entes autónomos —la posibilidad de acceder a internet provisto por ANTEL en casi todo el territorio fue clave—, su sistema de salud —particularmente en la Administración de Salud de Servicio del Estado—, las prestaciones del Ministerio de Desarrollo Social (MIDES) y la Universidad de la República.

Además, pese a que el Frente Amplio ejerció una oposición implacable durante la pandemia —como señaló varias veces el secretario de la Presidencia, Álvaro Delgado—, el sistema republicano y sus instituciones reaccionaron de acuerdo con lo exigido por los tiempos.

Sí hubo un gran protagonista que es quien a mi juicio se lleva todos los méritos, y fue el pueblo uruguayo. Pese a sus diferencias políticas e ideológicas, se apropió del concepto de libertad responsable y fue paciente y comprensivo con lo que estaba en juego, y avanzó en modo de tensión sosegada junto con el gobierno a través de la oscuridad de la pandemia de covid-19.

«Si Uruguay está casi en plenitud de sus libertades en lo que hace a las reuniones, a la economía, a lo laboral y a lo cultural, es porque ha habido una libertad responsable. Si cedemos, se complica», declaró el presidente de la República, Luis Lacalle Pou, el 22 de octubre de 2020, a ocho meses de los primeros cuatro casos detectados en el país.

Desentrañar en el discurso del mandatario las bases filosóficas del concepto que acompañó a Uruguay durante la pandemia es el objetivo de este libro.

Se focaliza en el período comprendido entre el 1.º de marzo de 2020, día en que asume Luis Lacalle Pou, y el 2 de marzo de 2021, cuando presenta el balance del primer año de gobierno ante la Asamblea General. Fue en su primer año de gestión que se estableció la estrategia y el rumbo para atravesar la crisis. Ese es el período que analizaré en este trabajo, aunque incluiré referencias a lo que sucedió en el segundo año de gestión, el 2021.

El peor momento de la pandemia en Uruguay fue entre marzo y junio de 2021, sin embargo, las bases de la estrategia que el gobierno fue diseñando al andar se establecieron en el 2020; en particular en las semanas posteriores a la aparición de los primeros cuatro casos, el fatídico viernes 13 de marzo.

Resulta muy importante tener en cuenta este aspecto, ya que no es nada sencillo escribir sobre una emergencia nacional sanitaria cuando aún sigue vigente y se reportan diariamente contagios, incluso fallecidos y hasta la aparición de nuevas variantes del virus.

La publicación de esta obra se concreta en una conversación con Sebastian Grundberger, representante de la Fundación Konrad Adenauer en Montevideo y director del Programa Regional Partidos Políticos y Democracia en América Latina, —con tapabocas ambos— en una mesa al aire libre de una pescadería vacía de la rambla de Montevideo por la zona de Punta Carretas el 2 de febrero de 2021.

Por esos días la pandemia aún no se había ensañado con Uruguay, pero empezaban a crecer los casos. Faltaba poco para que se cumpliese el primer año de gobierno y el virus parecía controlado.

Allí, Grundberger me pidió más definiciones sobre la idea del libro y fui transparente con él. Recuerdo haberle dicho que creía que la libertad responsable con la que el presidente estaba atravesando la pandemia iba camino a transformarse en un mojón en la permanente construcción de la identidad uruguaya. Sostuve que había que analizarla más, intentar ir un poco más a fondo de la mera enunciación de las dos palabras.

En un país asociado con un fuerte Estado protector y con una mirada colectivista de los problemas, la libertad responsable conectó con un nervio más oculto, como la forma de ser libre. El espíritu libertario ya resultó clave para la creación de nuestra nacionalidad en las primeras décadas del siglo XIX.

Basado tan solo en la intuición de años de periodismo y análisis político, sospecho que la libertad responsable activó en cada uruguayo una fibra vital, una toma de conciencia de la libertad individual que no solo nos conecta con los principios que llevaron a la independencia de la República, sino que nos va a acompañar en el futuro con mayor preponderancia de la que tenía hasta ahora. Es un concepto que quedará fuertemente asociado con la identidad del ser nacional e íntimamente ligado al período de gobierno del presidente Luis Lacalle y al comienzo del siglo XXI.

Grundberger mostró interés por el razonamiento y dio luz verde al proyecto. Esa tarde le advertí de otro problema a la

hora de escribir: la pandemia aún no estaba finalizada, la situación podía revertirse y, en ese momento, no era posible hacer un balance de si el concepto de la libertad responsable resultaría ganador.

Luego de esa reunión premonitoria arreciaron los peores y más trágicos días de la crisis sanitaria. Uruguay no fue la excepción del mundo. El país sufrió mucho durante casi cuatro meses, hasta fines de junio de 2021, cuando las vacunas comenzaron a tener efecto en la población.

La estrategia de la libertad responsable estuvo tensionada al máximo; fue cuestionada, criticada, discutida y descalificada. Se vivieron momentos durísimos, pero ni en el peor de ellos el presidente dejó de mencionarla y decir que allí, en esa bandera, estaba el rumbo que él iba a seguir y nunca abandonar para cruzar la tempestad.

¿Por qué esa creencia tan férrea en la libertad? ¿De dónde viene esta forma de pensar y enfrentar este problema de magnitudes nunca vividas en nuestro país? Pretendemos también indagar en este aspecto.

A la hora de escribir estas líneas aún sigue vigente la situación de emergencia sanitaria, la pandemia continúa golpeando, aunque con olas menos fuertes y ya se respira el principio del fin. Han vuelto los estudiantes a las aulas, el público al fútbol, empiezan los primeros ensayos para el carnaval, los hoteles reabren sus puertas y la sensación de que estamos muy cerca de la meta tras la travesía por la oscuridad se palpa con esperanza.

Este libro, escrito durante la pandemia, es tan solo una de las decenas de aproximaciones a un período de la historia de Uruguay y del mundo que seguro generará bibliotecas enteras de análisis de todo tipo. Al escribirlo, soy consciente de que cada individuo, cada generación, cada país, vivió su propia pandemia. Esta es mi mirada sobre cómo la vivió Uruguay.

Deseo que sea tan provocador y desafiante leerlo como fue para mí escribirlo.

LA PANDEMIA EN URUGUAY

El mismo día en que a fines de agosto de 2021 llegó a mi celular la citación para la tercera dosis de la vacuna Pfizer contra el covid-19, la revista alemana *Der Spiegel* publicó que la República Oriental del Uruguay era una de las naciones que mejor habían manejado la pandemia.

«Uruguay ocupa el puesto 11 en el mundo entre los de mejor manejo de la pandemia», era el título del artículo que ubicaba a mi país en una selecta lista que incluía en el tope del ranking a Finlandia, Noruega, Luxemburgo, Singapur, Japón y Nueva Zelanda. Todos países desarrollados y con economías visiblemente más prósperas que la uruguaya.

Que en octubre de 2021 Uruguay tuviera casi el 75 % de la población vacunada con al menos dos dosis, y que los 19 departamentos en que se divide la República se representaran pintados de verde, lo que de acuerdo con el índice de Harvard revela la baja proporción de población contagiada según cantidad de habitantes, hicieron que sintiera (una vez más) orgullo de mi patria y su gente.

El manejo de la pandemia llevado adelante por el gobierno del presidente Luis Lacalle con su estrategia de la *libertad responsable*, el comportamiento maduro de la ciudadanía, la resistencia del sistema de salud y el apoyo en la ciencia para elaborar estrategias a fin de enfrentar la crisis sanitaria explicarían este buen posicionamiento de Uruguay en el momento de escribir este libro, a fines del 2021.

Si tomamos como válidos estos datos, podría afirmarse que la estrategia que el gobierno eligió y que el pueblo acompañó dio sus frutos y seguramente dejará entre los uruguayos una huella para siempre. La profundidad de esa marca en el imaginario social será estudiada por académicos e investigadores, motivará libros, tertulias y documentales.

Será la honestidad intelectual de cada uno de los abordajes la que nos ilumine sobre lo que pasó y nos pasó, una vivencia que sin duda fue algo diferente de la del resto de los países del continente americano y del mundo. Los orientales acompañamos una estrategia ante la adversidad que guarda las características más esenciales del ser uruguayo en esa relación tan particular entre el amor a la libertad y su relación de confianza-desconfianza con el viejo Estado batllista.

Durante la pandemia, en Uruguay nunca se decretó una cuarentena obligatoria ni un toque de queda. Los *motores de la economía* no se detuvieron y, aunque se enlenteció, la vida social nunca se frenó del todo.

El Estado envió a los funcionarios a trabajar desde sus casas. También los alumnos de todos los niveles estudiaron a distancia. Los medios oficiales promovieron una estrategia masiva que exhortó al «quedate en casa». La conexión digital mayoritariamente exitosa fue posible gracias a la red de ANTEL, la empresa de telecomunicaciones estatal.

Otro de los fenómenos que irrumpieron después de la declaración de la crisis sanitaria en Uruguay fue el de cientos de ollas populares. En la palangana del sur, la zona más poblada del país, las ollas en los clubes sociales, sedes sindicales, cuarteles, parroquias o salas comunales se multiplicaron. La crisis no fue solo sanitaria.

Apenas conocidos los cuatros casos de infectados y ante las primeras medidas, los uruguayos de todas las condiciones sociales se pusieron a colaborar con colectas de alimentos para aquellas personas más vulnerables. Fue evidencia de la frágil situación económica en que se encontraba un gran sector de la población antes de que asumiera el nuevo gobierno y de la enorme reacción de la solidaridad del pueblo uruguayo ante la adversidad.

Desde las uniones de vecinos hasta los empresarios, todos se unieron para colaborar. Ya fuera arrimando un kilo de fideos, cocinando, organizando colectas o asociándose en organizaciones sin fines de lucro, como CanastasUy, Unidos para Ayudar o la organización no gubernamental Red de Alimentos Compartidos (REDALCO).

Consciente de la angustia de cientos de miles de uruguayos por la pérdida de su fuente laboral o de sus ingresos diarios, la

sociedad entera se movilizó por los demás y mostró una cara positiva en medio de tanta adversidad.

No debe haber uruguayo que no haya colaborado de una forma u otra con alguna de las redes solidarias. Como era de esperar, aparecieron grupos que pretendieron usar el tema de las ollas populares para hacer política partidaria, pero la realidad les pasó por arriba: la solidaridad de los uruguayos en general no tuvo color político, ideológico ni religioso.

Hubo tires y aflojes. Marcha atrás y marcha adelante. Se navegó en la oscuridad, pero nunca se perdió la brújula. Las dudas razonables del gabinete eran las mismas que las de la oposición y de cualquier ciudadano enfrentado a un enemigo desconocido, pero había que avanzar. El país y su gente no tenían más alternativa que seguir navegando para cruzar la peor crisis sanitaria del último siglo.

Además, el fracaso del mecanismo Covax de la Organización Mundial de Salud (OMS) para que todos los países accedieran a las vacunas extremó la tensión, y obligó al presidente y su entorno más cercano a activar mecanismos alternativos con gobiernos y laboratorios.

Cuando en medio de la pandemia, compitiendo contra gigantes y en un mercado muy agresivo, quedó en evidencia que el mecanismo de la OMS no iba a funcionar, hubo que cambiar la estrategia.

Ese escollo también se superó y Uruguay pronto pasó a ser uno de los países con mayor porcentaje de población inoculada. Arrancamos de atrás pero pronto estuvimos en el tope del ranking mundial.

A lo largo del 2020, este país, de 3,4 millones de habitantes, ubicado entre Argentina y Brasil observó como las dos naciones vecinas adoptaban estrategias diametralmente opuestas: el presidente peronista Alberto Fernández instalaba en Argentina la cuarentena obligatoria más larga del mundo: «Deberán someterse al aislamiento social preventivo y obligatorio —sentenció el mandatario en la Casa Rosada el 31 de marzo de 2020—. Eso quiere decir que, a partir de ese momento, nadie puede moverse de su residencia. Todos tienen que quedarse en sus casas».

Por su parte, el ultraderechista Jair Bolsonaro, en Brasil, desestimaba el impacto de la pandemia, llamaba la infección

con covid-19 una simple *gripezinha* (gripecita) y no tomaba medidas de ningún tipo mientras colapsaba el sistema de salud: «En mi caso particular, debido a mi historia como deportista, si estuviera infectado por el virus, no tendría que preocuparme, no sentiría nada o estaría, en el mejor de los casos, afectado por una gripe o un poco de resfriado, como bien dijo ese conocido médico, de esa conocida televisión».

Así estaba planteado el entorno para Uruguay. En medio de esas dos posturas diametralmente opuestas —ambas fracasando rotundamente—, el presidente Lacalle apuntó el norte de sus acciones a cruzar la pandemia junto con el pueblo uruguayo apoyándose en la bandera que levantó durante la campaña electoral que lo llevó al gobierno: la libertad.

Fue así como un mandatario que había asumido el gobierno el 1.º de marzo de 2020, tan solo trece días antes de declarar la emergencia sanitaria, con gabinete flamante e incertidumbre mundial en la forma de pararse ante la pandemia, señaló con el dedo la Cruz del Sur, dijo «allá vamos» y zarpó.

Pocos días después de asumir el impensado desafío y activar todos los mecanismos para enfrentar las crisis, el concepto de la *libertad responsable* apareció en la boca de Lacalle. A partir de ese momento las placas tectónicas del imaginario social uruguayos empezaron a moverse. Me refiero a esas cuestiones invisibles que conforman la idiosincrasia de un pueblo y que hacen única a su identidad.

Una vez que la palabra *libertad* se asoció a la de *responsabilidad*, Lacalle abrió una puerta que le permitió conectar con el fondo de sus íntimas convicciones políticas y, a la postre, en esas dos palabras asociadas halló la hoja de ruta necesaria para seguir avanzando.

En el discurso que dio ante la Asamblea General el 1.º de marzo de 2020, cuando asumió, dijo: «Dentro de cinco años, podrán evaluar los uruguayos nuestro desempeño. Estamos convencidos de que, si al final del período los uruguayos son más libres, habremos hecho bien las cosas; de lo contrario, habremos fallado en lo esencial».

Tal vez en el momento nadie reparó en este aspecto de su oratoria. Estaba anunciando el rumbo conceptual de su gobierno. Como veremos, estas palabras resultarían claves para com-

prender lo que sucedió después, durante la crisis, incluso en sus horas más oscuras.

Las placas tectónicas imaginarias de las que hablo parecían selladas a cal y canto en una relación muy dependiente y paternalista con el Estado protector. Apelando a la estrategia de la *libertad responsable*, el uruguayo experimentó en carne propia algo que viene de sus orígenes como país: la importancia de ser responsable del destino individual para apuntalar el destino colectivo.

En ningún momento se trató de contraponer la libertad individual con el Estado. Se trató sí de hacerse responsable del uso de la libertad, algo similar a lo que eligieron los orientales en los orígenes de su nacionalidad, en las primeras décadas del siglo XIX.

...

En las clases de periodismo de la Facultad de Comunicación siempre les digo a los estudiantes que una de las cosas más fascinantes —y para mí bellas— de la realidad es que es imperfecta por donde se la mire. La realidad sobre la que trabajamos es dinámica y, ante todo, profundamente impredecible y cambiante.

En general, los modelos, las teorías, los paradigmas intentan mostrarnos mundos exactos, o al menos tratan de explicarlos. Pero quienes trabajamos con las ciencias sociales sabemos que es muy difícil predecir con exactitud los cambios y las actitudes colectivas.

Por eso, el hecho de tomar la *libertad responsable* como punta de lanza sostenida con firmeza por el presidente y el gobierno para enfrentar la peor pandemia de la historia de Uruguay desde su independencia merece que alguien lo describa, lo cuestione, debata con él.

Este trabajo busca que se discuta con profundidad y amplitud sobre el tema.

Pretendo narrar mi visión como ciudadano y analista de lo que vivió Uruguay durante la pandemia. Pero sobre todo buscaré en las palabras del propio presidente de la República, Luis Lacalle Pou, las claves para entender el significado del concepto

que acuñó y no abandonó ni siquiera en los meses de abril, mayo y junio de 2021, las horas más oscuras de la pandemia en el país.

A lo largo del libro bucearé en el discurso del presidente, en conferencias de prensa y entrevistas —en Uruguay y en el exterior—, el concepto de *libertad responsable* y cómo justificó las medidas que adoptó para honrarlo.

Esta obra comienza con el discurso de la asunción presidencial ante la Asamblea General el 1.º de marzo de 2020 y finaliza con el discurso ante la misma Asamblea General el 2 de marzo de 2021. Entre esos dos momentos, Lacalle fue madurando la estrategia para liderar a Uruguay durante la pandemia. No solo debió enfrentar la crisis sanitaria —y evitar el colapso del sistema de salud—, sino también la brusca detención de la economía y su consecuencia en el empleo y en lo social.

El país debía seguir funcionando, por lo que trabajó en dos planos: el del enfrentamiento de la pandemia y sus consecuencias y todo el resto (seguridad, inserción internacional, educación, vivienda, conducta fiscal, etc.).

Como podrá observarse a medida que avanza el análisis del discurso del presidente, nos encontramos con la construcción del relato de un político pragmático que estuvo dispuesto a asumir su destino y el de su nación abrazado a sus ideas. Podía haber salido mal, rematadamente mal.

En el mundo existieron tantos abordajes sanitarios y políticos para enfrentar la pandemia como países. Incluso dentro de cada uno, las medidas variaron entre los estados y las provincias.

Con la crisis sanitaria del covid-19, la humanidad se enfrentó a un enemigo contra el cual no tenía recetas. No era una cuestión solo sanitaria la que debía sortear, también era social, psicológica, económica y hasta de afectos.

La inmediata referencia era la gripe española en el período entre guerras del siglo xx, de la cual se recordaba poco y nada. Hubo que rastrear en los archivos ese momento también terrible de la historia.

Si bien algunas revistas científicas y figuras públicas, como el multimillonario Bill Gates, habían adelantado la posibilidad

de que un virus hiciera estragos en el mundo, ningún sistema de salud ni gobierno se había preparado para enfrentarlo.

Muy ocupados en otros menesteres, como los conflictos bélicos o la disputa comercial, la posibilidad de que un virus mortífero se propagara por la Tierra no estaba entre las previsiones de nadie. Uruguay no era la excepción. Tampoco estaba pronto para enfrentar un virus de esta magnitud.

Hay que recordar que el covid-19 irrumpe en el país el 13 de marzo, apenas dos semanas después del traspaso de mando. Las autoridades salientes estaban atareadas por el proceso de traspaso y las que llegaban por el de instalación. Pese a que las noticias que llegaban del exterior evidenciaban que era posible que apareciese en Uruguay, ni el Ministerio de Salud Pública ni nadie en el Estado estaba pronto para el impacto. A decir verdad, muy pocos uruguayos creían que fuese a llegar.

Las imágenes que se transmitían desde Wuhan (China), donde se registró el primer brote, parecían de ciencia ficción, lo que es frecuente en ese país tan alejado de los centros de poder. Las guerras y las catástrofes siempre pasan en otro rincón del planeta.

Dudo de que algún día se conozca la verdad de cómo fue que surgió el SARS-CoV-2. ¿Habría sido un escape de un laboratorio chino? ¿Habría saltado de un animal al hombre por las lamentables condiciones de salubridad de los mercados de Wuhan? ¿Será que la destrucción del hábitat natural y la tensión entre la vida salvaje y la urbanidad es la que genera estos desequilibrios? ¿Veremos en un par de años una serie como *Chernóbil* (2019) —la serie de HBO del mayor accidente nuclear de la historia que pretendió ser ocultado por la Unión Soviética— que nos cuente qué fue lo que realmente pasó?

A la hora de escribir estas líneas no se sabe.

La OMS hizo agua durante toda la pandemia. Llegó tarde con sus recomendaciones sobre el uso del tapabocas y las vacunas, y, sobre todo, para proveer las certezas que un organismo de aparente gobernanza mundial debería brindar al mundo y sus países.

Su fracaso es el de los organismos multilaterales globales y de la política sanitaria internacional, que claramente requiere un rediseño profundo.

El 2020, año de la pandemia, demostró lo mal que los países se organizan para enfrentar cualquier tipo de catástrofe humanitaria. Y lo poco que realmente les importa. En ese marco, con Donald Trump, presidente de Estados Unidos, haciendo un papelón en las conferencias; China ocultando información, los contagios y las cifras de muertes trepando día a día y las noticias con historias mínimas espeluznantes mostrando el dolor en Italia, España y los países europeos, fue que el presidente Lacalle debió ponerse de pie y dar la cara.

Como botón de muestra de lo que pasaba los primeros días de marzo de 2020, cito a la canciller Angela Merkel que en cadena nacional de televisión le decía al pueblo germano el 17 de marzo de 2020: «Tómenlo en serio. Desde la segunda guerra mundial no ha habido un desafío para nuestro país que dependa tanto de nuestra acción conjunta y solidaria».

...

Fue allí, en ese entorno confuso, que nació el concepto de *libertad responsable* que aún hoy, a fines de 2021, cuando escribo estas líneas, consciente de que la pandemia sigue golpeando con mutaciones como la delta y la ómicron, les deja un sabor amargo a algunos actores políticos que la cuestionaron.

Sin embargo, no parece ser el caso de la mayoría de la población. Según la encuestadora Factum: «El 84% de la población evalúa de forma positiva la gestión del presidente y el gobierno en materia de coronavirus», de acuerdo con una encuesta de opinión pública realizada en setiembre de 2021. Para Opción Consultores esa cifra era de 75% en agosto, y para la consultora de opinión pública Cifra fue de 69% en el mes de setiembre del mismo año.

Este aspecto, el hecho puntual de que la pandemia aún sigue cobrando víctimas en todo el mundo y también en Uruguay, es un problema que se me planteó a la hora de empezar este libro. Durante mucho tiempo tuve el texto congelado en mi cabeza, esperando a que se declarase el fin de la crisis sanitaria y que finalmente la humanidad y la ciencia vencieran al virus, pero eso no ha sucedido aún.

No fue fácil escribir algo sobre una pandemia en curso, con países que eran puestos como ejemplo enfrentando nuevas olas

y declarando cuarentenas obligatorias —Australia, Nueva Zelanda, Canadá— y con información aún sumamente confusa. Pero decidí avanzar.

Las redes sociales, y en particular Facebook, han sido agentes distorsionadores de la realidad al permitir que por sus canales se difundan medias verdades, verdades malintencionadas o mentiras lisas y llanas.

Una cosa es ser un observador crítico de cómo los gobiernos y los medios reaccionaron ante la pandemia, otra muy distinta es ser antivacunas y otra mucho más extrema es ser negacionista.

A los observadores críticos que se plantaron con una mirada cuestionadora los respeto, los leo y escucho con atención —en Uruguay sobresalieron los artículos publicados en la revista digital *Extramuros*.

A los antivacunas, sus motivos tendrán, que no son los míos, pero si en el ejercicio de su libertad deciden no vacunarse, los puedo entender siempre y cuando se hagan cargo de las consecuencias que esto les genera.

Los negacionistas me producen lo mismo que los terraplanistas: no sé qué sentir por ellos. Y si son fanáticos, peor, porque resulta inútil intentar cualquier tipo de diálogo. No admiten la controversia, a diferencia de cualquier ser humano razonable.

Asimismo, por las redes circularon mensajes que promovían las dudas. Aparecían *papers* de universidades desconocidas, estadísticas sin ningún rigor científico, gurúes de nicho que aprovecharon la crisis para incrementar los tráficos de sus portales y hasta presuntos genios que cruzaban datos a su antojo generando incertidumbre.

El lado oscuro de la libertad de expresión mostró su peor rostro. Cuando lo que se necesitaban eran certezas, se generó incertidumbre y confusión. Quedó en evidencia lo importante que es la información confiable.

Sin embargo, esos condimentos eran parte del juego. O el precio de vivir interconectados en la aldea global, donde cualquier contenido se difunde sin freno. Porque por esa misma red descubrimos las bondades de las plataformas de videoconferencias, pudimos acompañar a nuestros seres queridos o dar clases a alumnos en diferentes lugares, sin perder horas ni cursos, y hasta acompañar a los solitarios.

Por lo dicho, escribir estas palabras cuando aparentemente Uruguay comienza a salir de la pandemia, la gente vuelve a las gradas del fútbol, las clases presenciales y los cines, es un desafío gigante, porque la pandemia aún no termina... y aparecen nuevas variantes que impiden declarar el fin de la emergencia sanitaria.

Durante el 2020, que es el período que elegí para analizar el discurso del presidente Luis Lacalle Pou, Uruguay vivió un mundo que no tenía nada que ver con lo que pasó en el resto del planeta. Tanto los contagiados como los fallecidos fueron pocos. Si se resintió la economía fue porque la gente se quedó literalmente en sus casas, tal como recomendaba el gobierno.

Las fronteras se cerraron para el turismo extranjero. En un país que cuenta con ese sector y con un mercado interno pequeño, fue un problema. El verano del 2021 fue atípico; los balnearios de la costa atlántica, que se llenan de argentinos, brasileños, paraguayos, chilenos, europeos y estadounidenses, estuvieron semivacíos. Solo los ocuparon uruguayos y algunos extranjeros residentes.

La avenida Juan Gorlero del conocido balneario Punta del Este, siempre rebosada de visitantes desde fin de diciembre hasta carnaval, estuvo casi desierta. No abrieron cientos de comercios gastronómicos ni hoteles y la industria de servicios que gira en torno a los veraneantes se redujo a su mínima expresión. Este escenario no solo se mostró en los balnearios, también en Montevideo, la capital del país.

Fue recién cuando terminó el verano, en marzo de 2021, que el virus les mostró a los uruguayos que no se había olvidado de ellos. La temible cepa P1 o de Manaus entró al país por la frontera de 1068 kilómetros con Brasil. Fue entonces que el sistema de salud se tensó al máximo. El debate público fue llevado al límite, pero Uruguay resistió. Nada nunca colapsó.

En paralelo con la escalada del virus en marzo se iniciaba la primera fase de vacunación, la que llevó a fines de 2021 a que Uruguay ocupe el tope del ranking como uno de los países con mayor cantidad de población inoculada del mundo.

Precisamente las semanas entre marzo y junio de 2021 fueron las peores para el país, y cuando la *libertad responsable* estuvo más cuestionada. La tranquilidad con que se vivió la pandemia en el 2020 no se repitió en el 2021.

Perdí a seres queridos (mi tío Juan, mi amigo Andrés Abt, el padre Robin de la iglesia de San Juan Bautista) y sufrí con el dolor de la pérdida de hijos y padres de conocidos y colegas.

Mi colega Esteban Valenti, panelista de la tertulia radial política de todos los jueves en el programa *En perspectiva*, que conduce el periodista Emiliano Coteló, perdió a un hijo de mi edad en Buenos Aires luego de contraer el virus. No llegó a la vacuna. El golpe de la noticia para los integrantes de ese espacio radiofónico fue devastador.

Por todo lo que estoy narrando resultó un desafío escribir sobre esta tragedia humanitaria que cobra dimensión real cuando tiene el rostro de algún conocido o ser querido que ya no está.

Con la distancia que implica la escritura e intuyendo que lo peor de la pandemia ya pasó, considero que el manejo que hizo el gobierno de la crisis sanitaria fue el adecuado. Lo defendí a conciencia en la propia radio y en mis artículos en la prensa, en el diario *El Observador* y el semanario *Puentes*. Aun en los días de mayo, cuando las muertes diarias superaban la media centenaria, apoyé la idea de que la responsabilidad de la libertad recayera en el individuo y que el Estado acompañara con información transparente, medidas prácticas y de sentido común.

Acepto y saludo que existan otras miradas y visiones. Con el diario del lunes siempre se puede jugar mucho mejor el partido del domingo. Pero el resultado ya comienza a ser historia. Son precisamente las claves de esa historia las que quiero narrar en estas páginas para aportar material para la discusión que sobrevendrá cuando termine la pandemia.

En mi cabeza la viví imaginando como si tuviese que enfrentar a un tsunami o un terremoto: un fenómeno fuera de control donde es poco lo que se puede hacer salvo correr, buscar refugio o —lo más sensato— tomar las precauciones personales necesarias para sobrevivir. En este caso, estar informado, usar tapabocas, evitar lugares poco aireados llenos de gente y, al final, vacunarse tal como proponía el gobierno.

Durante la crisis del covid-19 sentí algo similar a lo que describe el gran escritor español Arturo Pérez-Reverte en el libro *Territorio comanche* sobre su experiencia en los Balcanes como corresponsal de guerra. Pérez-Reverte llama *territorio comanche* a ese lugar en los conflictos no convencionales donde se

huele la presencia de los francotiradores apuntando con la mira desde algún lado, siempre dispuestos a volar la cabeza del que no esté alerta. Es como la intuición de que se está en peligro a cada paso. Se percibe, se respira. En cierta forma en ese estado de alerta viví durante esos meses. Siempre era posible contagiarse, pese a hacer todo lo que se recomendaba.

Nunca estuve ni en un terremoto ni en un tsunami. Me tocó escribir sobre ellos cuando era editor de la agencia France Presse (el tsunami de Indonesia en 2004 y el terremoto de Haití en 2010) y escuchar a los sobrevivientes relatar su historia. Hablan de algo que no pueden controlar, una fuerza extraordinaria, en este caso la de una naturaleza imposible de predecir.

Tal vez por esa visión realista de la pandemia, no poniendo al hombre por encima de la naturaleza sino al revés, y por creer firmemente que el individuo en ejercicio de su libertad es al fin y al cabo el que tiene que tomar las decisiones de su vida es que me convencí de que la propuesta de la *libertad responsable* fue la adecuada para este período.

Para ello se necesitaba información muy precisa, datos claros, apoyo en la ciencia, buena política, mucha solidaridad entre los ciudadanos, un Estado en la misma sintonía y libre albedrío para vivir los tiempos complejos del virus.

Los días fueron extraños, las noches largas e inciertas..., pero mucho más llevaderos viviéndolos en uso de nuestras libertades y con responsabilidad. El concepto de *libertad responsable* fue duramente cuestionado por sectores de la Academia, la oposición y economistas que sostuvieron que el gasto público dedicado a la pandemia no era suficiente. En este aspecto la oposición fue implacable, en sus declaraciones siempre exigió un mayor gasto público para asistir a los sectores más desfavorecidos.

Pese a que después lo negó enfáticamente, el expresidente Tabaré Vázquez, al igual que el Sindicato Médico del Uruguay (SMU), pidió en marzo de 2020 la cuarentena obligatoria. Encerrar a la gente, parar el país.

Operadores políticos de la salud golpearon duro y pidieron medidas restrictivas, otros, hasta la militarización de la frontera, toques de queda y cuarentenas obligatorias. Siempre fueron una minoría con mucha visibilidad. No obstante, aun en los

peores momentos, el gobierno resistió estoico el vendaval de críticas y no cambió la estrategia. Confió en el uso de la libertad que hacía la población y en las medidas —económicas y sociales— que adoptó para enfrentar la crisis en todas sus dimensiones. La ministra de Economía, Azucena Arbeleche, siempre tuvo presente el presente, pero también pensando en el día después.

Para el opositor Frente Amplio y la poderosa central sindical uruguaya PIT-CNT las medidas adoptadas como, por ejemplo, la creación del Fondo Solidario Covid-19 en abril del 2020 no fueron suficientes. Para la izquierda, el gasto público para enfrentar la crisis siempre fue escaso, no se contempló a muchos uruguayos y se priorizó ante todo la austeridad fiscal.

Una nota publicada en *La Diaria* del 24 de abril de 2021 sirve para comprender cuál fue su posicionamiento:

El Plenario Nacional del Frente Amplio se reunió para tratar la situación que atraviesa Uruguay debido a la pandemia generada por la covid-19, hacer un balance sobre las decisiones del gobierno [...]

Tras la reunión, que duró varias horas más de lo previsto, el actual presidente de la coalición de izquierda, Javier Miranda, dio una conferencia de prensa en la que anunció que las conclusiones del Plenario se volcarán en un documento «donde se analiza la situación política del país, sin dudas fuertemente marcada por la pandemia, tanto en el aspecto sanitario como en los aspectos económicos y sociales», dijo.

Miranda aseguró que el FA realizó una valoración sobre la política que está llevando el gobierno para hacer frente a la crisis y dijo que son «profundamente críticos». «El gobierno está llevando adelante una política barata para hacer frente a la situación de pandemia [...]. Con magros esfuerzos en materia de gasto público y de inversión para la reactivación económica y para el sustento de las personas que viven de su trabajo y para aquellos sectores más vulnerables», aseguró.

El presidente del FA dijo que la «apuesta» del gobierno nacional es «mesetear» la situación, lo que supone que Uruguay tenga 3.000 contagios de covid-19 diarios y más de 60 personas muertas por día. «Estas son situaciones evitables en la

medida en que haya un verdadero esfuerzo con un papel activo del Estado», afirmó.

«Creemos que esta política que está llevando adelante es equivocada, la rechazamos y debería rectificarse en lo inmediato», señaló.

Para el gobierno no fue así.

A lo largo del 2020 y 2021 varias encuestadoras revelaron que los estudios de opinión pública apoyaban la estrategia del presidente de no encerrar a la población.

Como mencioné, el índice de apoyo a la gestión del gobierno durante la pandemia ha sido alto durante toda la crisis sanitaria: el guarismo más que duplica el número de votos que obtuvo el presidente de la República en octubre de 2019, antes de ganar el balotaje.

Entonces, bien vale preguntarse cuál fue la clave para que la estrategia de la *libertad responsable* fuese aceptada por los uruguayos.

A modo de respuesta, enumero algunos puntos:

- La transparencia y claridad a la hora de comunicar la situación crítica por parte del presidente y secretario de la Presidencia, Álvaro Delgado. No se ocultó nada, salvo los contratos para adquirir las vacunas por estrictos términos de confidencialidad del acuerdo.
- El apoyo en la ciencia para tomar medidas, con la creación del Grupo Asesor Científico Honorario (GACH), liderado por tres de los científicos más importantes del Uruguay, formados en la Universidad de la República. La ciencia estuvo presente asesorando.
- El Estado uruguayo que, pese a sus deficiencias, pudo desarrollar las medidas adoptadas por el Poder Ejecutivo para enfrentar la crisis. El sistema nacional de salud —tanto público como privado— estuvo a la altura de las circunstancias.
- El excelente desempeño y organización del Sistema Nacional de Vacunación.
- El papel del Ministerio de Salud Pública, liderado por el ministro Daniel Salinas y el subsecretario José Luis

Satdjian, que llevó calma y certezas a los uruguayos en cada una de sus apariciones públicas.

- La confianza, compromiso, solidaridad y comprensión en general de la ciudadanía ante el desafío de la responsabilidad compartida para atravesar la crisis valorando la libertad individual.

...

Ojalá sea este el primero de muchos libros que repasen el año en que Uruguay debió enfrentar la pandemia sin saber prácticamente nada sobre el covid-19.

Tengo la intuición de que la población del país atravesó en el 2020 un desafío que la obligó a mirarse al espejo, sincerarse y actuar unida como comunidad espiritual, enfrentar la pandemia y sus consecuencias, y que lo hizo bien. Esa decisión colectiva debería concebir impactos positivos en las nuevas generaciones de Uruguay, o al menos dejar enseñanzas para el futuro.

La forma en que el presidente se paró ante la pandemia habla a mi juicio de una libertad calma, sin estridencias, segura, no anteponiendo doctrinas radicalizadas para usar la bandera de la libertad, sino simplemente utilizando el sentido común y la profunda convicción de que la libertad era la mejor guía para pasar la tormenta. A la vez, se apoyó pragmáticamente en las buenas aristas del viejo Estado uruguayo, que supo responder a la crisis y no naufragó pese a los peores augurios.

Una libertad que, como veremos a medida que repasamos su discurso, está presente en la visión política de Lacalle como esa estrella que guiaba a los primeros navegantes, que apoyados en la sabiduría de sus ancestros, una tripulación comprometida, una brújula y un sextante, salían a surcar mares desconocidos para descubrir a nuevas tierras.

EL PRESIDENTE

Antes de continuar con el relato de cómo el gobierno uruguayo manejó la pandemia, vamos a detenernos en su presidente, el abogado Luis Lacalle Pou (1973). Hijo de Luis Alberto Lacalle Herrera (1941) —expresidente de la República (1990-1995)— y la exsenadora Julia Pou, pertenece a una de las familias políticas más importantes del país: los Herrera.

El gobierno de su padre fue de neto corte liberal, buscó abrir Uruguay al mundo, promovió la creación del Mercosur y propuso una agenda de reformas que no contó con el apoyo de la mayoría de los uruguayos. Entre otros aspectos, modernizó el puerto de Montevideo, bajó los índices de la pobreza, intentó *aggiornar* el Estado y le imprimió al país una dinámica para la cual Uruguay probablemente no estaba pronto. Promovió la Ley de Empresas Públicas para privatizar parte de algunas de estas, pero fue rechazada en un referéndum (1992), lo que significó un golpe para su gobierno. Dos años más tarde su partido perdió las elecciones, vencido por su rival histórico: el Partido Colorado.

El bisabuelo de Lacalle Pou fue Luis Alberto de Herrera (1873-1959), uno de los principales políticos del siglo xx e inspirador del Herrerismo, sector clave para entender la esencia del Partido Nacional y la historia política del Uruguay. Fue un líder popular, historiador y un intelectual de fuste que impregnó con su acción la vida política de la nación y logró plasmar una visión del país para proyectarlo como unidad única en el mundo, con un sentido y un destino. Su plegaria antiimperialista, un discurso a favor de la menor presencia del Estado en la vida de los ciudadanos, ruralista y en defensa de la libertad individual son parte de su legado. Entre 1955 y 1959 fue parte del Consejo Nacional de Gobierno. Se trató de una entidad del Poder Ejecutivo colegiado que surgió de la Constitución de 1952. Se componía de nueve consejeros electos en forma directa por

cuatro años, sin reelección inmediata. Al partido más votado le correspondían seis consejeros y al que le seguía, tres.

Luis Alberto de Herrera era hijo de Juan José de Herrera (1838-1898), figura política destacada de la segunda mitad del siglo XIX en Uruguay. Fue canciller de la República y fundador del Partido Nacional.

Luis Lacalle Pou, nacido el 11 de agosto de 1973, vivió los primeros años de su juventud durante la presidencia de su padre. Ingresó a la política activa de la mano de su madre, la senadora Julia Pou, en el 2000, cuando con 26 años fue electo diputado por el departamento de Canelones, vecino a Montevideo. Desde entonces retuvo la banca de diputado hasta el 2014, cuando se postuló por primera vez a la Presidencia de la República. En esa ocasión perdió las elecciones, pero se convirtió en senador.

En 2014 obtuvo la candidatura del Partido Nacional contra todos los pronósticos, venciendo en la interna al favorito, el senador Jorge Larrañaga, líder de Alianza Nacional. Esa campaña se caracterizó por la innovación y la imposición de un concepto novedoso en las campañas electorales uruguayas denominado *la positiva*, al evitar la crítica por la crítica misma al gobierno y se dedicó a tender puentes con los adversarios políticos.

En el 2019 volvió a ser candidato, y batió en el balotaje al postulante del Frente Amplio, el ingeniero Daniel Martínez. Fue así como se convirtió en presidente de la República. Tenía 46 años cuando asumió el 1.º de marzo de 2020. Está casado con la paisajista Lorena Ponce de León, con quien tiene tres hijos.

En el balotaje de 2019 su candidatura fue apoyada por cinco partidos, en un hecho inédito en la historia del país. Con habilidad de artesano, Lacalle logró articular un programa común con cinco partidos cuyas ideas responden a un espectro que va de la centroizquierda a la derecha más conservadora. Recorriendo todo el espinel de matices formó lo que se denominó *coalición multicolor* y más tarde *coalición republicana*.

El mes antes del balotaje recorrió el país exponiendo en los actos los programas de los cinco integrantes de la coalición electoral y las coincidencias existentes. Era frecuente ver la fotografía del candidato en los estrados mostrando los librillos del Partido Nacional, el Partido Colorado, el Partido Independiente, el Partido de la Gente y Cabildo Abierto.

En su discurso destacaba los puntos en común, las coincidencias y sobre esas concomitancias elaboró un documento en el que se apoyó para unir la coalición y ganar las elecciones nacionales.

Se trató de un acuerdo extraño en la historia de la república. Desde principios de los noventa existieron intentos de unir a las fuerzas no izquierdistas de Uruguay en un proyecto común. Incluso se quiso armar un Partido de la Concertación, donde nacionalistas y colorados votaran con el mismo lema, pero fracasó rotundamente. Tenía apoyos intelectuales, pero no populares.

Finalmente, la unión la hizo la gente utilizando el acuerdo programático y electoral que diseñó Lacalle con la coalición multicolor. Esa coalición tiene en Julio María Sanguinetti —expresidente, secretario general del Partido Colorado—, en Guido Marini Ríos —senador, líder de Cabillo Abierto— y en Pablo Mieres —ministro de Trabajo, líder del Partido Independiente— los sostenes que, liderados por el Partido Nacional, mayoritario, gobiernan el país. Juntos cruzaron la pandemia y defienden la ley 19889, de urgente consideración, aprobada en los primeros meses de la gestión.

...

Esta breve reseña ayuda a ubicar al político en la historia del Uruguay y entender su trayectoria hacia la Presidencia. Sin embargo, surge la siguiente pregunta: ¿dónde se encuentran las raíces que unen a Lacalle con el Herrerismo de su bisabuelo?

Es una pregunta demasiado ambiciosa para los objetivos de este texto. Definir al Herrerismo no es tarea sencilla para nadie. Lacalle Pou viene esencialmente de ese tronco ideológico, pero, a la vez, para ser el líder del Partido Nacional se ha nutrido de otras vertientes del partido, como los blancos independientes o el wilsonismo. Esta otra corriente recoge la impronta del caudillo nacionalista Wilson Ferreira Aldunate, político muy popular que priorizó los intereses de la nación por encima de los de su partido. Se destacó por su incansable lucha en el exilio contra la dictadura militar (1973-1985) y luego por su papel fundamental para consolidar la democracia.

Lacalle lleva en el ADN la esencia del Herrerismo. Su forma de conectar con las muchedumbres, la constante recorrida por los rincones del Uruguay y su visión de «gobernar para todos los uruguayos» son características heredadas de su linaje familiar.

No es el objetivo de este libro explicar lo que significó política e intelectualmente Luis Alberto de Herrera. Sin embargo, en su figura, su *liberalismo manso*, su *realismo* y hasta su pragmatismo a la hora de ejercer la política en los individuos impulsando su libertad, sin renegar un ápice de su condición de *conservador*, sin duda hay claves para comprender a Lacalle y la *libertad responsable*.

Herrera fue mucho más realista que teórico, y tuvo una lectura de la historia del Uruguay que dista de la visión colorada. Peleó y luchó por la libertad individual y fue adaptándose a las décadas, sin aferrarse tercamente a una teoría política. Tenía muy clara la importancia de la independencia de la patria y una visión contundente de cómo defenderla tanto hacia el exterior como en el interior.

Fue un caudillo popular y un intelectual que dejó huella. Fue uno de los políticos más brillantes del siglo xx e hizo de la consolidación de una patria independiente con individuos libres la actividad de toda su vida. Se enfrentó al batllismo del presidente colorado José Batlle Ordóñez, quien gobernó el país en dos oportunidades (1903-1907) y (1911-1915), durante los que realizó reformas sociales con fuerte injerencia del Estado y avances en la legislación laboral y social de relevancia para el país.

Asimismo, tuvo la visión del país inserto en el mundo, dominado por la máxima de que para existir y ser respetado debía defenderse con profunda convicción el sentimiento de patria, que nacía del respeto de unos a otros y de hacerse respetar ante cualquier intento de injerencia externa. Sostenía que, desunidos los orientales, nos convertíamos en carne de cañón para vecinos o potencias extranjeras, que despedazarían la nación, tal como ocurrió en la Guerra Grande (1839-1851).

Carlos Zubillaga en el texto *Herrera, la encrucijada nacionalista* cita al propio dirigente nacionalista definiendo lo que a su juicio son las características de un buen líder político:

Cuando se conduce hay que poseer la visión total del rumbo que se lleva, ir andando y a dónde se va y llegar. Afirmar con acierto el pie en el suelo, mientras los ojos y la mente, que también tiene ojos, penetran y adivinan el paisaje que está más allá de la loma.

Esta frase de Herrera es ejemplo de la mirada del caudillo sobre la forma en que concebía el liderazgo y se puede encontrar alguna conexión con la actitud que asumió Lacalle para atravesar la pandemia, apoyándose en las convicciones esgrimidas en su discurso de asunción.

En la búsqueda de las claves del pensamiento de Lacalle, considero oportuno citar esta entrevista de Alfredo García al presidente cuando era candidato en 2019.

Alfredo García es un periodista de izquierda que ha hecho de la independencia una lucha constante. Desde el semanario *Voces* cuestiona duramente el Uruguay y a su sistema político, pero sobre todo a la propia izquierda que integra. Por interés periodístico y lleno de prejuicios se acercó a Lacalle cuando este era diputado y desde entonces ha seguido como pocos la carrera del actual presidente.

Era frecuente verlo en los actos, en los encuentros anuales del sector Todos del Partido Nacional en Trinidad, capital del departamento de Flores. Con el mandatario guardan una relación de afecto mutuo. García hizo lo que todo buen periodista tiene que hacer: se acercó al fenómeno político, trató de entenderlo y publicó un libro.

En 2019 presentó en la Feria del Libro de Montevideo el libro *Once rounds*, donde narra once encuentros con Lacalle Pou. El objetivo de la obra, dicho por el propio autor, fue conocer a la persona detrás del fenómeno político, la que a la postre ganó las elecciones y cortó la racha de quince años de Frente Amplio en el poder en Uruguay.

García busca en el libro muchas cosas, entre ellas bucear en las bases del pensamiento político del presidente. Este diálogo del capítulo 2 resulta fundamental para comprender las claves de la formación ideológica de Lacalle.

A. GARCÍA. Vamos a hablar de visiones e ideas filosóficas. ¿Con quién te identificás vos? No me digas «soy blanco», por favor.

L. LACALLE POU. Con nadie.

AG. Pero ¿quién te movió la cabeza?

LLP. Me parten la cabeza algunos pensamientos, alguna cosa que he visto, que...

AG. Contame. ¿Quién?

LLP. No, no. Es que no hay. Realmente no hay. Actitudes. Formas de ser. Viste que hago mucha referencia a este autor famoso que ahora todo el mundo lee, Yuval Harari. Y a mí es de las personas que más me hizo pensar. Valoro un libro, sobre todo esos libros históricos, no cuando tenés un relato cronológico de acciones, sino cuando te mete en determinados momentos de la humanidad y empiezas a entender decisiones, coyunturas, algunos patrones. Por ejemplo, Daniel Goleman con *La inteligencia emocional*, es un libro que me gustó mucho porque permite hacer una introspección, entender algunas cosas del ser humano, algunos dirigentes políticos que he visto en algunas actitudes. Me gustó mucho la vida de Kennedy, del otro, el jovencito. ¿Cómo se llama?

AG. Robert.

LLP. El que le hacía la campaña a JFK. Vale la pena. *Kennedy for president*. La empatía con la gente de ese tipo, la sensibilidad social era impresionante. El hermano más joven, que también lo matan. No sé, te puedo hablar así de algunas acciones, algunas actitudes.

AG. ¿Cuándo se te despierta el chip político? ¿A raíz de qué? ¿Leíste algo?

LLP. No, no.

AG. No me digas que es genético porque no te creo.

LLP. No ceo. Obviamente, creo en Mendel, pero creo mucho en lo que uno asimila a lo largo de su vida y después creo en las vivencias personales, que son fundamentales. Y hay una combinación de cosas. Naturalmente no hay nadie de la literatura, ni de la historia, ni un pensador que haya dicho: «Me abrió un haz de luz y me conectó con la vida política». La actividad política es mi desayu-

no, mi almuerzo, mi merienda, mi comida, mi sábado, mi domingo, mi lunes.

AG. La actividad política. ¿Pero el pensamiento? ¿Qué autor te marca?

LLP. Nadie.

AG. Sos autodidacta. Constructor de tu propia filosofía. ¿Qué te considerarás? ¿Un liberal, un republicano?

LLP. ¿Me estás haciendo un juicio?

AG. Estoy tratando de...

LLP. De entenderme.

AG. Ideologías hay. ¿Cómo te definís vos?

LLP. ¿Yo dije que no hay?

AG. Alguien te tiene que motivar.

LLP. Algunos pensamientos de alguna gente me pueden haber gustado en su momento. Y cuando leo digo: «Pucha, este tipo sí, esto vale la pena, esto es lo que yo pienso, lo he escuchado de gente directamente, lo he leído, lo he percibido». No tengo un guía o alguien que me haya esculpido una ideología, un sentimiento o una forma de ser. Una suma de cosas, seguro. Pero no es una búsqueda. Es una discusión, más que una búsqueda. Es una actitud desafiante hacia algunas cosas. Pero discutir concepciones teóricamente aceptadas en el entorno, en un partido, en un grupo; la capacidad de desafiar esas cosas, de ponerlas bajo un signo de interrogación, también te va formando, te va ayudando.

AG. Sí, sí, cuestionar.

LLP. Hoy no es mi mejor día.

AG. Ya me di cuenta.

LLP. Cuestionar es la palabra. A mí me encanta cuestionar. Me gusta porque me da seguridad el cuestionamiento. Soy liberal. Soy un tipo que cree que el tema de la libertad es fundamental. Es una apuesta, una comprensión, desde donde la humanidad crece, mejora, convive mejor. Es desde la persona, desde el individuo. Quizás liberal solidario no es la palabra. Liberal comunitario, liberal social. O sea, entiendo a la libertad del individuo, pero en armonía con el entorno. El uso virtuoso de la libertad debería ser para el bien común. Lo liberal, la

libertad individual, algunos lo chocan con la sociedad, contra el común denominador. Y eso me parece que es una gran discusión que se ve a diario. Obviamente, hay un equilibrio, no es absoluto lo que te estoy diciendo. Muchas veces el uso patológico de esa libertad individual atenta contra todo, cuando el liberalismo es un liberal egoísmo. Creo que el liberalismo solidario, el liberalismo comunitario, el liberalismo social. Llamale hache...

AG. ¿Liberal social?

LLP. Hay cosas que te afectan indirectamente, y lo que afecta a la comunidad termina por afectarte directamente. Bueno, es eso. Es la concepción de que, si vivís en un entorno y si el entorno está mejor, vos estás mejor; y que vos podés mejorar el entorno. Esa retroalimentación que a veces se pone flechada para un lado o flechada para el otro, o se pone compartimentada. Tampoco me he puesto mucho a hacer una introspección a ver qué soy o cómo me etiqueto, la verdad.

AG. No te gusta etiquetarte.

LLP. No. Es tarea de ustedes, no mía.

...

LOS PRIMEROS DÍAS DEL COVID-19

El viernes 13 de marzo de 2020, cuando se conocieron los primeros cuatro casos de coronavirus en Uruguay, el presidente de la República convocó a los ministros a la Torre Ejecutiva en la Plaza Independencia de Montevideo y mirándolos a los ojos les dijo: «Estamos ante una situación compleja».

Trece días antes, el 1.º de marzo, había sido un día de sol. Miles de jinetes de todos los rincones del interior habían llegado a la capital del país para acompañar el retorno al poder de un presidente del Partido Nacional. Ese espectáculo nunca se había dado. En la jornada no solo se traspasaba el mando de presidente a presidente, sino que implicaba un cambio de partido al frente del Poder Ejecutivo. Liderando una coalición de cinco partidos (Nacional, Colorado, Cabildo Abierto, Independiente y Partido de la Gente), Luis Lacalle Pou recibía en la plaza Independencia la banda presidencial de manos de Tabaré Vázquez, legendario político del izquierdista Frente Amplio, que había sido primer mandatario del Uruguay en dos períodos (2005-2010) y (2015-2020).

Ese 13 de marzo también marcó para siempre la vida política del presidente Lacalle y de la República Oriental del Uruguay. La situación obligó al flamante elenco en el gobierno a tomar las riendas al galope y hacerse cargo de una estrategia para la cual no conocía recetas.

Había que evaluar las consecuencias sociales, económicas y políticas de las decisiones que se iban a adoptar para cuidar la salud de la población. Si gobernar un país es algo difícil, hacerlo en medio de la incertidumbre de una crisis sanitaria mundial para la que en ese entonces no había vacuna, mucho más.

Pero volvamos al 1.º de marzo, día en que asumió el gobierno blanco, ante un Poder Legislativo rodeado de una caballada como nunca se había visto en Montevideo.

Ante la Asamblea General, Lacalle fue investido presidente por el senador José *Pepe* Mujica (quien fue presidente de la República en el período entre 2010 y 2015) y brindó un discurso breve y claro.

Allí aparece el concepto de libertad que a la postre resultaría clave como guía para enfrentar la crisis sanitaria.

En los fragmentos citados a continuación marcaba el rumbo y el talante que pretendía imprimir a su gobierno.

Por séptima vez consecutiva el Uruguay se apresta a vivir un cambio de mando entre dos presidentes electos por el pueblo. Los ocho presidentes desde la vuelta a la democracia han cumplido su mandato. Tres partidos políticos distintos se han sucedido en el ejercicio del Poder Ejecutivo. Y a lo largo de estos últimos 35 años, la Constitución ha tenido plena vigencia. Hemos sido reconocidos como una de las democracias más plenas del mundo. Somos herederos de una larga historia y tenemos la responsabilidad de cuidarla y continuarla.

Uruguay, nuestro país, nosotros somos una gran nación construida por mucha gente de muchas ideologías, aun antes de ser Estado. Somos conscientes de esto y por eso sentimos una enorme responsabilidad sobre nuestros hombros.

[...]

Hoy estamos ante un momento de cambio político. Es la primera vez en la historia que el gobierno será ejercido por una coalición compuesta de cinco partidos políticos. Y, obviamente, como todo lo nuevo, genera incertidumbres y se hace camino al andar. Son los ciudadanos los que empiezan los cambios, y ese comienzo se manifiesta en una voluntad popular y la deposita sobre los hombros de los políticos. Y esta vez la ciudadanía nos dio un mensaje claro, contundente, dijo: «Es necesario un cambio. Pero un cambio acompañado de acuerdos».

[...]

Nos negamos a que esta nueva etapa sea cambiar una mitad por la otra de la sociedad. La unión es lo que nos piden los uruguayos. Por eso estamos aquí, para continuar lo que se hizo bien, para corregir lo que se hizo mal y, sobre todo, para hacer lo que no se supo o no se quiso hacer en estos años.

Al finalizar el discurso, dijo:

Dentro de cinco años, podrán evaluar los uruguayos nuestro desempeño. Estamos convencidos de que, si al final del período los uruguayos son más libres, habremos hecho bien las cosas, de lo contrario, habremos fallado en lo esencial.

Permítanme, entonces, invitarlos a trabajar por la libertad en todas sus formas: la libertad de poder vivir en paz, la libertad de poder elegir un trabajo digno, la libertad de poder darle un techo a la familia, la libertad de poder perseguir los sueños personales, porque se cuenta con las herramientas para hacerlo; la libertad de expresar las ideas de cada uno sin temor a ser hostigado por quienes piensan distinto, la libertad de crear, de innovar, de emprender y de tender a la excelencia; la libertad de criticar al gobierno cuando se lo merezca, la libertad de buscar la felicidad de cada uno de nosotros por los caminos que cada uno elija recorrer. Esta es la tarea del gobierno que hoy empieza. Y conducir esa tarea es la función del presidente de la República,

dijo antes de vivir la patria.

De esa forma el presidente iniciaba su mandato ante la atenta mirada de los parlamentarios, allegados, familiares y más de 120 delegaciones extranjeras, entre las que se destacaba su colega de Chile, Sebastián Piñera; de Brasil, Jair Bolsonaro, y el rey de España, Felipe VI.

De la Asamblea General se dirigió a la plaza Independencia, donde bajo la estatua del prócer José Gervasio Artigas se celebró el acto de transmisión de mando con el presidente saliente, Tabaré Vázquez.

Había algarabía entre los militantes nacionalistas y respeto en las calles. Uruguay iniciaba en paz un nuevo período de gobierno y con el cambio de signo político en el poder se consolidaba como una de las pocas democracias plenas que existen en el mundo y la más estable de América del Sur.

En Europa y en China el coronavirus hacía estragos entre la población. Los testimonios de Italia y de España eran terribles. Uruguay estaba muy distraído mirando para otro lado. Había una desafiante agenda de gobierno, un gabinete que entraba

con nuevas ideas y ganas de cumplir con las promesas electorales.

Al igual que en el cielo celeste que brillaba en Montevideo el 1.º de marzo de 2020, los nubarrones de la tormenta que significaría la llegada del virus brillaban por su ausencia.

...

La actividad del presidente apenas asumió fue intensa, característica del nuevo inquilino de la Torre Ejecutiva. El gobierno mostraba acción y vigor. La forma de comunicación con la población había cambiado unos 180 grados en comparación con la de Tabaré Vázquez.

La primera señal del flamante Poder Ejecutivo fue una reunión con el ministro del Interior, Jorge Larrañaga, y los jefes de Policía de los 19 departamentos. Era una forma de enviar una señal nítida de que la promesa de campaña de hincarle el diente a la gigantesca problemática de la seguridad pública iba en serio.

La inseguridad era la principal preocupación de los uruguayos y considerada por muchos analistas como el talón de Aquiles de la gestión del Frente Amplio. La gente quería un cambio de políticas en el combate a la delincuencia y en la seguridad pública. El mensaje fue muy fuerte. Esta policía tenía el respaldo del nuevo gobierno y se explicitaba con el apoyo del propio presidente y el ministro del Interior.

El primer fin de semana, Lacalle participó a caballo del desfile de la Patria Gaucha en Tacuarembó, una de las fiestas populares más grandes del Uruguay. Aún no había casos oficiales reportados. En Brasil como en Argentina ya había empezado la locura causada por los primeros contagios.

El ministro de Salud Pública, Daniel Salinas, había estado con el presidente en su despacho del piso 11 el 12 de marzo. Las bombas estaban cayendo cerca. Esa tarde intercambiaron información y avizoraron que era cuestión de días que apareciera el primer caso.

El 13 de marzo al mediodía el presidente viajó en helicóptero a Bella Unión, en el norte del país, a inaugurar la cosecha de arroz, cuando la noticia lo sorprendió: el coronavirus había lle-

gado a Uruguay. Había cuatro personas infectadas. Regresó inmediatamente a Montevideo.

Hubo un momento de shock. El gobierno recién empezaba, había sueños, una esperanza de cambio y el virus caía como un balde de agua fría sobre los uruguayos. El gobierno no tenía más alternativa que encarar y rápido. Esa misma tarde, ante la situación de crisis, se convocó a los presidentes de todos los partidos políticos —incluido el opositor Frente Amplio— para ponerlos al tanto de la novedad. Ahí empezó un itinerario lleno de curvas y precipicios para enfrentar el virus.

El acto reflejo de convocar a los líderes de todos los partidos políticos habla del compromiso republicano del sistema político uruguayo. Cuando la nación se ve en problemas, todos tienen que estar espalda con espalda. Esta vez no fue la excepción. Lo mismo pasó durante el conflicto de los puentes internacionales cortados en Argentina por los ambientalistas contrarios a la instalación en 2005 de la pastera finesa Botnia (hoy UPM) en Fray Bentos, durante el primer gobierno de Vázquez.

A las nueve de la noche y con la población entera pegada a los televisores, en una cadena nacional de hecho (pese a la gravedad de la situación ni esa vez ni nunca fueron obligatorias), rodeado por todo su gabinete, el presidente declaró la *emergencia sanitaria*.

No alcanzan las medidas del gobierno. Es muy importante contar con el apoyo de la población. Estamos en una fase distinta de la que venía atravesando el país, a partir de los cuatro casos confirmados, y por ende esa fase amerita un cambio de actitud por parte del gobierno.

Es muy importante contar con la concientización de la población, con la solidaridad, sabiendo que este virus afecta mayoritariamente a los adultos mayores. Y en ese sentido, en el orden de prelación y de importancia, van a ser aquellos que puedan ser castigados más duramente por el coronavirus.

Hemos trabajado en cuatro ejes: la introducción al país de las personas infectadas, el de transmisión o propagación del virus, el del diagnóstico y, obviamente, el eje del tratamiento.

Queremos agregar que estamos ante una situación compleja, pero con la capacidad que tenga la población de asumir esta

situación, siguiendo los lineamientos, sin tomar actitudes que no son recomendadas, entendiendo la seriedad del asunto, pero con el debido criterio, estamos seguros, como siempre lo ha hecho nuestro país, que vamos a poder mitigar fuertemente los efectos negativos que está teniendo en otros países del mundo.

Antes de pasar a las preguntas de los periodistas en la sala, reflexionó:

El gobierno y la ciudadanía..., una vez más. En estos días hay en el mundo ejemplos a seguir, y de los otros. Apelamos a la sabiduría y madurez del pueblo uruguayo para saber afrontar esta situación.

Señaló una de las características que mantuvo la comunicación presidencial cuando dijo:

El gobierno, de manera transparente y cotidiana, va a informar la evolución del virus, de los pacientes y cualquier otra novedad al respecto. Desde ya agradecerle a la población por lo que va a hacer y a los medios de prensa por la difusión seria de este evento que estamos atravesando lamentablemente.

Esa misma noche se reportaron largas filas en los supermercados comprando alimentos y productos de higiene. Ir a un supermercado era muy raro. Había un silencio nervioso. No había música funcional en el aire. La gente no hablaba entre sí. Se vivían días extraños. Lo que pasaba en el mundo estaba ocurriendo en Uruguay. Ese 13 de marzo, día en que aparecieron los primeros cuatro casos de covid-19 en Uruguay, difícilmente será olvidado.

...

A partir de entonces y durante las siguientes semanas los ojos de todo Uruguay estaban puestos en la Torre Ejecutiva, donde el gabinete y las autoridades de la salud trabajaban a destajo para tratar de pararse lo mejor posible previendo la llegada de lo peor.

Las noticias que llegaban de los países vecinos y de Ecuador, Perú y Europa eran tenebrosas. Los uruguayos se fueron para sus casas. Poco a poco las calles se fueron vaciando.

Recuerdo recibir la llamada de un amigo en Europa que me preguntó cómo estaba la cosa. Desde la terraza de mi casa, frente al Puerto del Buceo, veía los barcos esperando para entrar al puerto de Montevideo en el horizonte y le dije «Es como estar esperando que llegue el día D y no llega nunca».

Esa era la sensación de las primeras semanas confusas, cuando el secretario de la Presidencia, Álvaro Delgado, se erigió en un solvente vocero para explicar noche a noche lo que estaba pasando en Uruguay y las medidas que se iban adoptando.

Álvaro Delgado, exdiputado y exsenador, es un político del Partido Nacional que trabaja con Lacalle desde el comienzo de su carrera a la Presidencia. Hombre de diálogo y gran articulador, tuvo en esos primeros días el temple necesario para dar la cara y ser la voz del gobierno.

Ante la presión de cerrar todo, de declarar la cuarentena obligatoria, una de esas noches salió ante cámaras la ministra de Economía, Azucena Arbeleche, y dijo algo que también marcó a fuego el rumbo de la pandemia: «Los motores de la economía no se van a detener». Tras sus palabras, a todo el Uruguay le quedó claro que el gobierno estaba firme en su rumbo.

El sábado 28 de marzo se registró el primer fallecido por esa enfermedad. Se trató del exministro de la Corte Electoral, Rodolfo González Rissotto, quien tenía 71 años, y era muy allegado al gobernante Partido Nacional. Resultaba increíble pensar que había estado celebrando la posesión del mando con el pueblo nacionalista el 1.º de marzo en la plaza Independencia.

A esta altura de los acontecimientos y ante la tensión evidente de que en cualquier momento detonaran los casos por la pandemia, las autoridades de la salud afirmaban que las siguientes dos semanas serían fundamentales en la lucha contra el coronavirus. ¡Y habían pasado solo 17 días de los primeros casos!

Volvieron a exhortar a la población a permanecer en sus hogares, en lo posible. El gobierno adoptó una serie de medidas para restringir la circulación, como la suspensión de las

clases en todos los niveles, enviar a los funcionarios públicos a teletrabajar, exhortar a la población a quedarse en casa extremando los cuidados personales e iniciar una fuerte campaña de sensibilización para concientizar a la población. A su vez, la policía se dedicó a exhortar a evitar las aglomeraciones callejeras. Un helicóptero del Ministerio del Interior voló sobre Montevideo. Fue un espectáculo inhabitual

También anunció el recorte por dos meses de los salarios de los funcionarios públicos que percibieran más de 1800 dólares al mes, a los efectos de sostener económicamente las medidas con las que se enfrentaba la crisis. Fue una medida efectista que, dado el freno que iba a experimentar la economía, fue saludada por amplios sectores de la sociedad como positiva.

«Una vez más los más vulnerables van a ser los más privilegiados o los más atendidos en esta situación», sostenía el gobierno, que anunció decisiones para ayudar a la población más vulnerable, como entregar canastas con alimentos, dinero mediante aplicaciones en celular y otro tipo de ayudas, que la oposición consideró insuficientes.

El 16 de marzo anunció el cierre total de fronteras, terrestre, fluvial y aérea, con la República Argentina, excepto para los ciudadanos uruguayos residentes allá y los argentinos que vivían en Uruguay.

En esa conferencia de prensa agradeció

a los trabajadores públicos y privados que están haciendo un gran esfuerzo estos días. Agradecerle al Uruguay que emerge en estos momentos, que es el Uruguay solidario. A veces tendemos a rescatar o resaltar acciones negativas, quiero como presidente de la República reconocer y agradecer una vez más a ese uruguayo que en los momentos difíciles sale adelante y saca lo mejor de sí. Y, de nuevo, apelar a la generosidad en todas las relaciones interpersonales, que hay que minimizarlas al máximo, para tratar de evitar la propagación.

...

Tres días más tarde, la incertidumbre seguía alta. Todos en Uruguay esperábamos una disparada de los casos, sin em-

bargo, no sucedía. La gente como tal vez nunca en los últimos tiempos estaba pegada al televisor en el comienzo de los informativos de las siete de la tarde.

Durante el día, desde sus casas, no se despegaban del celular o las pantallas, tratando de entender lo que iba a pasar una vez que el brote fuera incontrolable. En las noches, el ruido de las hélices del helicóptero del Ministerio del Interior resonaba entre los edificios de la capital. El objetivo era disuadir las aglomeraciones de personas, algo que no era tan necesario, pero que intimidaba. Parecía una película de ciencia ficción.

En una nueva conferencia del presidente con los ministros directamente involucrados en los problemas que generaba la crisis sanitaria se seguía construyendo la estrategia de cómo prepararse para enfrentar el virus en su fase expansiva.

Queremos exhortar a seguir cumpliendo con las medidas de aislamiento. Ustedes que andan por el país y por Montevideo han visto como la población ha cumplido con esta medida de aislamiento. Todavía queda gente que ha hecho caso omiso, así que exhortamos, por el bien de la salud de los uruguayos, que hagan caso a lo que se plantea desde el gobierno.

Ese día había 15 casos nuevos del virus, lo que ascendía la cifra a 94 infectados.

Continuaba el presidente:

No escapa a nadie que esta situación sanitaria ha traído aparejadas consecuencias económicas. Y si bien estamos en medio de este proceso, y no les podemos informar cuándo va a terminar, ojalá que pronto podamos dar esa noticia, queremos ser responsables al informar a la población. Sí entendemos que a esta altura ya hay perjuicios económicos. Y en ese sentido, después de varias reuniones con el equipo económico, hemos decidido cambiar, transformar, modificar algunas políticas que pensábamos llevar adelante para asistir a toda la gente que hoy lo está necesitando.

A partir de entonces, tanto la ministra de Economía como el ministro de Trabajo explicaron las medidas con las cuales

buscaban paliar la situación económica de aquellos sectores directamente afectados por la inmovilidad de la población y las exhortaciones a quedarse en casa. Se aprobaron partidas extraordinarias para los sectores más afectados, se reforzaron las medidas de apoyo a los médicos, se incrementaron las coordinaciones con las intendencias y se procuró sensibilizar a la población en la necesidad de disminuir la movilidad al máximo posible.

En la capital nadie se movía, las calles estaban vacías. En el interior, la producción agrícola ganadera siguió funcionando. El problema principal era en las ciudades en las que el comercio abierto al público, salvo los supermercados, había caído casi a cero.

Al ser consultado por el periodista Nicolás González, de *VTV Noticias*, sobre si se había analizado declarar la cuarentena obligatoria, el mandatario del Uruguay respondió:

Se escucharon propuestas de toda índole y la argumentación de cada uno de los ministros. Obviamente, la responsabilidad última me compete y me hago cargo de las medidas que tomamos. Y estamos tranquilos y seguros, dentro de la incertidumbre mundial, que las medidas son las adecuadas. Y para el momento son las adecuadas en este caso. ¿Descartamos las medidas? No. Yo no tengo la bola de cristal. Creemos que son las medidas que van a ayudarnos a salir de la mejor manera posible de esta situación. Estamos convencidos. Yo estoy convencido y mi equipo está convencido. Si de alguna manera este virus se propaga exponencialmente, cosa que no ha sucedido hasta el momento, seguramente informaremos de otras medidas.

Cuatro días más tarde, el presidente volvió a presentarse en horario central desde la Torre Ejecutiva. Esta vez junto al ministro del Interior, Jorge Larrañaga. El tema en cuestión era cómo evitar las aglomeraciones, pero sin declarar la cuarentena obligatoria.

Ese 23 de marzo de 2020, explicó:

Todavía tenemos a algunos uruguayos que concurren a lugares donde se producen aglomeraciones. Estamos conformes

con la gran mayoría de la gente que entendió el mensaje, que entendió que la lucha es entre todos. Sin perjuicio de lo cual, notamos en algunas ferias vecinales, y en algún otro tipo de centros y plazas, que todavía concurren muchos uruguayos, sobre todo los fines de semana. Así que hemos resuelto con el ministro del Interior exhortar fuertemente con la presencia de patrulleros y de agentes policiales para, de alguna manera, desestimular este tipo de prácticas, que están totalmente desaconsejadas.

Más adelante en la conferencia volvió al tema en cuestión. Dijo:

Como padre de familia, como uruguayo, quiero apelar a extremar, a aquella gente que no tiene necesidad de salir a trabajar, aquella gente que no tiene necesidad sociabilizar, que por favor cumpla esta exhortación.

Ante la apertura de la ronda de preguntas, el periodista Daniel Rodríguez, de *Subrayado*, preguntó directamente sobre lo que ciertos sectores del mundo de la salud y otros de la oposición habían instalado en la opinión pública: ¿el aislamiento total de toda la población era una opción?

El presidente respondió lo siguiente:

Primero, cuando un gobierno de alguna manera dicta un acto jurídico lo tiene que hacer cumplir. Y hacerlo cumplir con todas las herramientas. Y nosotros no estamos haciendo política. No vamos a hacer política. Nosotros estamos gobernando; es una responsabilidad superior. Y en ese sentido, quien seriamente proponga el aislamiento social debe saber o debe estar dispuesto a aplicar medidas que, incluso, pueden llevar al delito de desacato, que tiene pena de prisión.

En ese sentido, ¿alguien en serio, con responsabilidad, está dispuesto a llevar detenido, a llevar ante un juez o fiscal, a un uruguayo que en cualquier lugar del país esté intentando hacer el peso? No parar la olla para la semana, para el día. ¿En serio es eso lo que están proponiendo? Nosotros somos muy responsables y estamos cuidando a los uruguayos.

Antes de aceptar una nueva pregunta de los periodistas, reiteró el concepto de responsabilidad ante el pedido de algunos sectores de endurecer las medidas de *lockdown*: «Lo nuestro es en serio. ¿Tentaciones para hacer política? Muchas. ¿Respuesta? Ninguna. Ser un gobierno responsable y cuidar a los uruguayos es nuestra preocupación».

Esa semana el presidente sentía que el país estaba entrando en la semana más aguda. Casi un año y siete meses después suena irónica esa apreciación cuando aún continúa la emergencia sanitaria. Al cerrar la conferencia y ante la última pregunta el presidente marcó otra línea de conducta: «Este gobierno ha decidido decirles la verdad y nada más que la verdad».

El 2 de abril, lejos de disiparse, aumentaba la tensión. Pese a que eran muy pocos los casos o decesos por coronavirus, resultaba angustiante. Las calles de las principales ciudades seguían semivacías y la gente se acomodaba a la nueva vida de aislamiento voluntario.

Ese día se anunció la suspensión definitiva de las clases presenciales y una serie de medidas de alivio y prórrogas para sectores afectados por el notorio decaimiento de la actividad económica.

«Nadie —dijo— sabe cómo vamos a terminar esto. Nadie sabe.»

En la ronda de preguntas posterior surgió el tema de la libertad. Y el desafío de la recuperación económica posterior, de los que van a quedar rezagados por la pandemia y las consecuencias sociales.

Fue entonces que, ante la pregunta de Leonardo Silvera, de *Telemundo*, sobre en qué se basaría la recuperación, si el sector público o el privado serían los que pondrían en pie al país, Lacalle reflexionó:

Se está pensando en todo. En realidad, lo estamos pensando mucho más desde el punto de vista humano, integral, que obviamente hace a la economía, pero es que la gente pueda recuperar su vida. Y que la pueda recuperar sin dañar la vida de los demás. Entonces, quienes somos amantes de la libertad individual en armonía con la sociedad tenemos que valorar este justo equilibrio que no ha estado ajeno en ninguna

de las medidas que hemos tomado en estos tiempos. Siempre la libertad y el bien común. La libertad y el bien común. Que no siempre, por desgracia, van exactamente de la mano. Entonces, lo primero que estamos evaluando a futuro es la vida de los uruguayos empezando por su salud, siguiendo por su economía. Sabiendo que la economía afecta a la salud; sabiendo también que en este proceso que estamos viviendo no solo hay afecciones fisiológicas, también hay angustia, estrés, todas esas enfermedades que sabemos tienen después otras derivaciones. Y por eso estamos pensando en la persona. La persona y su entorno, la persona y su familia, la persona y sus hijos. Y la persona y su economía. La suma de las personas hace al país, y por eso nosotros no nos vamos a amputar ningún mecanismo, en este caso económico o productivo, para poner a andar al país.

Y remató diciendo:

No somos ortodoxos. El mundo ha demostrado que ser ortodoxo en momentos de crisis no es una buena cosa. Sin perder los principios, sin perder la libertad como faro principal, vamos a dar todas las herramientas para prender la llave del país de vuelta.

Al ser consultado por el periodista de radio Uruguay Gustavo Guisolfo sobre presuntos abusos por parte de empresas que estarían aprovechando la situación de pandemia para hacer ajustes en sus planillas, sacando personal, el presidente fue claro:

Nosotros confiamos en que la mayoría de la gente hace buen uso de su libertad, de las medidas tomadas por el gobierno, no podemos asegurar que todos hagan lo mismo.

En la conferencia siguiente, cuatro días después, le pidieron al presidente que profundizara en el concepto de la recuperación económica en relación con las medidas adoptadas y la exhortación para que los ciudadanos se quedaran en sus casas.

Es el gran dilema de cómo tener un justo equilibrio. De nuevo vuelvo al panel del control; la perilla sanitaria que nos da determinados resultados, y calibrar la económica y la social sin que eso signifique, en un momento, que se acelere el contagio. Por eso, cada medida que tomamos tiene un análisis exhaustivo multidisciplinario, básicamente sanitario. Por eso apelamos al pacto ciudadano, a cumplir con las medidas de aislamiento y cuidado en aquellos que están teniendo actividad laboral.

Un último concepto sobre el día después, que me parece que ha estado sobrevolando acá y que me gustaría graficar: si esto fuera una competencia de ciclismo, a la malla oro, al que va en la punta lo tenemos que estimular para que pedalee más rápido. Ese es el que va a hacer la inversión, el que va a dar trabajo. Y nosotros debemos ocuparnos de los rezagados. El gran apoyo nuestro, del Estado, tiene que volcarse para los rezagados, que son los más vulnerables, que han quedado más rezagados en esta crisis. Lamentablemente, ya venían con situación de vulnerabilidad y quedaron más rezagados. Y debemos sacarle el lastre al que va a pedalear, al que va a traccionar la economía. Esa es la visión que uno tiene siempre desde el gobierno, y que la profundiza en este momento de pandemia.

El concepto de *malla oro*, haciendo un símil con las competencias ciclistas tan populares en Uruguay, se reiteró a lo largo del 2020 y del 2021. En la estrategia de la salida de la crisis, pensaba apoyarse en las fuerzas del mercado, que eran quienes deberían traccionar al resto, generando empleo y así dinamizando la economía. Ante la solicitud de más impuestos en un momento de crisis, el Poder Ejecutivo decidió lo contrario: no aumentaron. Además, se creó el Fondo Coronavirus para asistir a la población vulnerable, los desempleados y los emprendimientos afectados directamente por la crisis. La actuación y firmeza de la ministra de Economía, Azucena Arbeleche, resultó determinante.

LA LIBERTAD RESPONSABLE

Hasta este momento, en la vorágine de los acontecimientos luego del 13 de marzo, a poco más de un mes de la aparición de los primeros casos y las primeras muertes como consecuencia del virus, el país entero seguía en estado de semiparalización.

Los funcionarios públicos, salvo los de los servicios esenciales, estaban trabajando desde sus casas. Las calles estaban vacías de cuentapropistas. En los mercados y las ferias mermó la cantidad de clientes, pero siguieron instalándose en los barrios.

La ciudadanía se adaptaba como podía a la nueva realidad generada por la pandemia y a las medidas tomadas por el gobierno, que continuaba exhortando a la gente a quedarse en su casa. Hubo un boom de aplicaciones que de pronto fueron parte esencial de la vida de los ciudadanos. También se multiplicaron los *deliveries*. Las familias se separaron físicamente, pero se unieron usando internet. De buenas a primeras la gente debió adaptarse a la situación.

Con rapidez se sucedían los anuncios de cómo el sistema nacional de salud, tanto público como privado, se iba preparando para cuando llegara el peor momento de los contagios por el virus. Pero no llegaba. Había incertidumbre, miedo, angustia por los cambios en la vida diaria y por las transformaciones de los hábitos de los uruguayos en sus casas. Los vínculos entre niños y abuelos, parejas y grupos de amigos: todo cambió de pronto.

La discusión sobre el uso del tapabocas cobró intensidad y el gobierno, pese a los permanentes mensajes contradictorios de la oms, empezó a estudiar la medida.

Se venía la Semana Santa o de Turismo, como se llama en Uruguay. Es un tiempo a fines de marzo principios de abril en que los uruguayos salen a recorrer el país, acampar y visitar

masivamente el interior. Hubo que suspender todas las fiestas programadas y nuevamente insistir a la gente para que permaneciera en sus departamentos y que hiciera un esfuerzo de comportamiento social para evitar las aglomeraciones.

En una de esas conferencias de prensa desde la Torre Ejecutiva el presidente mencionó por primera vez el concepto de la libertad responsable, a la postre buque insignia de la gestión de la crisis.

Mucha gente del público y la prensa nos ha preguntado acerca de las medidas que estamos implementando en estos días, y tratamos de ver qué se hizo en este mes y algunos días desde el 13 de marzo porque las medidas que hoy se aplicaron son consecuencia directa de las medidas que se aplicaron apenas conocidos los primeros casos. Y, sobre todo, del ejercicio de la libertad responsable que hizo la gran mayoría de los uruguayos. Si hoy estamos pasando de un aislamiento de alto impacto a un distanciamiento social que debe ser sostenido es porque los uruguayos demostraron que hicieron un buen uso de la libertad, con solidaridad y generosidad.

Satisfecho por los índices controlados de contagios y la poca cantidad de decesos por la pandemia, esa misma noche, ante la pregunta de un periodista declaró:

Yo apelo a la libertad, lo saben bien. Yo creo que el uruguayo es una persona que ama la libertad y que, en momentos difíciles de su historia, se abraza a ella, y estoy seguro de que va a actuar en consecuencia. Aun sabiendo que, tratándose de la libertad individual, siempre tiene un elemento colectivo. El mal uso de la libertad individual afecta al todo. Y creo que eso obliga más a un uso responsable de la libertad, que es lo que hemos tenido hasta ahora.

...

EL GRUPO ASESOR CIENTÍFICO HONORARIO

En esa misma conferencia clave del 17 de abril mencionó por primera vez el concepto de *nueva normalidad* y anunció una medida que resultaría clave: la conformación de un grupo de científicos de primer nivel para colaborar con el gobierno para enfrentar la situación: el Grupo Asesor Científico Honorario (GACH).

Estamos muy satisfechos de poder anunciarles que se ha generado un grupo al más alto nivel que va a compartir con el gobierno su conocimiento. Este equipo que asiste al que conformamos (en el gobierno) liderado por Isaac Alfie¹ está formado por Fernando Paganini, Rafael Radi y Henry Cohen, tres prestigiosos profesionales a los cuales les agradecemos.

Luego de explicar los alcances del trabajo del GACH, subrayó:

Lo que tiene que seguir quedando en claro es que la responsabilidad sigue siendo de la primera persona, que es el presidente de la República. Lo que sí, va a tener más respaldo para tomar las decisiones que puedan beneficiar o afectar la vida de los uruguayos.

La aparición de los científicos aportó un aire de sensatez, credibilidad y certidumbre a la hora de navegar por la tempestad de la pandemia. La personalidad de los tres científicos de renombre internacional terminó de cerrar un equipo comprometido y consustanciado con el mejor manejo posible de la pandemia para cuidar a los uruguayos.

Los tres académicos al frente de otros científicos uruguayos formados en su enorme mayoría en la Universidad de la

¹ Director de la Oficina de Planeamiento y Presupuesto.

República se convirtieron en figuras de enorme arraigo popular. Con el paso de los meses no solo llevaron lo mejor de sus conocimientos al Poder Ejecutivo, sino que, además de volverse famosos, pusieron de moda a la siempre postergada ciencia nacional.

Pasada una semana del anuncio de la conformación del GACH, el presidente visitó el Institut Pasteur (IP) de Montevideo para agradecer a los científicos de la Universidad de la República por desarrollar allí un kit de diagnóstico del covid-19 en tiempo casi récord.

El Pasteur es uno de los más recientes integrantes de la Red Internacional de Institutos Pasteur (RIIP), que asocia a 33 centros independientes situados en los cinco continentes y unidos por la misma cultura y valores. Dedicado a la investigación científica en el área de la medicina biológica, el IP Montevideo está formado por plataformas científicas de alta tecnología en áreas como la genómica, proteómica, bioinformática, biología molecular y celular; laboratorios abiertos a proyectos de investigación de científicos jóvenes; un centro de enseñanza internacional con cursos sobre los más recientes conocimientos biológicos y tecnologías de punta; y *start-ups* para el desarrollo de aplicaciones biotecnológicas.

Creado por ley el 14 de julio de 2004, el instituto nació mediante un acuerdo emblemático entre el gobierno de Uruguay —bajo la presidencia de Jorge Batlle— y el de Francia.

En la sede del IP, Lacalle explicó con semblante preocupado:

Ustedes saben que las decisiones se empezaron a complejizar y requerimos la asistencia y ayuda de un equipo científico muy importante que nos está dando una mano, que ayuda al presidente y al Ministerio de Salud Pública. Nos contaban que el día que se dispuso que se podía empezar a trabajar acá, un sábado a la mañana, estaba lleno de investigadores que querían ponerse a trabajar de inmediato. Dejaron sus tesis, el trabajo que estaban haciendo y rápido tomaron cartas en el asunto para ayudar al país. Acá no se ayuda a un gobierno, se ayuda al país para salir lo mejor posible de esta pandemia.

Con la aparición de los científicos del GACH en escena, Uruguay comenzó una nueva etapa del relacionamiento entre la ciencia y la política. Algo que ocurrió en muchos países y que generó un debate muy profundo sobre los límites entre ambos.

LA LEY DE URGENTE CONSIDERACIÓN

Otro de los anuncios importantes de la conferencia del 17 de abril fue que el presidente no abandonaría la idea presentada en la campaña de enviar un proyecto de ley de urgente consideración (LUC), que activa un mecanismo de aprobación rápido con varios artículos (más de 500 en esta oportunidad, de diversos temas, pero principalmente cambios en materia de educación y seguridad pública) contenidos en el acuerdo electoral con los cinco partidos de la coalición.

El Frente Amplio intentó bloquear la iniciativa argumentando que eran tiempos de pandemia y de crisis y que había que postergar la presentación de la LUC. Pero el presidente fue contundente y anunció que la pandemia no era un impedimento para cumplir lo prometido en la campaña electoral.

El gobierno tiene una agenda, tiene la vocación de hacer, transformar y cumplir con los compromisos asumidos. Estamos convencidos de que este instrumento es bueno para el país, y además es la plataforma con la cual comparecimos ante la opinión pública.

En la conferencia expone tres momentos claves para el futuro gobierno de coalición: se menciona por primera vez el concepto de la *libertad responsable*, se anuncia la creación del GACH y se informa que, pese al parate de la pandemia, la LUC sigue su curso, desoyendo el pedido del Frente Amplio de postergarla.

Consideré oportuno narrar el episodio de la LUC y la decisión del gobierno de avanzar para que se calibre la envergadura del desafío que se estaba afrontando: una crisis sanitaria y su consecuencia económica y social, donde la agenda política podía haber pasado a segundo plano. Pero no fue así.

La aprobación de la LUC motivó que la central obrera del Uruguay, PIT-CNT, iniciara una campaña de recolección de

firmas para promover un referéndum que derogara 135 de los artículos. Ese referéndum se realizaría en marzo de 2022.

...

El 4 de mayo, el Poder Ejecutivo llamó a una conferencia de prensa virtual inédita en el país: con los medios no capitalinos por Zoom. Fue una sorpresa y probablemente marcó el punto más innovador de la estrategia de comunicación liderada por el publicista Roberto Lafluf, hombre de confianza del presidente y responsable profesional de su imagen pública.

Desde cada una de las principales ciudades del interior se hicieron preguntas de todo tipo y temática. En la introducción, Lacalle señaló:

Estamos con la tranquilidad de estar bien asesorados, que eso es fundamental, y con la tranquilidad de que hay un respaldo político, técnico y científico en cada paso que damos. ¿Cuánto va a demorar en llegar esta nueva normalidad? No lo sabemos. Obviamente, siempre va a terminar dependiendo de la conducta de los uruguayos. Nosotros hemos apelado a la libertad responsable que, con tranquilidad, debemos decir que los uruguayos la han sabido utilizar, y eso es lo que nos permite ir avanzando en los distintos lugares del país en esta nueva normalidad.

Una de las preguntas de esa extensa conferencia fue sobre la libertad responsable. El periodista Pablo Andrés Quintana, de la radio Universo, de Castillos, departamento de Rocha, le preguntó al presidente por el comportamiento de los surfistas en la costa atlántica del país.

El surf es el deporte preferido del presidente. Lacalle es quizá el primer presidente surfista de la historia. Siente como uno y respeta la libertad del mar como todos los que practican este deporte con seriedad.

En esas semanas los surfistas habían estado desafiando la máxima de *quedate en casa* y se aventuraban a la costa en busca de los mejores picos donde deslizarse, pese a las exhortaciones del gobierno.

Las prefecturas de Maldonado y de Rocha (ambas con costa oceánica) habían retirado a surfistas del agua, pero al rato volvían. Se produjo un pequeño debate nacional sobre la presunta irresponsabilidad y egoísmo de los deportistas acuáticos. Fueron varias las voces que se elevaron indignadas contra los surfistas por no aceptar las reglas de la exhortación de quedarse en sus casas. La indignación demostraba la confusión y la tensión del momento. La pregunta entonces fue un tiro por elevación al presidente surfista de Uruguay.

Quintana preguntó:

—El alcalde de La Paloma ha manifestado la idea de prohibir la actividad del surf. Vemos que poco a poco se va retornando a la actividad normal con el comercio abierto y mucho movimiento de personas. ¿Significa esto un cambio de estrategia del gobierno y que ya no corre aquello de quedate en casa? Porque al menos eso es lo que percibe la gente del interior.

—Quiero destacar el buen uso de la libertad responsable por parte de los uruguayos. Otra sería la historia si no hubieran actuado como lo hicieron. Obviamente que, cuando pasa el tiempo, la gente empieza a sufrir consecuencias de este aislamiento, y por eso el quedate en casa sigue vigente, sin perjuicio de lo cual, si se toman los recaudos necesarios, si se apea al distanciamiento social que habla del tapabocas, de lugares al aire libre, hay ciertas prácticas que no están desaconsejados. Obviamente que no puede ser la regla. De nuevo, ahí está la virtud de los uruguayos para saber hacer uso de esa libertad.

En relación con el comportamiento de los surfistas, no rehuyó la respuesta:

Tengo mi visión personal sobre el surf, pero no la voy a dar en este sentido porque hay un grupo de científicos que nos está asesorando. Sí creo que hay actividades que cumplen con el distanciamiento, que no generan aglomeraciones posteriores y que tenemos que analizarlas para ir las permitiendo. Como aquel que sale a correr, que hace algún tipo de actividad deportiva en solitario, que hoy se practica en todos lados.

Más adelante dijo:

Así, en los tiempos que vienen, esperen apertura. Lo que nosotros esperamos durante esas aperturas es el buen uso de la libertad, que es lo que ha pasado hasta el momento, y nos permite seguir avanzando en la transición hacia la nueva normalidad.

El 14 de mayo visitó la localidad de Nuevo Berlín en el litoral departamento de Río Negro. Allí fue abordado por los periodistas locales que preguntaron sobre la reapertura de las escuelas rurales y otros detalles de las medidas que el gobierno estudiaba.

Uruguay vivía entonces como en suspenso. La pandemia no pegaba fuerte, la ciudadanía estaba sumamente alerta, siguiendo paso a paso las noticias internacionales. Empezaba a ser evidente que aquellos que pedían cuarentena obligatoria habían quedado fuera de foco. La popularidad del presidente y del manejo de la crisis estaba por las nubes, incluso entre quienes no lo habían votado.

Por su lado, Argentina era un caos. Las cifras de fallecidos crecían día a día tanto como el malestar de los porteños por la cuarentena obligatoria, que era vulnerada permanentemente.

El foco de la calamidad provocado por la propagación del virus había pasado de Italia y España a Estados Unidos, donde el *espectáculo* mediático del presidente Donald Trump —pese a tener a su lado al experto inmunólogo Anthony Fauci—, contradictorio y amenazante con el «virus chino», dominaba la agenda mediática y el tráfico en las redes, tanto como las espantosas cifras de muertos y contagiados en la potencia mundial. En Estados Unidos se respiraba una confusión peligrosa. Trump subestimó el impacto del virus, tanto que en parte por esa causa perdió las elecciones presidenciales unos meses más tarde.

En Nuevo Berlín, departamento de Río Negro, el presidente cerró la improvisada entrevista diciendo: «He apelado una vez más a ese concepto que me gusta mucho: la libertad ejercida responsablemente, que hasta el momento a uno se le infla el pecho de cómo los uruguayos lo han asumido de esa manera».

EN LA HORA MÁS OSCURA

El parque Anchorena está ubicado en el departamento de Colonia, sobre el Río de la Plata. En una de las orillas de la barra del río San Juan se destaca una torre desde cuya cima pueden verse las luces de Buenos Aires, capital de la República Argentina.

A comienzos del siglo xx, el emprendedor y aventurero argentino Aarón de Anchorena y su amigo el aviador también argentino Jorge Newbery cruzaron cada uno en un globo aerostático de Argentina a Uruguay. Aterrizaron junto a la desembocadura del río San Juan. Fue la primera vez que se intentó tal hazaña, considerada peligrosa en esa época. Al llegar sano y salvo a tierra oriental del Uruguay y en cumplimiento de un juramento adquirió esas tierras, las acondicionó, construyó una casa, trajo animales foráneos, árboles y plantas exóticas y creó un pequeño paraíso.

Las tierras ocupan una superficie de 1.369 hectáreas y fueron donadas por Anchorena al Estado uruguayo con el cometido de que allí se estableciera un parque con fines educativos, recreativos y de interés general, «para bienestar y solaz de la población», por lo que está abierto al público en general. Desde entonces la residencia también es lugar de descanso de los mandatarios y donde reciben delegaciones extranjeras.

Fue en ese parque que el presidente de la República se retiró a meditar a una semana de los primeros casos de coronavirus en Uruguay. Era claro que tarde o temprano la pandemia golpearía al país. Amigos, expertos, opositores, científicos y allegados le reclamaban que endureciera las medidas de aislamiento de la población, que declarase la cuarentena obligatoria y hasta el toque de queda.

Si uno se guiaba por los medios de comunicación y los contenidos que circulaban desbocados en las redes sociales parecía que se venía el apocalipsis. Entre el caos, las dudas lógicas y la

información contradictoria, las primeras medidas anunciadas no parecían suficientes para evitar la propagación de un virus que hacía estragos en el hemisferio norte y empezaba a golpear sin piedad en Ecuador, Chile, Perú, Brasil y Argentina.

Los ojos del país entero estaban puestos sobre Lacalle, que a menos de veinte días de asumir estaba enfrentado a su destino, y en su destino el de una nación que se le había confiado por los siguientes cinco años.

En las ciudades la población había acatado el pedido de recluirse. Prendida a las pantallas empezaba a adaptarse con mucho temor a la incertidumbre que no era solo nacional, era mundial. Todas las señales que partían de la Torre Ejecutiva eran analizadas con lupa y comentadas con genuina pasión.

La presión era grande y no daba tregua. El expresidente Tabaré Vázquez, el Sindicato Médico del Uruguay, la central obrera y la mayoría de la oposición reclamaban —como en Argentina— medidas duras para limitar la libertad de movimiento. Exigían una mayor fuerza coercitiva por parte del Estado contra la población para, consideraban, protegerla.

El presidente caminaba junto a un barranco sobre el Río de la Plata y dialogaba con su conciencia. El enemigo invisible del virus estaba desafiando su intelecto y su capacidad de liderazgo. Fueron las horas más difíciles de su vida política.

Cuando inició el camino de ser diputado nunca hubiese imaginado que veinte años después, recién asumido como presidente, sus valores, sueños e ideas iban a ser puestos a prueba de una manera tan brutal como consecuencia de un virus de dudosa procedencia originado en el otro lado del planeta.

Se mantuvo horas solo y en silencio, escuchando su mente, acompañado de las sombras de los árboles, el rumor del viento y del río. Hizo un surco de tanto ir y venir. Quería estar solo, tener la respuesta justa.

A sus custodias les pidió que lo dejaran solo entre la naturaleza. Quería conectarse con lo más profundo de su esencia. No era fácil tener la mente clara, pero había que buscar la luz en la oscuridad. Hasta que tomó la decisión y llamó a su secretario personal y entrañable amigo Nicolás Martínez y le dijo palabras más palabras menos:

—No declaro la cuarentena obligatoria un carajo.

...

Santo y seña es un programa televisivo popular que se emite el domingo de noche en horario central en canal 4. Es una mezcla de entretenimiento y periodismo conducido por el comunicador Ignacio Álvarez, reconocido por su estilo provocador y de denuncia. Allí fue invitado el presidente de la República para dar la primera entrevista televisiva desde el inicio de la pandemia. Ocurrió el 18 de mayo de 2020.

—El momento de más soledad fue entre el 21 y el 23 de marzo, que fueron los días en los que hubo una fuerte presión. Entendible. Lo tuve de gente muy cercana que me pedía cuarentena obligatoria —le confió a Álvarez—. La mayoría de la gente pedía cuarentena obligatoria, comprensiblemente, porque estábamos navegando en la oscuridad. No se sabía qué podía pasar, teníamos ejemplos como el de China, empezaba lo de España...

—El de Italia —lo interrumpió Álvarez—. Yo mismo decía: hay que declarar la cuarentena obligatoria.

—Y yo estaba convencido de que no. Filosóficamente.

—¿Por la libertad?

—Sí—contestó el presidente—, y después porque, no me quiero poner en jurista, pero si dictás un acto jurídico, tenés que hacerlo cumplir. Enseguida se me vinieron dos imágenes a la cabeza: la primera, la feria de Pajas Blancas. Les dije a los que me pedían: «¿Vamos a poner un móvil policial e ir por toda la feria deteniendo gente?». O vamos a Pinar Norte, donde a veces le compro astillas y piñas a un vecino. Le vamos a decir: «No, venga, lo vamos a llevar detenido...». ¿En Uruguay? ¿Alguien estaba dispuesto a hacer eso? Yo no. Y después una demostración de responsabilidad de los uruguayos que me llena de orgullo. Desde el 13 de marzo hasta el 13 de abril, el uruguayo cerró la cortina a riesgo y daño propio.

A continuación, cómo continuó el diálogo en esa entrevista en horario central el domingo de noche:

IGNACIO ÁLVAREZ. Está bien, pero calibraste el riesgo sanitario. Porque todo bien con que seas liberal y con la liber-

tad filosóficamente, y después cómo hacés para detener a alguien que sale, pero la alternativa era el riesgo de que se mueran miles y miles de uruguayos. ¿Cómo llegaste a confiar en esa decisión?

LUIS LACALLE POU. Porque lo otro era un estado policíaco: lo otro eran medidas prontas de seguridad.

IA. Y sí, pero a la hora de salvar vidas...

LLP. No. No. Cuando ponés a la persona ante la situación de tomar una medida de esas... A la gente que se lo planteé no estaba de acuerdo.

IA. Porque era o blanco o negro. Era no cuarentena obligatoria, pero sí, quédense en su casa, exhortando...

LLP. Y fue lo que el uruguayo hizo. Es más, no sé qué va a pasar mañana, pasado, ojalá que siga todo bien, pero a mí no me cabe la menor duda —y después se lo leí a algún investigador— de lo que hizo Uruguay en los primeros días con muy pocos casos, cuatro o seis casos. Todas las medidas: cierre de fronteras, suspensión de clases, espectáculos públicos, confinamiento voluntario: eso generó la posibilidad de aplanar la famosa curva que hoy el Uruguay está aplanando. Cuando ves alguna foto o filmación de hoy, entendiendo el buen clima y que la gente tiene que salir, por favor, ayudemos a que esto pueda seguir pasando: que se puedan seguir abriendo actividades, la educación y otras. Porque no tenemos que hacer como en el ludo, volver para atrás y confinamiento en serio...

IA. Hablabas de las presiones que sentías y de cómo, prácticamente contra la corriente y en solitario, tomaste la decisión de la cuarentena obligatoria... ¿no? Y uno de los pesos pesados que salió a marcar la cancha fue el expresidente Tabaré Vázquez, que pedía avanzar hacia una cuarentena obligatoria. [Pasan una grabación con la voz del antecesor de Lacalle solicitando la aplicación de la medida.] ¿Qué pensaste cuando lo escuchaste?

LLP. Extraño ser diputado porque cuando lo era podía decir lo que quería.

IA. Ah. Ahora que está en una pose institucional es menos belicoso.

LLP. Es que yo soy el presidente de Tabaré Vázquez. Soy el presidente de todos los uruguayos y por ende de él. Primero,

mi respeto hacia él, aun en la discrepancia radical, como en este caso.

IA. ¿Pero no sentiste que él, en una situación delicada del país, estaba —con la mejor de las intenciones— bombardeando tu decisión?

LLP. No.

IA. ¿No lo sentiste como una traición, como un golpe bajo?

LLP. No, no. Sentí que el presidente Vázquez estaba equivocando.

...

No fue ni la primera ni la única vez que le preguntaron al presidente Lacalle sobre las cavilaciones y el momento en que eligió el camino de la libertad responsable para atravesar la pandemia.

A mediados del mes de julio de 2020, cuando Argentina lidiaba con un debate político fortísimo por una cuarentena obligatoria que en los hechos poco se respetaba, pero que por las prohibiciones llevaba a la ruina a miles de negocios, el mandatario uruguayo fue invitado a varios programas de televisión en Buenos Aires. A muchos les sorprendió que hablara de la estrategia exitosa de Uruguay en un país sumido en una crisis sanitaria terrible con enorme malestar social y una pavorosa crisis económica.

Entrevistado por el periodista argentino Alfredo Leuco esa noche fría del 15 de julio en Todo Noticias, volvieron a preguntarle por los motivos que lo llevaron a no adoptar una cuarentena obligatoria.

ALFREDO LEUCO. Uno de los elementos fuertes es el resultado que ha logrado Uruguay en cuanto a la actitud para combatir la pandemia, pese a que usted asumió el 1.º de marzo y ya el 13 de marzo se registraron los primeros cuatro contagios por covid-19, Ustedes no hablaron de cuarentena estricta, hubo una confianza en la propia responsabilidad individual de cada uno de los ciudadanos. ¿Cómo fue tomar esa decisión de no hacer una cuarentena estricta?

LUIS LACALLE POU. Primero vamos a cruzar los dedos porque el resultado es parcial, hemos visto en otros lugares

del mundo donde de repente están muy contentos de que bajan los casos activos, bajan la guardia y los contagios se disparan. Vayamos al 13 de marzo. Yo estaba viajando al norte del país a la inauguración de la cosecha de arroz y cuando estaba en el helicóptero me entero de que se habían detectado los primeros cuatro casos. Y obviamente, la cabeza estaba puesta en las decisiones que íbamos a tomar. Ya cuando terminamos la reunión allá, empezamos a citar al Sistema Nacional de Emergencia con todos los ministros, y creo que primero escuchamos mucho, y después tomamos decisiones claras y rápidas. Yo insisto siempre en que no solo importa que las medidas sean buenas, sino el tiempo en que se toman. Y a veces los tiempos políticos no acompañan las urgencias de la sociedad. Y creo que se tomaron en buen momento. Después, lo más importante, que a mí me emociona escucharlo, verlo y que lo reconozcan fuera de frontera, que no es al gobierno, es al uruguayo. El uruguayo tiene una vocación genética en la libertad. Una de las banderas que estaba acá atrás [señala la bandera de los Treinta y Tres Orientales] dice «Libertad o muerte», porque el uruguayo fue libre a pesar de la pandemia. Primero como nación, después como Estado. A pesar de. Y es un bien muypreciado que, a veces, en la lógica diaria se nos olvida, pero que en las difíciles el uruguayo sale adelante con ese valor y lo defiende. Y en eso obviamente nos inspiramos.

Yo no estaba dispuesto a obligar a los uruguayos a confinarse, ir rumbo a un estado policíaco o aplicar medidas prontas de seguridad. Puse dos ejemplos: hay una feria muy popular que se llama la feria de Piedras Blancas donde la gente vende lo que puede para hacer el jornal del día. Y cuando se me vino un sindicato idóneo, en teoría, en esta materia, y me vino a plantear la cuarentena obligatoria, como lo hizo algún expresidente, como lo hizo algún partido político o sectores, les dije: «¿Alguno está dispuesto a ir conmigo en un móvil policial, empezar en la punta de la feria e ir metiendo hacia adentro a esa gente que está tratando de hacer el peso? ¿Alguien está dispuesto a ir conmigo a Pinar Norte a detener al hombre que vende

leña para hacer el peso? ¿No somos capaces en Uruguay de apelar al cuidado personal, individual y al colectivo?». Y el uruguayo dio una gran demostración. Pero aparte una gran demostración en ese mes, que para mí fue vital. El Uruguay del viernes 13 de marzo al 13 de abril bajó la cortina. En el medio tuvimos Semana Santa o de Turismo, pero Uruguay bajó la cortina. Mirá lo que hicieron los operadores turísticos, porque esto es para sacarse el sombrero: hicieron un aviso en la televisión pidiendo que la gente no hiciera turismo. Ellos mismos cuidaron un valor superior, y eso es lo que hizo Uruguay en ese mes, lo cual evitó los contagios masivos. Hace dos o tres semanas..., estos meses han parecido años, por eso uno a veces pierde el sentido del tiempo, surgió un foco en Treinta y Tres, al este de nuestro país. Allí fueron las autoridades, yo me hice presente, fue el ministro de Salud Pública, el presidente de la Administración de los Servicios de Salud del Estado, el ministro de Defensa, todo el mundo fue allí para controlar rápidamente y pedirle a la gente del departamento que se cuidara. Y hoy, tres semanas después, hace cuatro o cinco días que tenemos un caso o cero casos.

¿Por qué? Porque la gente se autoconfinó. ¿Quiénes? ¿Todos? No. Se confinaron los que estaban contagiados, los que estuvieron en contacto con los contagiados y los familiares de la vuelta. ¿Por qué? Para cuidarse ellos, y para cuidar a Treinta y Tres. Porque hemos demostrado desde el 22 de mayo o de abril que empezamos a reabrir sectores de actividad, por ejemplo, la construcción, que emplea a mucha gente y que dinamiza mucho, pero tras hacer tests aleatorios no hubo contagiados. Se abrieron las escuelas rurales, las más alejadas del centro de contagio, allí no hubo ningún tipo de dificultad. El 1.º de junio, el 15 de junio y el 29 de junio volvieron los alumnos de manera voluntaria, porque no era obligatorio, pero ha ido creciendo el número de concurrentes, y tampoco ha sido problema. Entonces, creo que hay un pacto ciudadano, un pacto de libertad responsable, de que mis actitudes como ciudadano me benefician, y benefician al común denominador;

o me perjudican a mí y a todo el Uruguay. Y todos saben que, a medida que el comportamiento sea ese, más se va a abrir la vida del país. Y por eso hace un tiempo hablamos de un panel de comando de tres perillas: la más grande en el ámbito sanitario, y después la económica y la social, y tenía que haber una fina sintonía entre esas tres perillas. Y acuñamos en una respuesta una frase que es «para adelante todo lo posible, para atrás todo lo necesario». Hemos ido bastante hacia adelante y muy poquito para atrás en algún sector de la actividad o en alguna región geográfica de nuestro país. Por ahora, gracias a la población, insisto, gracias a los uruguayos podemos seguir avanzando.

AL. ¿Cómo se define a sí mismo ideológicamente?

LLP. En lo personal, me considero un liberal. Y a veces el liberalismo está teñido de individualismo. Yo creo que nunca lo ha sido, o por lo menos es mi concepción, y sobre todo en este mundo moderno en el que estamos todos interconectados. El liberalismo para que sea tal, para que sea puro, tiene que ser con una sensibilidad social, tiene que ser solidario. No hay libertad pura si el entorno no puede gozar esa libertad.

...

Varios meses después, el 2 de marzo de 2021, entrevistado en el noticiero central de canal 12, el presidente volvió a referirse al momento en que decidió apoyarse en la libertad responsable apelando a sus íntimas convicciones filosóficas y personales.

ALDO SILVA. Presidente, ¿recuerda cuál fue el momento más crítico de su gestión?

LUIS LACALLE POU. Sí. Creo que no me equivoco la fecha, pero fue desde el viernes 20 de marzo al lunes 23. El famoso reclamo de cuarentena obligatoria: dirigentes políticos, algunos sindicalistas, el Sindicato Médico del Uruguay y gente cercana, ¿no? Ese fin de semana fue bastante complejo en lo personal. Yo no estoy señalando con el dedo a quienes lo pidieron, nadie sabía qué era lo que iba a pasar.

El Uruguay tenía miedo. Y sí, fue un fin de semana de bastante soledad y fue el momento más difícil del gobierno en lo personal. Ahí, cuando uno tiene esas tribulaciones, es cuando tiene que situarse.

AS. ¿Y con quién hablaba en ese momento?

LLP. ¿Quién me aguantaba? Mi familia. Pero pensé en que, al hablar con uno mismo, hay que buscar cuál es la esencia y cuáles son los valores más importantes con los que uno comulga y que siente que tiene que seguir. Y si yo no apelaba a la libertad responsable me traicionaba en la esencia, y eso es imperdonable.

LA LIBERTAD DEL INDIVIDUO

Enfrentar la pandemia del coronavirus es un pasaporte inesperado a un destino cuyo final es incierto. Pueden existir tantos caminos como personas en el mundo para elegir cómo atravesarla con el menor daño posible. El que eligió Uruguay se amparó, como venimos desarrollando en estas páginas, en el pragmatismo de un liberal con enorme sentido común.

Se pudo haber optado por un mayor peso coercitivo del Estado, instalar un estado policiaco, incrementar las multas y las sanciones para aquellos ciudadanos que no se quedaran en sus casas o no respetaran los protocolos, pero no fue así. Puesto en términos antagónicos, se pudo apelar al colectivismo, con el Estado protector, escudo de los débiles, como el responsable único de lidiar con la crisis, o apostar a una alianza con el individuo, que debía hacerse cargo de sus actos para cuidarse como forma de cuidar a sus pares. El segundo fue el camino que se transitó.

Hubo una intensa campaña de sensibilización exhortando a que los ciudadanos en la medida de lo posible se quedaran en sus hogares, y en el Estado se tomaron todas las medidas que estuvieron a su alcance para favorecer el *quedate en casa* mientras se iba concientizando sobre las características del virus, para que, al conocerlas, cada ciudadano actuase en consecuencia para evitar contagiarse.

Con los votos del Frente Amplio en contra, se reglamentó la ley 19932, que habilitaba a la policía a disolver aglomeraciones: «Límitase transitoriamente, y por razones de salud pública, el derecho de reunión consagrado por el artículo 38 de la Constitución».

Hubo un incidente menor, aunque con muchísima repercusión, en la plaza Líber Seregni, de Montevideo, y en algunas plazas del interior, donde existieron intervenciones policiales

ante aglomeraciones sin mayores consecuencias. La población entendió el mensaje. Resultó curioso observar cómo las mismas voces que criticaban al gobierno por fomentar la libertad responsable y exigían medidas más duras para restringir la movilidad, se opusieron en el Parlamento a la ley 19932, que por un lapso prohibió las aglomeraciones.

Mientras avanzaba el 2020, Lacalle fue articulando el concepto de libertad responsable. Los números eran moderados en términos de contagios y muertes. La pandemia empujó al mandatario a explicar su estrategia.

Eso fue lo que sucedió el 25 de junio de 2020 en un foro organizado por el Centro de Estudios Económicos (CED), la Fundación Libertad de Argentina y la Fundación para la Libertad (FIL) del escritor peruano Mario Vargas Llosa, una de las principales plumas del mundo hispano, que defiende las ideas liberales en Iberoamérica.

Tras la presentación de Vargas Llosa, quien puso el énfasis en el concepto de libertad para enfrentarse a la crisis sanitaria y sus consecuencias, Lacalle se explayó sobre su estrategia en Uruguay.

El 1.º de marzo asumimos un gobierno distinto. Por primera vez en la historia de nuestro país se formó una coalición de gobierno de cinco partidos políticos porque en Uruguay había, antes de la elección, voluntad de cambio.

Y para nosotros es muy importante tener en claro dónde está la génesis de los cambios: está en el pueblo, está en la gente. Primero decide que hay que cambiar, y después deposita sobre los hombros de, en este caso, cinco partidos políticos su voluntad de cambio. Y ese es un mensaje muy fuerte que asumimos en campaña electoral con compromisos, con una hoja de ruta que se llamó *Compromiso con el país*. Y que asumimos, antes de la asunción del 1.º de marzo, con un proyecto de ley estructural donde están las reformas que creemos que el país necesita.

El viernes 13 de marzo, estábamos volando en un helicóptero hacia el norte del país para inaugurar la cosecha del arroz. En esos momentos que hay señal en el aire nos llega el mensaje de que habían aparecido los primeros cuatro casos de corona-

virus en el país. [...] a la vuelta convocamos al Sistema Nacional de Emergencia y al Consejo de Ministros.

Y quiero hacer hincapié en el tiempo que va desde el 13 de marzo al 13 de abril porque es fundamental para los resultados parciales que hoy tiene el país. Y quiero suscribir el concepto de parcial, porque esto está bastante lejos de terminar. Ese mismo día, con cuatro casos confirmados, suspendimos las clases, cerramos las fronteras, suspendimos los espectáculos públicos y tomamos alguna otra medida que el Estado podía tomar.

Al otro fin de semana [...], del viernes 20 al lunes 23 se da el epicentro de la discusión nacional sobre la cuarentena obligatoria. Para mí fue un momento de mucha soledad y de mucha introspección. Son esos momentos en que uno dice: ¿qué soy?, ¿cuál es la razón de ser?, ¿qué es lo que me mueve y siento como presidente? Ya no jugando en términos de mi vida, sino en que es la vida de los uruguayos, que es mucho más importante que las decisiones que yo tomo sobre mi propia vida.

Desde el viernes 20 al lunes 23, expresidentes de la República, distintas gremiales y la opinión pública en general pedían cuarentena obligatoria. Y ojo que no entiendo que hayan estado mal, pero en ese momento nos decían: «cuarentena obligatoria». Porque el mundo fue navegando a oscuras, casi todas las experiencias en Europa eran malas; había alguna incipiente de buenos resultados, pero todo decía que era lógico y, voy a agregar un concepto que puede ser discutible, que era fácil decretar la cuarentena obligatoria. Y desde el principio tuve claro que no lo iba a hacer. Desde el mismo viernes, cuando empieza a generarse una presión muy fuerte, imagínense, los mensajes de WhatsApp de cercanos y lejanos, y de la opinión pública en general, iba contra todo lo que yo creo: *la libertad del individuo*. Y la libertad en círculos concéntricos, que es la personal, la libertad de relacionamiento y la de una nación.

Y el lunes de mañana recibí al Sindicato Médico del Uruguay, que ya se había manifestado desde una posición que a mí me resultaba difícil discutir en ese plano: que teníamos que ir rumbo a una cuarentena obligatoria. Y en esa reunión, y después lo hicimos público, les dije: «¿Alguien está dispuesto a encarcelar a un uruguayo que sale a hacer el peso, no para un mes, sino para ese día?». Les pregunté si alguien, en serio, es-

taba dispuesto a un régimen policiaco, lo que aquí se conoce como medidas prontas de seguridad.

Y entonces me acordé de una frase muy linda que me dijo Antonio Mercader, un exministro, docente y periodista uruguayo que falleció hace muy poco tiempo. En una discusión de hace muchos años, me dijo: «Los latinos tienen leyes rígidas de cumplimiento flexible y los anglosajones tienen leyes flexibles de cumplimiento rígido». Y me ha marcado toda la carrera. Recuerdo que cuando fui presidente de la Cámara de Representantes, en mi discurso de asunción dije: «Más vale el precepto legal que existe, antes que el que existe y no se cumple. Porque como el derecho es la estructura que ayuda a sostener una sociedad, se desparrama el relacionamiento social. Y hoy lo puedo decir con tranquilidad: hasta el momento fue exitoso. ¿Y por qué fue exitoso? Porque es una pregunta que debemos hacernos.

Quizá en un país acostumbrado a que la libertad mute por un Estado omnipresente, por un Estado regulador al extremo en contextos legales, habría que preguntarse por qué fue que, en ese momento, despojado de una regulación u obligación estatal, el uruguayo cumplió. Yo asumo que una especie de asfixia de libertad. El individuo sintió que su persona, sus actos y su libertad responsable no solo iban a determinar su vida, sino la de su familia, la de sus seres cercanos y la del resto de la comunidad.

Y si hay un éxito relativo hasta el momento, no es la inspiración ideológica o la esencia de un presidente de la República o de un gobierno. Es que el uruguayo entendió y aplicó la libertad responsable como muy pocas veces vi en mi vida. Debo decirles que desde el 13 de marzo al lunes 13 de abril, en un mes que tuvo Semana Santa en el medio, el Uruguay se cerró. Y el que tuvo que trabajar trabajó de determinada manera, el que tuvo que hacer sus cosas, pero realmente uno miraba Montevideo, miraba el país y había un acatamiento ejemplar. Y eso tiene un efecto de coyuntura, que es el importante en términos de pandemia, y es que, cuando uno miraba las gráficas del mundo, y el virus crecía exponencialmente, el Uruguay era apenas una pendiente en ascenso muy leve. Y después vino la meseta y hoy tenemos cinco u ocho veces más recuperados que gente con el virus activo.

Pero lo que subyace atrás y para mí es el ejemplo que debemos tener, es el fino equilibrio social y de sintonía que encontró un gobierno con su gente. Esa sociedad indispensable que tiene que haber con una cohesión nacional. Cuando hay un divorcio entre lo que el gobierno dicta y lo que el pueblo espera o necesita, no hay Constitución ni ley que lo pueda frenar. Es letra muerta. Y lo que pasó acá es que hubo un entendimiento, una comprensión, ya no solo del momento sino de la estructura de la cual está hecha nuestra nación desde hace muchos años. *Libertad o muerte* fue la bandera de los Treinta y Tres Orientales, que quizá estaba dormida, quizá hacía falta generarles esa responsabilidad a nuestros compatriotas. Y da orgullo el momento en el que asumen esa responsabilidad, y creo que además nos abre una preciosa oportunidad para recuperar la confianza social: aquello de buena fe entre las partes. Para recuperar aquello del derecho consuetudinario que implica la tradición y el cumplimiento entre las partes. La buena fe. Y no creer que las relaciones humanas están signadas por aquella maldición que dice: «El hombre es el lobo del hombre».

...

Fue la primera vez que el presidente explicó en detalle el pensamiento que inspiró el concepto de libertad responsable que guio las acciones de gobierno durante los primeros meses de la pandemia.

Un año más tarde, la opinión pública mostró su aprobación a tal rumbo, pero en ese momento, y sobre todo entre marzo y junio de 2021, cuando el virus le pegó de modo más duro al país, la libertad responsable como bandera resistió aun en los tiempos más dramáticos de contagios y muertes.

Continuó diciendo en la misma conferencia:

Como toda apelación a la libertad, no todo es de aplicación hegemónica y a veces tenemos algunos sectores o uruguayos que no la cumplen. Ahora, debo decirles que el autocontrol, la autorregulación, la censura popular para aquel que no está cuidando al otro ha sido enorme. Muchos se han cuidado por-

que sienten que deben hacerlo, y otros por vergüenza a no ser señalados. Y allí hay un concepto que nosotros repetimos en todos lados: libertad responsable.

Es la diferencia entre libertad y libertinaje. La libertad más pura, cruda y linda es la que se ha aplicado en nuestro país. E insisto, en los 1710 días que me quedan de gobierno, creo que va a ser un faro que va a dejar un país andando. A un gobierno que se va, pero a un pueblo andando que va a ser mucho más propietario de su destino y que va, además, a obligar mucho más a su gobierno.

El empoderamiento de los ciudadanos, el sentimiento de esa libertad va a hacer que a nosotros los gobernantes nos tengan mucho más cercanos en el control, en el contralor y en la obligación. Yo creo que aquí hay un incipiente círculo virtuoso que no es nuevo, que estaba en el ADN nacional, pero quizá había que sacudirle la modorra. Y lamentablemente tuvo que venir una epidemia para así poder salir adelante.

¿Cosas lindas que han pasado? La ciencia. Una ciencia que no cuenta con muchos recursos en nuestro país, pero que siempre se ha destacado, no solo dentro de nuestras fronteras, sino en el resto del globo terráqueo. Hoy tenemos al Grupo Asesor Científico Honorario con gente de primerísimo nivel nacional e internacional que nos da un *back up* de seguridad importantísimo en todas las aperturas que estamos haciendo en la vida social.

...

En la ronda de preguntas que siguió a la disertación, Lacalle fue consultado sobre cómo había vivido internamente el hecho de haberse preparado durante toda una vida para ser presidente, tener un plan de gobierno y que a las dos semanas debiera enfrentar un «momento que va a quedar en la historia por lo complejo que es».

El presidente contestó:

Por supuesto que tuvimos que cambiar el chip. El 13 de marzo cambiamos el chip, pero la inspiración es la misma. No nos sacó del rumbo, simplemente los obstáculos son otros. De-

morará un poquito más, pero la luz, el faro y el camino no cambiaron para nada. *Simplemente, en estos momentos de presión es donde uno mira hacia adentro, recalcula la coyuntura, pero reafirma el rumbo, que es la libertad.*

El primer día de nuestro gobierno dije que quería que el 1.º de marzo de 2025 nos pongan como vara de medida la libertad en todos sus ámbitos. Nos tocó este obstáculo, lo estamos peleando con la libertad como espada fundamental y va a ser la que después nos lleve a desarrollar ese concepto que es tan importante: la redefinición de prosperidad. Que no se define solo por términos económicos, sino por la capacidad de tener una sociedad de buen relacionamiento, vivir en paz con la familia, poder prever el futuro, tener un ambiente saludable dentro de las tantas acechanzas que tiene este mundo tan incierto.

EL PAPEL DEL GACH EN LA CRISIS SANITARIA

El Grupo Asesor Científico Honorario (GACH), conformado por Rafael Radi, como coordinador general, Fernando Paganini y Henry Cohen, fue creado el 16 de abril de 2020 con la finalidad de asesorar científicamente al presidente de la República durante la pandemia del covid-19.

Cumplió con el objetivo de colaborar con insumos técnicos a la hora de tomar decisiones relacionadas con la búsqueda del camino hacia *la nueva normalidad*. En los hechos se convirtió, tanto por su calidad técnica como por la personalidad de sus cabezas, en un pilar fundamental para otorgar credibilidad y apoyo al gobierno a la hora de tomar decisiones políticas durante la crisis.

En el período en que estuvo activo, el GACH realizó recomendaciones científicas en las áreas de salud y ciencia de datos a un equipo del Poder Ejecutivo, conformado por Hugo Odizzio, Gonzalo Baroni, Aparicio Ponce de León, Roberto Lafluf y el director de la Oficina de Planeamiento y Presupuesto, Isaac Alfie, quienes evaluaban y elevaban informes y sugerencias al presidente de la República, quien tomaba las decisiones finales.

Bajo la coordinación general de Radi, el GACH contó con dos áreas de trabajo: planificación de salud, asistencia y prevención —a cargo de Cohen—, y modelos y ciencia de datos —coordinado por Paganini.

Con el fin de elaborar sus recomendaciones científicas, contaron con equipos de colaboradores expertos en sus respectivas áreas. Todos fueron convocados a título personal en representación de facultades e instituciones científicas de Uruguay.

A través de reuniones semanales, el GACH y el equipo liderado por Alfie discutieron las recomendaciones, las cuales

posteriormente eran plasmadas en un informe que se elevaba al presidente de la República, quien las tomaba en cuenta para sopesar las decisiones políticas y las medidas económicas y sociales.

Tanto Radi como Cohen y Paganini se volvieron figuras populares en el 2020. Sus recomendaciones a la Presidencia eran comentadas por la gente y su presencia en medios de comunicación se hizo frecuente.

El Uruguay entero estuvo orgulloso de la labor de estos tres científicos de renombre mundial que en el momento más difícil pusieron su trabajo e intelecto al servicio del país de modo honorario. Además de estar capacitados para la tarea, fueron excelentes comunicadores y mejores compañeros a la hora de trabajar en equipo.

Mostraron la importancia de una de las ramas de actividad postergada en el Uruguay: la de la ciencia. Profesionales egresados de la Universidad de la República con galardones en el exterior, acompañaron con dedicación y rigor tanto al gobierno como a la sociedad durante la pandemia. Su presencia en las conferencias de prensa junto a los jerarcas dio credibilidad a la política y tranquilidad a la sociedad.

...

Una vez finalizada su función, a comienzos de julio de 2021 el GACH recibió el reconocimiento oficial de las autoridades del gobierno por su tarea durante los 15 meses anteriores.

Lacalle destacó que la ciencia no puede ser ajena a la tarea gubernamental y subrayó que el trabajo de los académicos fue un acto de amor a la patria.

En la ceremonia celebrada en el Auditorio Nacional del Sodore, el mandatario entregó el Premio de la Presidencia de la República a la Labor Científica y Cultural a los coordinadores del GACH y reconoció la tarea desarrollada por los 58 integrantes del grupo.

En su alocución, el presidente calificó al GACH de *equipo soñado*, con académicos que provienen de varias áreas científicas, quienes trabajaron sobre lo desconocido y generaron documentos que el gobierno analizó con el respeto por el co-

nocimiento científico, en el marco de una relación que definió como afectuosa en todo momento.

«Un grupo honorario no solamente porque no había retribución, honorario de honor, de servir a la patria. Aquella canción que decía: “Si la patria me llama, aquí estoy yo”. Y todos los científicos, en su lugar, sintieron ese llamado de la nación, del país, a través del gobierno. Compartiendo decisiones o no, el servicio era a la patria, a la nación, a quienes representamos», señaló.

Además, destacó la celeridad del asesoramiento, con material para ser aplicado de forma inmediata, y el respeto mutuo entre todos los involucrados. «Ha quedado meridianamente claro que la ciencia no puede estar ajena al diario trabajo de los gobernantes», dijo.

El mandatario también manifestó su agradecimiento al entonces presidente del Banco de Previsión Social, Hugo Odizzio, quien le sugirió, al inicio de la emergencia sanitaria, que un grupo de científicos asesorara al gobierno.

Radi agradeció la labor de todos los científicos por los 90 documentos presentados a las autoridades y a la ciudadanía, efectuados durante la emergencia sanitaria, y al gobierno, por honrar las condiciones de asesoramiento acordadas con el presidente, basadas en los conceptos de independencia y autonomía.

«La pandemia nos alertó sobre un derecho humano que estábamos ejerciendo escasamente, el derecho a la ciencia», subrayó. Resaltó el honor que significó la convocatoria y especificó que la estrategia desplegada desde el inicio de la pandemia se basó en cuatro preceptos: *progresividad, regulación, monitoreo y evidencia*. Asimismo, celebró el ambiente de trabajo construido entre los integrantes del GACH, con aportes que incluyeron el reconocimiento nacional e internacional.

El coordinador general también manifestó su agradecimiento a la labor de Paganini y Cohen. «Los convocaría a realizar la misma función si la máquina del tiempo me llevara nuevamente a abril de 2020», sostuvo.

Paganini resumió el trabajo del área de modelos y ciencias de datos, que reunió a matemáticos, físicos, epidemiólogos, biocientíficos y estadísticos. «Nuestro mandato era sacar conclusiones cuantitativas para guiar la toma de decisiones»,

rememoró. En su reseña, describió las distintas herramientas y su efectividad. Además, subrayó la necesidad de cautela para los próximos meses, porque «el partido no está ganado aún».

En su oratoria, Cohen relató el trabajo efectuado junto con el gobierno, una tarea que «cultivó el afecto que suele surgir en momentos difíciles de la vida». Además, hizo referencia a la labor de la ciencia nacional y su aporte en el marco de la emergencia sanitaria, donde, según expresó, se aprendió a trabajar a mayor velocidad. Agradeció al gobierno por la oportunidad brindada, a la Universidad de la República, al Institut Pasteur, al Instituto de Investigaciones Biológicas Clemente Estable y a la ciudadanía en general por la confianza en la labor del GACH. «Esta responsabilidad se convirtió en la certeza de que la única forma de enfrentar los problemas es hacerlo todos juntos», concluyó según nota de prensa en la web oficial de Presidencia de la República.

...

El gobierno no siempre acató el cien por ciento de las recomendaciones científicas que elaboraba el GACH, pero sí las evaluó con la máxima responsabilidad, y de hecho se apoyó en ellas para elaborar la estrategia de la *libertad responsable*.

Meses antes de que el grupo se disolviera, el GACH y el gobierno tuvieron diferencias sobre cómo abordar determinados aspectos de la movilidad y algunas medidas relacionadas con la cuestión sanitaria, en momentos en que crecían exponencialmente los casos de contagiados y fallecidos, tras el verano.

La luna de miel entre el gobierno y el GACH fue bombardeada por integrantes de la oposición que pretendían que la ciencia sustituyese a la política a la hora de tomar medidas y decisiones. Precisamente porque no seguía al pie de la letra las recomendaciones del GACH, se pretendió instalar el relato de que el gobierno era sordo e insensible.

Algo que la población no vio así y que no se ajustó a la realidad.

En su último libro, *Tiempos de cambio* (Planeta, 2021), el experimentado editorialista Tomás Linn —que prologa este libro— lo explica:

El Frente Amplio terminó armando un relato de un presidente obstinado y soberbio. Pero de igual manera podría decirse que la obstinación y soberbia eran del Frente. Nunca cedió en su propuesta de cierres a granel, financiados con dinero que administraba y que empezaría a escasear, sin percatarse de que su propia gente reclamaba a viva voz que las actividades cerradas se abrieran. Sus dirigentes hablaban como si ellos continuaran en el gobierno.

El GACH (que dio por terminadas sus funciones en junio de 2021) fue creado para asesorar, no para gobernar. Eso lo tenían claro sus coordinadores, pero no necesariamente algunos de los integrantes de los equipos de apoyo, pues quizás les interesaba operar en lo político más que operar desde la ciencia. Para esos pocos, y repito no en la cúpula del GACH, el asunto era convertirse en un factor de poder.

...

Al inicio de la ceremonia de homenaje y agradecimiento al GACH, los 55 integrantes y los tres coordinadores recibieron como obsequio una obra del célebre pintor uruguayo Ignacio Iturria (página 137).

Iturria es uno de los artistas nacionales más conocidos en el mundo. Cuando le pidieron una obra para homenajear a los miembros del GACH pensó en hacer una escultura, pero se decidió por una pintura. «Yo soy pintor y es mi forma de expresión», dijo en entrevista con *El Observador*.

En la obra se aprecia un grupo de personas en torno a una mesa iluminada por una luz que atraviesa una cerradura desde una abertura cenital. Esos individuos en semioscuridad parecen ansiosos, esperando algo, quizá la llave que les abra una solución a lo que viven.

Pero, como bien dice el pintor, «la pintura es un lenguaje en sí mismo», y está abierta a que cada uno haga su propia interpretación del sugestivo cuadro, cedido honorariamente para los científicos.

LA ESTRATEGIA DE COMUNICACIÓN

Una de las características sobresalientes del plan del gobierno para enfrentar la pandemia fue su estrategia de comunicación. Tanto de la Presidencia de la República como del Ministerio de Salud Pública se recibió un mensaje claro ante la adversidad.

Los analistas coinciden en que el manejo de la comunicación es parte sustancial del quehacer político, tanto durante la campaña electoral como al ejercer el poder. El gobierno uruguayo manejó muy bien su comunicación con la población durante la crisis. Así como se apoyó en los expertos que integraron el GACH, también trasladó un mensaje transparente y tranquilizador por medio de voceros calificados y con peso institucional.

Hay que destacar tres figuras en este sentido: el propio presidente, el secretario de la Presidencia, Álvaro Delgado, y el ministro de Salud Pública, Daniel Salinas. Los tres resultaron claves para legitimar las medidas a la hora de comunicarlas a la población.

También cumplieron un rol fundamental las conferencias de prensa en vivo y en directo desde la Torre Ejecutiva, casi diarias y en horario central, durante las primeras semanas de la pandemia. Muchas de ellas son citadas en este trabajo.

Nunca los noticieros centrales de televisión habían tenido tanto rating. En los primeros meses de la pandemia, las conferencias de prensa abiertas para todos los periodistas en donde participaban el presidente, Delgado o ministros de todas las ramas explicando las medidas contaron con el apoyo de los medios y de la población en general. Representó un contraste gigantesco con la política de comunicación distante de Tabaré Vázquez durante la presidencia que antecedió a la de Lacalle.

Una de las personas que estuvo detrás de la estrategia de comunicación fue el publicista Roberto Lafluf, de amplia

experiencia, mano derecha del presidente en temas de comunicación institucional del gobierno. No es un hombre público, pese a su influencia en la Torre Ejecutiva y el gabinete.

En el Segundo Congreso Latinoamericano de Marketing Social, el 9 de setiembre de 2020, brindó una ponencia. Por su papel en la comunicación del gobierno durante la pandemia y su peso como asesor, transcribiré lo que expuso durante esa jornada. Se trata de una explicación muy poco conocida en el Uruguay.

Les voy a contar mi visión sobre la incidencia de la pandemia en este proceso de experiencia de Estado. El primer punto sucede cuando el gobierno asumió el 1.º de marzo, y el 13 de marzo se declaró la emergencia sanitaria por la pandemia, con lo cual todo un equipo de gente que, por supuesto, había asumido conociendo dónde estaba, quiénes eran las personas con quienes intercambiaba, no solo en el lugar de la casa de gobierno, sino en todo el gobierno en general; el Ministerio de Salud y los demás. Sin embargo, pasó que de un día para otro *hubo que enfrentar una serie de medidas muy complejas y graves*. Y esto que está aquí es real [hace referencia a su presentación en pantalla, donde muestra un teléfono], alguien en un momento desesperado del fin de semana dijo: «¿Alguien sabe cuál es mi número de interno?».

Realmente es una situación bastante límite que no permite pensar y te hace sentir que no tenés la capacidad suficiente como para poderte organizar con todo y lo que hace es zambullirte al agua y que te manejes de la mejor manera posible. Esto que para nosotros fue una experiencia muy particular por esa condición, que ya de por sí se agrega a todos los problemas de la pandemia, en lo que a mí respecta está vinculado al tema de la comunicación.

Quiero darle un sentido muy especial al tema de la comunicación en el entendido de que hay por lo menos cuatro elementos que han tenido enorme influencia en el resultado que hoy tiene Uruguay frente a la pandemia. Por supuesto, no se lo atribuyo solo a la comunicación, es un conjunto de cosas. Pero me parece que ahí el gobierno ha desarrollado una capacidad que le permitió mejorar muchas otras que, sin que hu-

biese un clima adecuado, hubiese sido muy difícil. Esos cuatro elementos son la transparencia, la confianza, el liderazgo y la libertad.

Yo voy a hacer un pequeño relato de cada uno de los elementos que, no sé si alguno conoce, pero un día que [el presidente] se sentó en la sala de conferencias dijo: «Nosotros acá tenemos tres perillas para manejar: la perilla sanitaria, que es la más importante, la perilla social con las urgencias sociales y la perilla de la economía. Las tres funcionan al mismo tiempo, y las tres se irán dosificando de acuerdo con las necesidades que vayan surgiendo». Esas tres perillas han sido las que, de alguna forma —por supuesto que todavía seguimos en funcionamiento, porque esto todavía no se terminó más allá de los buenos resultados que ha habido—, tenemos que manejar. La situación es compleja o muy compleja, pero dentro de esa posibilidad se han sostenido, sobre todo, los motores de la economía. Como en algún momento dijo la ministra: los motores nunca se apagaron y han seguido su desempeño.

El concepto de transparencia fue el primer gran desafío que hemos tenido. Cuando el gobierno se sentó y dijo: cómo solucionamos todo esto..., un gobierno que asumía con una problemática económica muy importante, un déficit del 5% y una deuda al tope. O sea, con una enorme cantidad de desafíos para transformaciones, pero arriba de esos desafíos le caía una especie de tsunami que implicaba tomar algunas medidas. Y allí la primera gran decisión fue la perilla sanitaria: Hacer todo lo que estuviera al alcance para poder solucionar sanitariamente el Estado, tratar de prever los posibles cuellos de botella en las camas de CTI y de las salas de emergencia.

O sea, uno se plantea los escenarios más difíciles. Pero la decisión más difícil en ese sentido fue decir: «Vamos a decirle a todo el mundo lo que está pasando. *Vamos a contarle como si estuviéramos en una reunión familiar qué es lo que está pasando en la familia*». Y ese fue el sentido que todo el gobierno encontró y conectó con la sociedad. Esa transparencia no fue buscada desde el punto de vista del marketing; fue una transparencia real y vivencial que el gobierno asumió como uno de los capitales más importantes al decir «Acá nosotros vamos a decirles qué es lo que está pasando».

Y así se dieron una serie de encuentros casi diarios con el presidente y el secretario de la Presidencia como máximos protagonistas, quienes asumieron el desafío de informarle a la población todo lo que estaba pasando y qué era lo que había que hacer, qué medidas íbamos a tomar y cuáles no íbamos a tomar. Todo esto con un sentido muy cercano, pero a su vez muy potente desde el punto de vista de la convicción. Acá no se escondía nada. Y hubo que, en algunos casos muy complejos, enfrentar a la opinión pública y, sobre todo, a aquella muy calificada. Por ejemplo, el Sindicato Médico del Uruguay, uno muy importante que reúne a la mayor cantidad de profesionales, que en los momentos más críticos presionó al gobierno para que declarase la cuarentena total. Y en ese momento, la explicación que tuvo el gobierno con la opinión pública fue la misma que puede tener un padre con un hijo. No por la posición de padre e hijo, sino por la cercanía, puede ser entre hermanos. Y allí está el gran tema. Ese concepto de transparencia que emerge en *un segundo punto, que es el de la confianza*.

Se estableció un vínculo de confianza entre la sociedad. El presidente Lacalle Pou ingresó al gobierno con un porcentaje de aprobación que rondaba el entorno del 50%, y en aproximadamente seis meses llegó al 67%, cosa que nunca había sucedido en la historia del Uruguay. Había habido casos de alta aprobación en los comienzos del gobierno de José Mujica, pero no había llegado a ese vínculo. De alguna manera, eso nos daba la seguridad de que ese vínculo con la población estaba establecido. Y que esa confianza era el motor fundamental para trabajar en conjunto. Porque lo peor que puede pasar en este tipo de situaciones es tener una especie de madeja donde cada uno tira para su lado, cada uno quiere hacer prevalecer su opinión. Acá hubo un concepto, donde se planteó la transparencia, esa transparencia generó confianza y nosotros intentamos reforzarla, no solo la idea de quien maneja las perillas, sino asesorarse e incorporar a tres científicos muy destacados globalmente, pero que son uruguayos y están aquí, que son el profesor Fernando Paganini, Rafael Radi y Henry Cohen, destacadísimos profesionales a los que se les pidió, independientemente de la salud pública, tener una especie de consejo consultivo. Y estas personas, a las que no se les preguntó

de qué partido político eran ni a qué organizaciones pertenecían, conjugaron una serie de técnicos profesionales de distintas ramas —juntaron alrededor de 50 o 60 profesionales— que lograron establecer un vínculo de investigación e ida y vuelta que les permitió a las autoridades del gobierno ir consultando cada una de las ideas, de las posibilidades. Y así fue que en muy pocos días Uruguay tomó, por ejemplo, la decisión de abrir las escuelas rurales por una serie de elementos que permitían tener esa seguridad en la posibilidad de contacto.

Recuerdo perfectamente que Cohen dijo: «No sé cuál es el daño que van a tener las escuelas rurales, en términos de pandemia, si se abren, pero sí sé cuál es el daño que producirá no tener clases». Eso fue construyendo un elemento cada vez más fuerte que, de alguna forma, se transformó en esto que para nosotros es bien importante: el liderazgo que logró el presidente de la República con todo el conjunto del gobierno a través de esa comunicación permanente con la comunidad.

Entonces *apareció una especie de pacto entre la sociedad y el gobierno* que permitió, más allá de las decisiones acertadas o no y las medidas que se tomaron, una comunidad entre la sociedad y el gobierno que fue facilitando las cosas.

Yo creo que el gran concepto de la famosa libertad responsable a la que apeló el gobierno estuvo nutrido fundamentalmente de ese concepto de confianza. O sea, nace en la transparencia, se consolida en la confianza y, por supuesto, se personifica en el liderazgo de las autoridades, y del presidente en particular. Habiendo ingresado al gobierno con una aprobación relativamente buena para un ingreso —tampoco era fantástica—, logró que la sociedad en su conjunto dejara de lado por un momento los intereses o las preferencias políticas y se centrara en lo importante. Y ese fue el gran elemento que, de alguna forma, conjugó esto que para nosotros es la esencia de todo: basarse en la libertad.

Esa libertad que además el presidente transmite muy particularmente [muestra una imagen en la pantalla]. Es una foto del presidente no en campaña. Aquí está inaugurando una escuela, donde esa situación de comunidad que existe entre la sociedad a partir de esta experiencia comprimida, muy fuerte y espontánea a partir de la pandemia, ahora se desarrolla

como si fuera algo normal. Y esto que para nosotros tiene un significado importante porque le ha permitido a Uruguay tener una posición muy sólida desde el punto de vista del manejo de la pandemia, no solo se traslada al tema sanitario, sino al ámbito laboral.

Por supuesto, el Estado facilitó muchísimo, sobre todo la fluidez financiera para que las empresas no se cayeran. El Uruguay tuvo disponibilidad para dar todo lo que fuera necesario para que las fuentes de trabajo no se cayeran, generar facilidad y dar seguros de desempleo que han tenido un peso muy importante. Aproximadamente un punto y medio del producto bruto interno en lo que se llamó el Fondo Coronavirus, una especie de gran bolsa sobre la cual se generaban los diferentes sustentos que, por supuesto, no alcanzan a todo el mundo porque no pueden cubrir todas las particularidades, pero sí lo sustancial de todo esto.

Este es el resultado de un ranking de aprobación de jefes de Estado de una encuesta hecha por IPSOS que se publicó esta semana, donde Uruguay ha tenido un reconocimiento y una posición muy destacada desde el punto de vista del manejo no solo de la pandemia, sino ahora también de la economía y, por supuesto, del proceso del manejo social. Para nosotros esta también es una oportunidad importante. Creo que ahora Uruguay tiene una ventana de oportunidad por ese proceso que se dio, en que la comunicación del gobierno, y del presidente en particular, le ha permitido ganarse esta solidez que tiene el país, tanto desde el punto de vista sanitario como desde el punto de vista social y económico. Así que estas son, a grandes rasgos, las líneas que quería presentarles respecto a la experiencia uruguaya en relación con el covid-19 y, en particular, con este análisis planteado desde el área de la comunicación, en este caso, del propio gobierno.

Exactamente un año y un día después de haber asumido la Presidencia de la República Lacalle se presentó ante la Asamblea General, y brindó un discurso, al estilo de los presidentes estadounidenses, sobre el estado de la Nación. Lo mismo que hizo su padre cuando gobernó.

El tema de la pandemia, que había absorbido la agenda y obligado tanto a él como a su gabinete apoyado en el GACH destinar la mayor cantidad de horas, fue punto obligado de sus palabras.

En abril de 2020 se creó el Fondo Coronavirus con la ley 19874, una caja aparte del presupuesto que utilizó el Ministerio de Economía y Finanzas liderado por su titular, Azucena Arbelache, para atender todos los aspectos relacionados con la pandemia. Se transcribe el primer artículo:

Créase el «Fondo Solidario Covid-19» destinado a atender en forma exclusiva las erogaciones provenientes de:

- 1) Toda actividad estatal destinada a la protección de la población frente a la emergencia sanitaria nacional.
- 2) Las erogaciones que deba atender el Ministerio de Salud Pública y demás prestadores públicos de la salud de manera directa o mediante ayudas y transferencias a los prestadores privados.
- 3) Las actividades de prevención, mitigación, atención y rehabilitación a cargo del Sistema Nacional de Emergencias, en el marco del estado de emergencia sanitaria declarado por el Poder Ejecutivo.
- 4) El pago de las prestaciones del Seguro por Enfermedad y del Seguro por Desempleo brindados por el Banco de Previsión Social, a causa de la emergencia sanitaria ocasionada por el covid-19 (coronavirus) desde el 13 de marzo de 2020.

- 5) La caída en la recaudación del Banco de Previsión Social derivada de la reducción de actividad económica. La titularidad de dicho Fondo así como su administración estarán a cargo del Poder Ejecutivo, a través del Ministerio de Economía y Finanzas.

...

A marzo de 2021 Uruguay había destinado 1217 millones de dólares para enfrentar la pandemia y mitigar así los impactos económicos y sociales.

También merecieron un capítulo aparte las exitosas gestiones de Presidencia para concretar la llegada de las vacunas Sinovac, Pfizer y AstraZeneca ante el fracaso del mecanismo planteado por la Organización Mundial de la Salud. La organización de la logística para vacunar a la mayor cantidad de uruguayos fue otro punto altísimo de la cooperación de la población y de la capacidad del Estado uruguayo para estar a la altura de las circunstancias.

Uruguay, que comenzó a vacunar en marzo de 2021, pronto fue de los países con mayor cantidad de personas inoculadas del mundo.

El país siguió andando, pero varios problemas heredados de la administración anterior se profundizaron con la pandemia. El tema de la ansiada reforma educativa debió postergarse: había que atender la educación a distancia, las consecuencias en los niños y adolescentes y la distorsión que generó en los hogares, y en especial a las madres, en su mayoría jefas de hogar.

La economía se resintió, lo mismo que las intenciones de flexibilizar el comercio, que tanto había pregonado en campaña.

En la gestión fue muy destacada la figura del ministro del Interior, Jorge Larrañaga, que acompañó el desenlace de la pandemia con una intensa actividad de la policía, que bajó los índices de delincuencia. De modo imprevisto, el ministro del Interior murió de un ataque al corazón el 22 de mayo de 2021. Fue un golpe durísimo para Uruguay y para el gobierno, que había encontrado en la figura del exsenador un hombre de Estado que se había hecho cargo del ministerio más complicado y estaba cumpliendo una gran labor, reconocida por todos. Aun-

que muchos atribuyen el descenso de los delitos a la evidente menor circulación de las personas, lo cierto es que la percepción sobre la seguridad mejoró mucho con relación a los gobiernos anteriores.

El 1.º de marzo de 2021 el presidente volvió a referirse a la situación que debió enfrentar a dos semanas de haber asumido.

Hoy no venimos a hablar de herencias. No es momento. Ya todos sabemos cuál era la situación del país antes del 1.º de marzo de 2020. Ya no hay más tiempo para excusas, aunque pueden ser válidas. El 13 de marzo, Uruguay declaró la emergencia sanitaria y las prioridades de nosotros cambiaron rápidamente. A muchos de ustedes les consta, fueron días de nerviosismo y tensión, tanto para la población como para el gobierno. Como todo fenómeno desconocido genera incertidumbre, y debemos entonces apelar a nuestras más profundas convicciones para tomar medidas de protección y cuidado de nuestros compatriotas. Se escucharon voces que proponían confinamiento total o cuarentena obligatoria, pero primó el sentir colectivo del gobierno de apelar a la libertad responsable. Libertad como elemento central de la vida de una persona. Faro necesario para toda acción de gobierno.

Quiero recordar acá lo que decíamos el 1.º de marzo de 2020, cuando invitábamos a trabajar en la libertad en todos los sentidos, y poníamos como condición necesaria de éxito de una gestión la existencia y el goce pleno de la libertad. Créanme, señores legisladores, que siento un profundo orgullo por la conducta y la responsabilidad de la gran mayoría de los uruguayos.

...

Lamentablemente el optimismo de haber evitado que la primera ola del virus golpeará al país pronto se volvió en alarma y en triste realidad. La pandemia no iba a perdonar a Uruguay. Golpeó duramente las semanas siguientes de marzo, abril, mayo y junio.

En ese período hubo dos muertes que impactaron de modo especial en la opinión pública. La primera fue la de Andrés

Abt, alcalde del Municipio CH, el más populoso de Montevideo. Hombre joven, deportista, querido hasta por adversarios. Murió el 15 de marzo de 2021.

La muerte que en mi opinión marca el peor momento de la pandemia ocurrió diez días más tarde. Fue la del relator de fútbol y básquetbol y comunicador multifacético Alberto Sónsol. Era una figura en el apogeo de su carrera mediática, generaba amores y odios, pero todos reconocían la importancia de su impronta y carisma. Era incluso uno de los integrantes del popular programa *Polémica en el bar*, que se emite los domingos de noche en horario central en canal 10. Su muerte por covid-19 hizo que los uruguayos cayéramos en la cuenta de que habíamos ingresado sin aviso en el momento más oscuro de la crisis sanitaria. Era imposible mirar para el costado.

El país entero sufrió muchísimo durante ese período. El infierno tan temido había llegado. Estuvimos varios días entre los países del mundo con mayor cantidad de muertos y contagios per cápita.

Sin embargo, la templanza del gobierno, las formas del ministro de Salud Pública y el sistema de salud uruguayo evitaron el pánico y se mantuvo el rumbo pese a la enorme inquietud de esos días. Se vivieron semanas de tristeza e incertidumbre.

En paralelo, la vacunación avanzaba a ritmos muy buenos con gran apoyo de la población. El sistema nacional de vacunación es uno de los orgullos de la salud pública uruguaya. Gracias al trabajo de cientos de vacunadores anónimos que recibieron a la población bien organizados y hasta con una voz de aliento, los uruguayos fueron vacunándose, y lograron aplanar la curva para llegar a la hora de escribir estas palabras a un momento de estabilidad, con pocos contagios y varios días sin fallecimientos.

EL ACCIONAR LEGISLATIVO DURANTE LA CRISIS SANITARIA

El Parlamento nacional jugó un rol preponderante durante el primer año de la pandemia en Uruguay. Su accionar, las leyes que aprobó, las discusiones en relación con las medidas que anunciaba el Poder Ejecutivo y la negociación tanto de los artículos de la LUC como de la creación del Fondo Coronavirus y de la ley de Presupuesto fueron fundamentales en la vida política del país.

Un trabajo realizado por la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República denominado *El Parlamento en el año de la pandemia*, publicado en la plataforma Parlamento-data.com el 25 de febrero de 2021, analiza el desempeño del Poder Legislativo entre el 1.º de marzo de 2021 y el 31 de diciembre de 2020.

Comprende casi la totalidad del período elegido por este trabajo, por lo cual nos referiremos a ese excelente trabajo de investigación para brindar unas pinceladas de la labor parlamentaria y compartir algunas de las conclusiones.

En líneas generales puede decirse que la actividad del Parlamento estuvo caracterizada por el accionar de una mayoría parlamentaria estable, compuesta por los legisladores del Partido Nacional (PN), Partido Colorado (PC), Cabildo Abierto (CA), Partido Independiente (PI) y Partido de la Gente (PG), a los que se sumó puntualmente el diputado del Partido Ecológico Radical Intransigente (PERI). Esta mayoría funcionó en forma coordinada en ambas cámaras, controlando sin mayores dificultades el poder de agenda del Parlamento (capacidad de determinar qué asuntos se tratan y bajo qué condiciones).

En el período estudiado por los investigadores de la Universidad

se realizaron 118 sesiones de plenarios: 45 en la Cámara de Senadores, 64 de la Cámara de Representantes y 9 de la Asamblea General. Pese a la emergencia de la pandemia, el número de reuniones de los plenarios fue casi similar al observado en la legislatura anterior (124), pero bastante inferior al observado en 2005 y 2010 (178 y 146 respectivamente).

Pese a que los plenarios funcionaron normalmente, el ritmo de reuniones de las comisiones permanentes y especiales se vio afectado por las precauciones sanitarias que la institución debió adoptar. Durante los meses de marzo y abril, muchas sesiones fueron canceladas y varios proyectos de ley fueron tratados directamente en el plenario sin un dictamen específico de una comisión como lo indican los reglamentos de las cámaras. Al retraso de esos primeros meses se sumó el tratamiento de la Ley de Urgente Consideración de más de 500 artículos presentado por el gobierno a mediados de abril. En esa ocasión, las dos cámaras crearon comisiones especiales de más de veinte miembros que trabajaron en sesiones diarias y que afectó el funcionamiento de las comisiones permanentes y del plenario del Senado en particular. En 2020 se realizaron 559 reuniones de comisiones, cifra muy inferior a la observada en las anteriores tres legislaturas (882 en 2005; 735 en 2010; 712 en 2015).

En cuanto a la labor legislativa, el estudio indica:

En el Senado, las comisiones más activas fueron la integrada de Presupuesto con Hacienda (44 sesiones) y la Especial para el tratamiento de la LUC (34). Las comisiones permanentes más activas fueron la de Asuntos Laborales y Seguridad Social (15), Constitución y Legislación (15), Asuntos Internacionales (14) y Asuntos Administrativos (14). En la Cámara de Representantes las comisiones más activas fueron Legislación del Trabajo (30), Salud Pública (24) e Industria (19).

En términos comparados, el funcionamiento del Parlamento uruguayo —analizado a partir de estas dos sencillas dimensiones— fue muy bueno. El control de la pandemia durante la mayor parte del año permitió que la institución no debiera recurrir a metodologías de trabajo a distancia. Los or-

ganismos principales (plenarios y comisiones) sesionaron y cumplieron con sus cometidos fundamentales, pese a que la información procesada arroja evidencia de que el año 2020 fue sin dudas atípico.

Durante 2020 se presentaron en el Parlamento un total de 286 proyectos de ley. Esta cifra es sensiblemente inferior a la observada en las tres legislaturas anteriores (437 en 2005, 399 en 2010 y 451 en 2015). El 37% (106) de los proyectos fueron enviados por el Poder Ejecutivo (PE) y el 63% (180) por los legisladores. En este último grupo, el PN presentó 55 proyectos (31%); el FA, 45 (25%); el PC, 31 (17%); y CA 16 (8%).

El informe destaca:

en total, fueron sancionadas 75 leyes, 62 iniciadas por el Poder Ejecutivo PE (82%) y 13 iniciadas por los legisladores (18%). Estos datos confirman que el PE apoyado en una mayoría en las cámaras, sigue siendo el principal legislador del sistema político uruguayo. En términos comparados, el número de leyes de 2020 es el segundo más alto desde 2005.

El factor principal que explica la eficacia del PE es sin duda la existencia de una mayoría legislativa (de coalición) que apoya al gobierno, controla el poder de agenda de ambas cámaras y privilegia las iniciativas del gobierno. Este era uno de los desafíos principales que tenía el gobierno de coalición y los datos procesados parecen confirmar que lo ha resuelto en forma excelente. Las entrevistas realizadas para este informe confirman que los partidos de gobierno funcionaron en forma coordinada en ambas cámaras, con coordinadores de bancada en contacto permanente y con reuniones plenarias donde saldaron diferencias (sobre todo en la discusión de la LUC y el Presupuesto Nacional).

De las 75 leyes, hay por lo menos una decena que podrían ser catalogadas como de gran importancia para la marcha del gobierno: Ley de Urgente Consideración; Presupuesto Nacional; Modificación del Régimen de Residencia Fiscal; Creación del Fondo Covid-19; Prórroga de las Elecciones Departamentales; Reglamentación del Artículo 38 de la Constitución; etc. En promedio, cada ley tardó 53 días en ser sancionada. Este

guarismo es el más bajo de las últimas legislaturas: en 2010 había sido de 70 días, en 2005 de 104 días y en 2015 de 106 días. La celeridad promedio responde básicamente a la forma en como trabajó el Parlamento durante los primeros meses de la pandemia, cuando se aprobaron más de una decena de leyes relativas a la crisis sanitaria en menos de 10 días.

Del total de leyes, solo 7 fueron votadas con el rechazo en general del Frente Amplio (FA). El dato confirma algo ya observado en los últimos veinte años: las diferencias sustantivas en la producción parlamentaria remiten a cuestiones distributivas y, en general, no representan una proporción mayor al 10% de las decisiones.

UNA MIRADA CRÍTICA DE LA ACADEMIA

Como dije al comienzo, el objetivo de escribir estas páginas es aportar un ángulo de análisis basado en lo que dijo el presidente Luis Lacalle Pou durante la pandemia en Uruguay, que ayude a que se comprenda lo que vivió Uruguay desde el 13 de marzo de 2021, con la aparición de los primeros cuatro casos.

La estrategia de la libertad responsable que siguió el mandatario contó con amplio apoyo entre la población. Así lo atestiguaron sucesivas encuestas de opinión pública sobre la gestión de la crisis sanitaria, con índices que incluso son altísimos a la hora de escribir estas líneas.

Pero la opinión no fue unánime. Entre las voces críticas, se alzó con mucha fuerza la de Daniel Buquet, conocido politólogo formado en la Universidad de la República. En una plataforma de contenidos periodísticos y académicos publicó un artículo que considero fundamental para comprender otra mirada sobre la libertad responsable.

Latinoamérica21 es un medio de comunicación y una plataforma de contenidos que reúne a una amplia comunidad de expertos y académicos, que producen textos de análisis y opinión sobre temas políticos, económicos y sociales de América Latina. Allí, Buquet —secretario general de la Asociación Latinoamericana de Ciencia Política, profesor titular del departamento de Ciencia Política de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República y expresidente de la Asociación Uruguaya de Ciencia Política— publicó el 15 de abril de 2021, en el comienzo de las peores semanas de la pandemia en el país, un artículo que fue muy comentado en radios y en redes sociales. Lo transcribo a continuación.

Uruguay y la libertad responsable ante la pandemia

En los últimos días en Uruguay se viene dando una

situación que podría parecer una paradoja. Aumentan vertiginosamente los casos de covid-19 y las personas vacunadas.

El gobierno, los periodistas y la comunidad científica insisten reiteradamente en pedirle a la gente que tome las máximas precauciones para evitar contagios y que se inscriba para vacunarse. Pero el gobierno no impone restricciones mayores a la movilidad de las personas, sino que apela a la *libertad responsable*, con la expectativa de que la gente no salga de su casa cuando no sea necesario y que, de ser necesario, tome las máximas precauciones.

El crecimiento exponencial de los casos ha conducido a que se reproche a la gente una absoluta falta de responsabilidad y de solidaridad social. Pero, del otro lado, grandes cantidades de personas se han registrado para vacunarse, al punto que hicieron colapsar los sistemas de agenda y llevaron a que se duplicara la capacidad de vacunación en poco tiempo. En este caso daría la impresión de que la gente muestra una actitud solidaria y responsable. ¿Cuál es la respuesta correcta?

Bienes públicos y acción colectiva

Una primera forma de razonar es que no se trata de las mismas personas: las responsables se cuidan y se vacunan mientras que las irresponsables se contagian y propagan el virus en la comunidad. Sin embargo, eso no es cierto; en términos generales las personas que se contagian y las que se vacunan son las mismas. Lo que el gobierno y los periodistas no parecen comprender es que personas perfectamente racionales puedan, al mismo tiempo, inscribirse para vacunarse mientras hacen una vida más o menos normal, dentro de las restricciones establecidas. El problema de interpretación consiste en no saber evaluar el carácter de bien público que tiene la inmunidad colectiva.

La ciencia económica estableció hace varias décadas la existencia de los bienes públicos y su diferencia con los bienes privados. Para decirlo de forma simplificada hay dos grandes diferencias. En primer lugar, los bienes públicos —como la limpieza de una ciudad—, una vez provistos, son consumidos por todos los individuos que integran una comunidad, no se puede excluir a nadie de su consumo. En segundo lugar, su

provisión requiere la cooperación de los individuos que integran la comunidad; una ciudad no puede mantenerse limpia si la gente la ensucia, requiere que se produzca una acción colectiva.

Los estudios de economía política mostraron hace muchas décadas que, en diversas situaciones, los intereses individuales no convergen con los intereses colectivos. Como dice el personaje de Nash en la recordada escena del bar de *Una mente brillante*: «Adam Smith estaba equivocado». Es el caso de los bienes públicos: aunque todos estaríamos mejor con una ciudad limpia no tenemos incentivos individuales para no ensuciar. El razonamiento es bien simple: si yo intento colaborar con la limpieza poniendo la basura siempre en el lugar establecido y a la hora adecuada, no voy a lograr que la ciudad esté limpia si los demás no hacen lo mismo.

Por otra parte, si todos los demás lo hacen, la ciudad estará limpia, aunque yo no lo haga. La conclusión es evidente: si colaborar con la limpieza tiene un costo y si la limpieza no depende de lo que yo haga, no me conviene colaborar. La situación incentiva el comportamiento que Mancur Olson —reconocido economista y politólogo estadounidense— llamó *free rider* (colado): puedo obtener el beneficio sin pagar el costo y evito pagar el costo sin obtener el beneficio.

En esos casos, ¿cómo se promueve la cooperación? En el trabajo de Olson se desarrolla un mecanismo: la creación de incentivos selectivos, ya sean positivos o negativos, esto es, premiar las conductas cooperativas o castigar las desviaciones.

La responsabilidad de los gobiernos en la pandemia

Con estos elementos es suficiente para comprender la racionalidad de la simultánea evolución de los contagios y la vacunación. Si el gobierno no reprime la movilidad ni premia el aislamiento, los individuos tienen incentivos para hacer su vida normal, trabajar y hacer vida social, en todo caso, tomando las precauciones que estimen pertinentes, pero contribuyendo en definitiva a la propagación de la covid. Pero los mismos individuos tienen incentivos para vacunarse, porque la vacuna protege al individuo además de la comunidad. La vacuna es un bien privado, produce inmunidad en el individuo

que se la aplica. Y también converge con el bien público, la inmunidad colectiva, en la medida en que un número suficiente de individuos lo haga.

Ningún gobierno debería esperar que individuos racionales autolimiten su movilidad si eso les genera un perjuicio y ningún beneficio individual. La obligación de los gobernantes es conocer esta estructura de incentivos y tomar las medidas conducentes a la provisión de los bienes públicos, creando los incentivos selectivos necesarios. En este caso, estableciendo restricciones a la movilidad cuyas infracciones puedan ser castigadas. No se puede mantener abiertos los bares, restaurantes, centros comerciales y otros lugares de ocio y, al mismo tiempo, quejarse de que la gente concurra. Los gobiernos no deben esperar responsabilidad individual sino hacerse responsables.

Fuente: LATINOAMÉRICA21

HACIA EL FIN DE LA PANDEMIA

El Grupo Diarios de las Américas publicó un informe el 3 de octubre de 2021 sobre el desempeño de los países latinoamericanos en relación con la compra de las vacunas. Todos tuvieron manejos diferentes, cometieron aciertos y errores que pagaron caro. Allí expone:

Uruguay fue el último de la región en haber comprado las vacunas. La negociación tuvo dos etapas. Una primera fue la apuesta al fondo Covax, de la oms, pero ante los retrasos en la logística de este fondo y la necesidad de una vacuna de emergencia, Presidencia tomó la posta y a partir de diciembre negoció directamente con los laboratorios Sinovac y Pfizer-BioNTech, con lo cual se recuperó el terreno perdido.

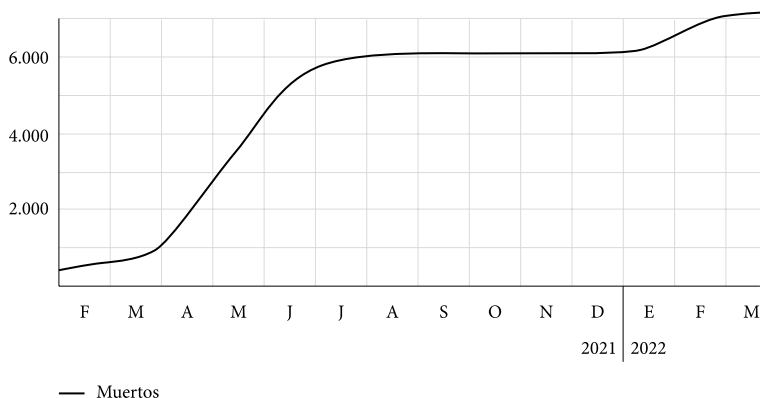
El único organismo autorizado para la compra y distribución de las vacunas es el gobierno central a través del Ministerio de Salud Pública. Un prestador de salud privada intentó negociar un acuerdo con la vacuna rusa Sputnik y le fue rechazado.

[...] para la compra se creó por ley, en abril de 2020 un Fondo Solidario Covid-19, que incluye utilidades del banco estatal, recaudación de impuestos, donaciones y demás. No se tuvo acceso a la información sobre el costo de las vacunas, al aducir el gobierno «cláusulas de confidencialidad» en los contratos.

El artículo explica también que el semanario Brecha llevó el caso a juicio y el juez Pablo Javier Gandini rechazó el acceso a la información solicitada.

La campaña de vacunación en Uruguay comenzó en marzo de 2021 y tuvo una amplia receptividad entre la población. Los guarismos de vacunación de las primeras dos dosis superan ampliamente el 70% de la población y se continúa vacunando.

Evolución de los fallecimientos por coronavirus en Uruguay. Febrero de 2021 a marzo de 2022.



Fuente: datosmacro.com

En febrero de 2021, cuando empezaron a crecer los casos, también se inició la vacunación y en los hechos se suscitó una carrera entre los contagios y las vacunas.

El ascenso de los contagios, la presión sobre el sistema de salud y en particular sobre los centros de terapia intensiva (CTI) fueron *in crescendo*. El número de fallecidos comenzó a trepar y todos los uruguayos supimos que la calma del 2020 no se iba a repetir en el otoño del 2021.

El virus no iba a perdonar a Uruguay. Era imposible que fuera la excepción. A medida que avanzó marzo, la situación alcanzó su máxima tensión.

El 1.º de marzo de 2021, a un año de haber asumido el gobierno, Uruguay tenía 616 muertos por el virus. El 16 de julio la cifra había trepado a 5671. En ese lapso el crecimiento fue exponencial, y en una de las jornadas más tristes llegaron a morir más de 70 personas, lo que es altísimo para un país de tan solo 3,4 millones de habitantes.

A mediados de julio la curva de fallecidos se aplanó. A la hora de escribir estas líneas [octubre de 2021], el número de muertos por la pandemia en Uruguay asciende a 6070. En la tabla puede verse el crecimiento explosivo entre mediados de marzo y mediados de julio.

A fines de marzo de 2021, cuando se incrementaban los casos de contagios y las muertes, el coordinador general del Grupo Asesor Científico Honorario, Rafael Radi, dijo en una entrevista de televisión que los uruguayos tenían que *blindar abril* y dio a entender que se requerían medidas más restrictivas. Citó el documento que el GACH había presentado al gobierno el 7 de febrero.

Esa noche en *Telemundo* pidió un esfuerzo extra a los uruguayos, un esfuerzo más a un país agotado por un año de tensión y de cuidados personales con cambios de hábitos y comportamientos.

Durante la entrevista, Radi hizo referencia al comportamiento de la variante P-1, su mayor poder de contagio, consecuencias e impacto en casos graves y fatales, por lo que resultaba fundamental extremar los cuidados durante el mes de abril de modo de llegar a mayo con un menor número de casos, y evitar que la situación se saliese de control.

Pero los uruguayos nunca blindaron abril, tal como pedía Radi. Si bien el gobierno dio marcha atrás con algunas medidas de apertura, no fueron todas las que la ciencia pedía. Esa situación tensó la relación entre el GACH y el Poder Ejecutivo, entre lo que decían los científicos y lo que definía la política, que, por otro lado, tenía en cuenta variables que la ciencia no.

La oposición incrementó su crítica al gobierno, exigiendo cuarentena, militarizar la frontera con Brasil, instaurar el toque de queda, otorgar mayores apoyos económicos, «apagar durante dos semanas el Uruguay», entre otras medidas.

El Poder Ejecutivo fue presionado al extremo, la libertad responsable fue duramente cuestionada, pero el presidente y el gobierno evaluaron que, pese a estar viviendo el peor momento de la pandemia, la estrategia era la acertada, y no la cambiaron.

A fines de abril escribí en *El Observador* la siguiente columna, que marca el espíritu de lo que se sentía en ese momento tan complejo de nuestra historia.

Mayo

En el año 49 a. C., Julio César cruzó el Rubicón con sus legiones armadas hasta los dientes. El Rubicón era el nombre de un pequeño río torrencioso del norte de Italia que Julio César

decidió atravesar pese a las claras prohibiciones del Senado y así adentrarse en la hostil Galia para comenzar una cruenta guerra que finalizó con la caída de Pompeyo.

Al cruzar armado el Rubicón, un Julio César inflado de confianza asumía el riesgo de una acción con desenlace incierto y con consecuencias impredecibles para él y su ejército. La leyenda histórica sostiene que una vez que pisó la orilla del otro lado habría dicho *alea jacta est*, 'la suerte está echada'.

Siglos después esta frase se sigue pronunciando cada vez que la historia pone a un hombre frente a decisiones que seguro cambiarán el destino. Uruguay se enfrenta al suyo en el mes de mayo, a la vuelta de la esquina.

Abril se escapa del almanaque del 2021 y, pese a los llamados para evitar la propagación del coronavirus apelando a la consigna de quedarse en una burbuja, no se pudo blindar, tal como suplicó el coordinador del Grupo Asesor Científico Honorario, Rafael Radi. A lo sumo se lo recubrió con plástico.

La fatiga generada por los meses acumulados de crisis y por esa amarga sensación de que pese a que se haga lo que se haga el virus seguirá su derrotero tensando al máximo el sistema de salud causa desánimo entre quienes quieren detenerlo: gobernantes y gobernados.

Uruguay pasó por abril como pudo. Se sucedieron episodios cada uno más triste que el anterior: muertes de ancianos en hogares, el agotamiento de los héroes de la salud y la despedida de cientos de seres queridos que no están más.

La contracara del dolor son los centros de vacunación en todo el país inoculando a decenas de miles de orientales por día. La buena onda de los vacunadores, la impecable organización y el clima de optimismo que se percibe en las filas alientan la esperanza de una ciudadanía comprometida con la salida de la crisis sanitaria. La alta popularidad del ministro de Salud Pública, Daniel Salinas, es un indicio de que la gente quiere empujar el fin de la crisis sanitaria.

Así aparece mayo, desafiante y provocador. La evidencia comparada con otras naciones indica que la vacunación es la principal variable para detener el virus. Las restricciones de movilidad voluntaria o por la fuerza pueden servir para ate-

nuar un poco la situación, pero no representan la solución de fondo, que es la inmunidad del rebaño.

El éxito del combate a la pandemia en el 2020 llevó a Uruguay a ser modelo en el mundo. Algo que no se repite en el 2021. Un biorreactor de virus, como lo es Brasil y la frontera seca de cientos de kilómetros y con ciudades binacionales, hacía improbable impedir su propagación, sí retrasarla. Uruguay lo logró durante nueve meses. Tiempo clave para fortalecer el sistema de salud y generar conciencia. Hoy la situación es otra. El virus convive con los orientales y hay que admitir que mucha gente le ha perdido el respeto.

En el actual estadio de la pandemia, en pleno pico de la primera ola, es claro que el gobierno no piensa aplicar medidas coercitivas para evitar la libre circulación de las personas. Con esas cartas vistas, es mayo lo que debe interpelarnos como nación.

Uruguay tiene que blindar el quinto mes con conciencia y responsabilidad para entonces sí empezar a ver el faro que guíe hacia el principio del fin de la pandemia. Sería razonable ver la mayor claridad posible en los mensajes oficiales para que cada uruguayo se sienta una pieza clave en este combate.

El gobierno eligió la bandera de la libertad para enfrentar la pandemia. Es en la que cree y no la va a traicionar. Corre el reloj para ajustar todo lo que aún queda suelto y para repetir una y mil veces con las mejores estrategias de persuasión existentes que es indispensable el comportamiento responsable para poder cruzar mayo.

Alea jacta est.

Fuente: EL OBSERVADOR

...

A esa altura de la pandemia, las noticias se sucedían a una velocidad difícil de digerir. Había dolor en las casas de los uruguayos, y a la vez hastío. Demasiado tiempo en estado de máxima alerta. Cuando el virus pegó de frente, había cansancio y poca capacidad para volver atrás. Era irreal prohibirles a las personas salir de sus casas, que volviesen a quedar encerradas.

La relación entre el GACH y el gobierno dejó de ser la misma tras el informe presentado el 7 de febrero, pero nunca se cortó y se manejó con altura y caballerosidad. Era demasiado lo que habían hecho espalda con espalda durante más de un año y los resultados podían comprobarse. Hubo diferencias a la hora de aplicar las recomendaciones. El gobierno sopesó otras variables que es probable el GACH no tuviera en cuenta. Cinco semanas después de ese informe llegó la explosión de los casos.

La controversia se dio en buenos términos, pero evidenció cierto desgaste. A los meses se terminó el trabajo de asesoría del GACH, cuando la curva de contagios y fallecidos se había enlentecido considerablemente.

A fines de julio hubo una despedida con todos los honores en el auditorio del Sodre, donde se les realizó un homenaje oficial. En el ambiente político y periodístico se percibía que el manejo de la crisis sanitaria comenzaba a politizarse, lo que la mayoría de los uruguayos no quería. El orgullo que significó la creación del GACH y el trabajo de sus científicos apoyando a la patria en un momento sumamente complejo reflejaban la mejor imagen que los uruguayos tenemos de nosotros mismos.

La ciencia pasó a ser la vedete de la historia como nunca. El récord de inscripciones de estudiantes para estudiar en la Facultad de Ciencias habla por sí solo del impacto que tuvo esa comunión entre política, ciencia y ciudadanía trabajando juntas para el bien común.

La no partidización política del manejo de la pandemia y del GACH resultó fundamental para que Radi, Cohen, Paganini y el resto de los científicos pudiesen ayudar al país como lo hicieron. La gratitud de todos los uruguayos será eterna.

El periodista Pablo Cohen, en su libro *Todo un país detrás: El GACH, o los 450 días en que la política redescubrió a la ciencia*, narra que, al ser consultado sobre este aspecto del manejo de la pandemia, el secretario de la Presidencia de la República, Álvaro Delgado, reflexionó:

Porque no podemos pasarnos facturas políticas en medio de una pandemia. Todos los gobiernos hacen lo mejor que sienten y que pueden, y todos aciertan y se equivocan. Como te dije, nosotros hemos sido los primeros en llegar y los últimos

en irnos, hemos mostrado actitud, hemos sido transparentes, hemos informado y hemos buscado soluciones para la gente. Y cuando algunos quisieron sacar rédito político, yo sentí dolor y decepción, porque apelaron a cuestiones muy complejas. Pero insistimos en que no se partidizara porque hubiera significado bastardear algo de lo que teníamos que salir todos juntos. Si no se involucraba a todos los actores sociales, era imposible. La pandemia es democrática: todos tenemos amigos o familiares fallecidos, contagiados o asustados. Por eso pedimos tiempo: porque gobernar en la pandemia implica ponerse en el timón en medio de la tormenta. Con sensibilidad y escuchando, pero tomando decisiones. Cuando se calme el agua, la gente nos evaluará y, ahí sí, volviendo a la política partidaria, nos pasará las facturas que hagan falta.

...

El 28 de agosto de 2021, cuando la pandemia ya daba signos de haberse aquietado, al haber bajado tanto el número de fallecidos diarios como de contagios gracias al enorme porcentaje de la población vacunada, Lacalle fue entrevistado por Zoom por el diario *La Tercera*, de Santiago de Chile.

El copete de la nota del periodista Alejandro Tapia señala que el presidente de Uruguay identifica

cuatro etapas durante la pandemia. La primera, entre marzo y noviembre de 2020, con contagios y muertes acotadas; una escalada hacia fines de ese año, con medidas más limitantes; una gran ola de casos y fallecidos hasta mediados de 2021, y un descenso muy profundo una vez que la vacunación comenzó a tener efecto. Pero, para llegar ahí no fue nada sencillo.

De hecho, durante el *peak* en marzo pasado, Uruguay —de 3,4 millones de habitantes— superó a Brasil como el país de la región con mayor número de casos nuevos de covid-19 por millón de habitantes.

Al mismo tiempo, durante varias semanas se convirtió en la nación con más muertes diarias en relación con su población, con un récord de 79 decesos el 15 de abril. Pero, así y todo, el gobierno mantuvo su política de *libertad responsable*,

sin ningún tipo de control policial sobre la población y con cierres muy puntuales y limitados de algunas actividades. Luego, tras un exitoso plan de vacunación, los casos bajaron al punto de que a comienzos de agosto Uruguay no registró ninguna muerte por coronavirus, algo que no ocurría desde diciembre de 2020.

LA TERCERA. Uruguay ha logrado vacunar al 70% de su población con dos dosis y ha sido —además de Chile— una de las naciones con mayor volumen de inoculación. Sin embargo, meses atrás su país tuvo el mayor número de muertes y ahí surgieron críticas durísimas. Su gobierno mantuvo desde el comienzo la misma aproximación: la política de libertad responsable. ¿Por qué en Uruguay funcionó esa estrategia?

LUIS LACALLE POU. Nosotros asumimos el 1.º de marzo y el 13 se conocieron los primeros cuatro casos. Inmediatamente comenzó una discusión sobre la cuarentena obligatoria. Y ahí uno tiene que apelar a lo que forma parte de su ser, obviamente poniendo todo en la balanza. Pero primó el concepto y criterio de libertad, aunque con responsabilidad. Después del verano comenzó un ascenso grande de los casos, hasta que la vacunación empezó a dar resultados y efectos. Nunca creímos que la cuarentena obligatoria era viable en nuestro país, porque no iba a generar los resultados buscados y al mismo tiempo iba a generar consecuencias muy negativas. Porque si yo soy un asalariado o vivo de rentas, puedo hacer cuarentena obligatoria, pero si soy jornalero o alguien que la tiene que salir a pelear todos los días, la iba a pasar muy mal. Debimos combinar medidas sanitarias y al mismo tiempo mantener viva la sociedad en el factor laboral y económico. No fuimos los primeros en comenzar a vacunar, pero gracias a la estrategia del gobierno de tener vacunas para todos, se llegó rápidamente a una vacunación que hace dos días estaba en el 70%.

...

El 22 de setiembre de 2021, Lacalle disertó ante la Asamblea General de las Naciones Unidas. Fue su primera salida al hemisferio norte desde que asumió. En la oportunidad, volvió a referirse al camino que eligió Uruguay para atravesar la pandemia.

En su intervención en Nueva York, destacó:

Hace casi dos años el mundo cambió por completo, lo que afectó a todas las naciones, ricas y pobres, a las grandes y a las pequeñas, a las desarrolladas y a las que no lo estaban, a lo largo y ancho del planeta. Se sumó a este hecho que no había un plan y cada país afrontó la pandemia con distintas recetas y resultados diferentes.

Lacalle añadió que la covid-19 evidenció fortalezas y debilidades. Además, reconoció el gran trabajo de los investigadores, científicos y del sistema de salud, así como la gran labor de maestros y profesores que se ingeniaron para educar. Respecto al trabajo, recordó que hubo un cambio único en sus formas. En esas circunstancias, «la humanidad demostró su capacidad de adaptación ante una crisis de tal dimensión».

Como contrapartida, la pandemia «desnudó las inequidades y las diferencias estructurales de cada país, así como la calidad democrática y la vocación sobre la libertad de distintos gobiernos y sociedades». En ese sentido, valoró la «inmensa vocación democrática y de la libertad individual» de Uruguay. Para Lacalle, la libertad es el estado más puro del individuo, y señaló que durante la pandemia la desigualdad se vio reflejada en el acceso a las herramientas.

No obstante, afirmó que en este proceso cayó la falsa dicotomía entre la presencia del Estado y la libertad individual.

En los países donde el Estado cumple bien el rol de protección, los individuos más vulnerables pueden acceder a herramientas para ejercer su libertad.

No podemos concebir la libertad sin responsabilidad y sin solidaridad, y el pueblo uruguayo demostró que con el uso de la libertad responsable fue posible atravesar un tramo importante de la pandemia, sin mayores contratiempos.

Cada acción en cada lugar del mundo nos involucra a todos porque si hay algo que nos deja de enseñanza esta pandemia —si es que se necesitaba— es que realmente todos somos uno.

...

A fines de octubre de 2021, ya llegando al fin de este trabajo, escribiendo las últimas notas y retocando el borrador, me encontré con una entrevista en vivo con el científico Rafael Radi, quien a título personal y no del GACH, ya disuelto, era consultado sobre el presente de la pandemia en Uruguay. En el programa *Periodistas - Toda la verdad*, del canal estatal de los medios públicos en Uruguay, declaró:

Hay que ser muy prudentes. Ahora tenemos una situación que tenemos que disfrutar, la estamos disfrutando, pero de nosotros depende poder seguir así y que no tengamos otra vez un fin de año complejo.

En mi concepto, la endemicidad de esta patología se va a establecer cuando realmente logremos nuestro nuevo *statu quo*, al que todavía no arribamos. Recién ahí podremos decir que estamos ante un nuevo estado estacionario, un nuevo equilibrio dinámico que lo manejaremos como sociedad.

Radi indicó que, una vez llegado a ese nivel, deberán evaluarse determinadas medidas, como si se vuelve al 100% del aforo. «Son decisiones que va a haber que tomar y los ajustes van a tener que hacerse en forma permanente», concluyó.

ENTREVISTA BREVE CON LUIS LACALLE POU

El presidente de la República tiene su despacho en el piso 11 de la Torre Ejecutiva, frente a la plaza Independencia de Montevideo. Es una sala amplia con unos ventanales que miran hacia el Río de la Plata. El escritorio del presidente es también de proporciones importantes. Siempre está lleno de libros y documentos. En el lugar también hay una mesa y sillones para las reuniones más informales. Un par de cuadros.

Hacia varios meses que no conversábamos. Hasta el 2019 integré su equipo de campaña o lo que la prensa denominó *el comando de los lunes*, día en que junto con su grupo íntimo de asesores discutíamos la estrategia electoral y analizábamos la realidad política del país.

Una vez en el gobierno, me reuní una sola vez. Fue el martes 17 de marzo de 2020, a pocos días de la aparición de los primeros casos en el país. Arrancó con la pregunta que siempre me hace: «¿Cómo la ves?».

Esa tarde me encontré con un presidente lleno de energía y muy confiado en que, pese a enfrentar el reto de un virus que para entonces era incierto, Uruguay iba a salir airoso. Ni él, ni yo, ni nadie sabía qué iba a pasar, por lo que la actitud ante lo desconocido resultaba fundamental.

Recuerdo que hablamos de que además de la crisis sanitaria y la económica había que enfrentar la crisis social que iba a generar el miedo al virus. Me fui de esa reunión con dos pensamientos; el primero era que, lejos de amilanarse, el presidente estaba muy seguro de los pasos que tenía que dar, y el segundo, que menos mal que era él quien estaba de presidente en ese momento de la historia del Uruguay.

Entre aquel encuentro y este pasó una eternidad. No solo enfrentó la pandemia, sino que debió atravesar momentos durísimos, como la imprevista e injusta muerte de Jorge Larra-

ñaga, su ministro del Interior y querido colega, adversario político en el Partido Nacional y a la vez compañero leal de mil batallas.

También la insólita renuncia en medio de la pandemia del canciller del Partido Colorado, Ernesto Talvi, que había sido protagonista de la repatriación de cientos de compatriotas varados por el cierre de frontera.

Desde esa fecha hasta este nuevo encuentro, solo intercambié mensajes, un par de llamadas breves más relacionadas con preocupaciones personales de amigos en común o saludos de cumpleaños. Por interés profesional seguí estudiando la realidad política del Uruguay y analizando con ojos académicos y periodísticos el derrotero de su gobierno, sus discursos y apariciones públicas.

Por mi trabajo en el Centro de Estudios de la Realidad Económica y Social me reuní con senadores, expresidentes, analistas, diputados, sindicalistas y políticos de todos los partidos. Los escuché con atención, lo mismo que a los estudiantes en la universidad, a mis hijos y a colegas de la prensa. Viví intensamente los días oscuros de la pandemia y me dejé llevar a veces por el temor que generaban algunas noticias y otras veces por la rebeldía de estar harto de la pandemia y de las convenciones que habíamos aceptado casi sin chistar.

Sufrí con los que cayeron enfermos y lamenté la pérdida de seres queridos. Pero nunca le quité el ojo al presidente y su accionar. Compilé los discursos y los transcribí, porque sabía que como nación estábamos viviendo algo que iba a quedar en la historia.

Quería entenderlo y analizarlo más allá de la simple lectura del fenómeno.

La pandemia nos cambió la vida, los afectos, los comportamientos y hasta la forma de... cocinar. Para algunos fue un calvario interminable, para otros un momento de pausa activa.

Para el presidente fue el momento de enfrentarse a su destino con una doble carga. Además de gobernar el país con una oposición que fue *implacable* desde el primer día —al decir de Delgado—, debió enfrentar una crisis brutal. La historia tiene cosas impredecibles.

Cuando regresé al piso 11, pasados 18 meses, me encontré

con un presidente con algunas arrugas de más en la cara, bastante más curtido por los avatares del ejercicio del poder, más reflexivo, pero transmitiendo calma. Sabía en su fuero íntimo que los uruguayos lo habían bancado fuerte durante la crisis sanitaria y que sus intuiciones iniciales habían sido las acertadas.

Fue muy emocionante volver a estar dos horas con mi viejo amigo conversando sobre la vida y la política, las que para él son sinónimas. Cuando me estaba yendo me dijo: «¿Y sabés qué?, me voy a pasar Navidad en el Congo, quiero estar con los soldados, los uruguayos que están más lejos de la patria, quiero ir a acompañarlos».

Supe que no había cambiado y que la pandemia, lejos de intimidarlo, había templado sus convicciones más esenciales.

A continuación, parte de la entrevista que me concedió para este libro.

—Te lo han preguntado cien veces. ¿Cómo recordás el momento en que tomaste la decisión de no ir a la cuarentena obligatoria y adoptar la estrategia de la libertad responsable para atravesar la pandemia?

—Estaba en Anchorena en el lado de atrás de la casa. Había un pasto muy bien cortado. Será de unos treinta metros, al lado del barranco de unos quince metros, que cae al Río de la Plata. De largo tenés setenta u ochenta metros. De viernes a domingo en ese pasto dejé un trillo. Lo caminé de un lado al otro, de un lado al otro, unas mil veces. Eran llamados, mensajes de WhatsApp, todos los mensajes, casi todos los mensajes decían «Luis, no dejes que se mueran nuestros hijos», «Luis, cuidanos», «Luis, hay que encerrarnos» ...

[Hace una pausa.]

Ahora es más fácil opinar sobre esto, pero acordate que nadie en el mundo sabía qué era lo que iba a pasar. Las imágenes en los informativos eran supermercados vaciándose, la soledad en todos lados. Realmente impactaban las escenas de muerte, los cementerios llenándose de ataúdes. Todo eso era el proceso que se estaba viviendo. Yo iba y venía. Iba y venía, hasta que el domingo le envié un mensaje irreproducible por las palabras que utilicé a Nicolás Martínez [su secretario personal], donde claramente supe que había internalizado que no

iba a ir a una cuarentena obligatoria.

—¿Te apoyaste en alguna doctrina, autor, pensamiento, para tomar la decisión de enfrentar la pandemia amparado en el concepto de la libertad responsable?

—No. Es lo que uno entiende que es la esencia del ser humano. Lo que encontrás adentro tuyo. Adentro de lo que sabés y conocés. La materia prima del político es eso: la persona, su vida en sociedad. En realidad, es que uno trae algunos sentimientos básicos y la libertad es uno de ellos. La libertad es uno de los estados más puros del individuo. Y después lo vas desarrollando, aun con las complejidades que tienen la vida en comunidad y la sociedad. Por eso la libertad responsable tiene ese giro que es la libertad en comunidad. La expresión de la libertad individual en la comunidad. Pero no me inspiré concretamente en ningún autor. Después me enteré, hace poco, que hay quienes han escrito sobre la libertad responsable.

—¿Creés que hay conexión entre la libertad responsable y el Herrerismo?

—Debe de haber. Está muy vinculado al ser nacional que obviamente es muy herrerista. Muy vinculado al ser nacional, que Luis Alberto de Herrera interpretó muy bien. Herrera lo interpretaba, lo leía, lo conocía. Lo había vivido en momentos históricos, totalmente distintos de la vida del país. Desde la revolución de 1897, la del 1904, pasando por todos los procesos electorales y de distinta conformación constitucional e institucional. Pero creo que la libertad responsable interpreta al país. La libertad interpreta al país. La libertad como nación, y después el ser nacional que es muy liberal intrínsecamente. Creo que es algo que define a los uruguayos. A veces la tenemos media apagada, medio atenuada, pero, apenas rascás, la libertad siempre aparece.

—¿Creés que la libertad responsable marcará de ahora en más al Uruguay, a su imaginario colectivo?

—Creo que ya lo marcaba. El tema es que la libertad es una de las tantas cosas esenciales que se valora cuando se ausenta o cuando peligra, ¿no? Si es el estado más puro, convivís con él. Ahora, cuando no podés gozar de esa libertad es cuando más la extrañás. Y estoy hablando no solo en este caso de pandemia. Estoy hablando de libertad cuando una persona no la tie-

ne porque no consigue un laburo. O cuando no tiene libertad porque no puede tener salud para sus hijos. Entonces, ahí me meto en otro terreno que aparece como contradictorio, que es la libertad individual negando la presencia del Estado. Es al revés. Creo que hay una complementación. El otro día le decía a José María Lasalle [intelectual español que visitó Uruguay] que nuestra Constitución es jusnaturalista, o sea que no otorga derechos, sino que reconoce derechos y llama a proteger el goce de estos. Artículos siete, diez, setenta y dos y trescientos treinta y pico. Esa Constitución ¿qué nos dice? Que hay que proteger el goce de determinados derechos, con lo cual le dice al Estado que para que la persona sea libre, porque es un estado natural por el simple hecho de ser individuo, tenés que ayudarla. Tenés que darle las herramientas. La Constitución reafirma eso. Entonces, ahí muere esa contradicción entre la libertad individual y el individualismo que algunos quieren fogonear cuando dicen la libertad responsable, la libertad individual es individualista. ¡No! Es al revés. No niega la presencia del Estado. Es justamente al revés. El Estado sirve de estribo, de anclaje, de empuje para que la persona pueda gozar de esos derechos.

—¿Cómo será recordada la libertad responsable de estos años de pandemia?

—Vos me conocés demasiado bien. No tengo complejo de recordación personal. Por ende, tampoco pienso que un libro de historia va a decir algo de la libertad responsable. A mí me gustaría mucho más que fuera algo que evolucionara y que fuera practicado. Que fuera realmente un modo de entender la vida en sociedad y un modo de cada uno ante sí mismo.

—¿Cómo querés que sea recordada?

—Prefiero eso, algo de cada uno consigo mismo, en lugar de que sea recordada en un libro de historia. Porque si es algo que se recuerda, en realidad es porque perdió vigencia. Dejó de ser algo de nuestra vida cotidiana. Yo prefiero que sea algo de nuestra vida cotidiana. No que sea nombrado. Que sea practicado, vivenciado. Que sea algo nuestro, la forma de vivir.

CONCLUSIONES. LA LIBERTAD RESPONSABLE Y SU IMPACTO EN EL FUTURO DE URUGUAY

Ya vivimos la enseñanza de los dueños de nuestra esperanza,
que olvidaron sus promesas y que tienen servida la mesa.
Es el tiempo de la gente que te mira y te dice presente;
ella crece, evoluciona y comparte su voz, es ahora.

*«La verdad del otro lado», jingle de campaña presidencial
de Luis Lacalle Pou, 2019*

Año 2020: nuevo gobierno más pandemia: una combinación que nadie preveía. Pero así es el devenir de la historia y de las coyunturas que se cruzan en los caminos de las naciones para ponerlas a prueba.

Uruguay resistió el azote de la pandemia, y los uruguayos maduraron juntos un aprendizaje colectivo para enfrentar lo desconocido. Para ello se apoyaron en un concepto acuñado por el presidente de la República: la libertad responsable.

La pandemia aceleró cambios en el comportamiento social y en cómo nos relacionamos. Las transformaciones en el empleo, la vivienda, el transporte, el entretenimiento y hasta en cómo nos conocemos y dialogamos sufrió transformaciones en las que no habrá marcha atrás.

Si con el resultado de las elecciones presidenciales de noviembre de 2019 se percibió una transformación de sentires, la

crisis provocada por el covid-19 aceleró el derretimiento de viejos paradigmas para dar nacimiento a otros.

La libertad responsable que la ciudadanía adoptó, haciéndose cargo de su destino durante los años de la crisis sanitaria, ubica a Uruguay entre los países que avanzó varios casilleros en el camino hacia una sociedad más consciente del papel clave del individuo en la construcción del destino colectivo.

Luego de la pandemia nada volverá a ser igual en la relación con el Estado. La combinación de democracia y libertad conlleva un riesgo en sí mismo, pero es uno que vale la pena correr. Eso fue lo que hizo Uruguay. Cada ciudadano asimiló y se adaptó con responsabilidad al camino que le propuso su gobierno. El Estado apoyó con seriedad y las personas tuvieron la información para usar su libertad. Esa actitud que no comprendieron muchos políticos abrió una puerta para que entrara una brisa fresca que inundó de libertad a la República.

Ahora queda el después. El día después de la pandemia con un gobierno joven que debió curtirirse rápido y a los golpes en el ejercicio del poder. La nueva generación política demostró estar pronta para hacerse cargo de los destinos del país y así empezar a dejar atrás a las que gobernaron tras la reapertura democrática de 1985.

¿Y ahora?

Como pretende demostrar este trabajo, la estrategia de la libertad responsable que el gobierno adoptó para enfrentar la crisis sanitaria sirvió. Lo reconocen propios y adversarios. El presidente Lacalle Pou conocía muy bien a los uruguayos, su idiosincrasia y los vericuetos del funcionamiento del Estado, que, aunque muchas veces obeso y lento e insensible ante los cambios bruscos, bancó la estocada.

Ciudadanía, gobernantes y Estado respondieron. Estuvieron a la altura de la circunstancia. Entonces, ¿puede hablarse de un nuevo pacto entre gobernantes y gobernados en Uruguay tras la libertad responsable?

Cuando la crisis comienza a transformarse en parte de la historia nace un nuevo tiempo, una época que termina de partir por la honda e inesperada herida que provocó la pandemia.

Atrás quedan cientos de muertos y las secuelas de una población que debió vivir a veces aislada, a veces enferma, a veces

quedándose sin trabajo. Pero también un tiempo de coraje, solidaridad, introspección, crecimiento, aprendizaje y reconversión.

Vivimos un tiempo que aceleró lo que iba a venir.

Uruguay empieza ahora a salir de esta situación y se encuentra en una posición de privilegio en América Latina. Se cuenta entre las pocas democracias plenas del mundo, con bajísimos índices de corrupción y con un sistema de partidos políticos sólidos que la apuntalan.

La nueva generación en el poder demostró que pudo hacerse cargo del país para enfrentar la crisis. Ahora es el tiempo de sostener con hechos ese cambio. Transformaciones inevitables para destrancar el Uruguay del pasado y de las cadenas ideológicas de otras épocas con nuevas prioridades, sensibilidades y discusiones.

Es en este aspecto que la libertad responsable fue tomada como propia por la población, que la eleva como un nuevo faro para orientarla. La combinación de la libertad del individuo con la responsabilidad por las acciones debería officiar de guía para enfrentar los problemas que se arrastran desde hace tiempo.

Es probable que la toma de conciencia del beneficio colectivo de la libertad responsable con la que cada uruguayo enfrentó la pandemia se constituya con el paso del tiempo en uno de esos mojones de impacto positivo para el país. Es una buena base, sólida, donde pararse para interpretar los desafíos de los tiempos pospandemia y avanzar en los cambios que la época ya exige. Nadie, ni las generaciones que vendrán, tiene tiempo para esperar, más ahora que se asimiló en carne propia la potencia de la libertad y su contracara: la responsabilidad.

Las reformas en la educación, en el sistema previsional, en las fuerzas armadas, en el terrorífico sistema carcelario, sumadas a la necesaria apertura de mercados donde comerciar, el cuidado del ambiente, una apertura generosa y realista a la migración, el futuro del empleo y la inmersión inteligente en la era digital, acompañando las demandas de las nuevas generaciones, tienen en la libertad responsable un manantial de donde nutrirse para animarse a avanzar.

El comportamiento de los uruguayos durante la pandemia demostró lo que un pueblo convencido de la responsabilidad de su libertad puede lograr para dar pasos hacia un destino común mejor. Quiero creer que esa toma de conciencia de la relevancia de la responsabilidad en el comportamiento individual vivida durante la pandemia modificó para bien el ADN de los orientales.

Ahora es un nuevo tiempo para este gobierno y los que lo sucederán. No es hora de descansar en los laureles ganados tras la exitosa forma de enfrentar el covid-19. El suceso de la libertad responsable en el manejo de la pandemia por la nueva generación al frente del país está bien. Pero no alcanza. El desafío, para ellos, es ser recordados por hacer lo que nunca se hizo. Uruguay es un país que tiene todo y a la vez todo por construir. Ahora sí. Es ahora.

EPÍLOGO

El autor de este libro, el querido Daniel Supervielle, nos tiene acostumbrados a que sus textos nos provoquen reflexiones sobre temas diversos.

A lo largo del presente, y con una minuciosa tarea que abarca conferencias de prensa, reportajes, editoriales, e incluso un *mano a mano* con el presidente de la República Luis Alberto Lacalle Pou, acompañado de un recuento de diferentes momentos de la pandemia, nos provoca el determinar el concepto de *libertad responsable*.

¿Alguien entiende la vida sin libertad responsable? Esta pregunta que el presidente de la República nos hacía al principio de la pandemia significó, sin lugar a dudas, el disparador, no solo de la filosofía con que se encaró la toma de decisiones al principio, sino una forma que, al comunicarse como eje mismo de una estrategia, nos enfrentó a reencontrarnos con un sentir nacional que siempre está latente entre los uruguayos.

Es difícil ponerse en los zapatos del presidente, a pocos días de asumir y tomar el gobierno en situaciones dramáticas inesperadas.

Tengo el privilegio de ser testigo de la capacidad que tiene el presidente Luis Lacalle Pou para tomar decisiones relevantes.

Es verdad que generalmente lo hace en soledad, pero también es cierto que es un agudo conocedor del sentir del pueblo, el mismo que conoció en todos los territorios, localidades, parajes y ciudades por los cuales transitó durante muchísimos años.

No es menos importante su reconocida capacidad de comunicación con la gente. Resulta difícil olvidar aquella primera conferencia de prensa donde le habló directamente a la población. A través de la pantalla se veía al conductor, al hombre de Estado, comunicando el inicio de los casos de covid-19 en

Uruguay, y también las medidas que se implementarían, las cuales nos involucraban en su ejecución. Su mensaje como presidente de todos los uruguayos se basó en las acciones a implementar teniendo en cuenta la *libertad responsable* de los ciudadanos y ciudadanas de todo el país y de todas las edades, haciéndonos formar parte de la estrategia.

Y la ciudadanía lo entendió y obró en consecuencia. Basta recordar la desolación de calles y caminos a lo largo y ancho del Uruguay, transitados por escasas personas y vehículos.

Evidentemente el pueblo escuchó al presidente y lo acompañó por encima de colores partidarios o filosofías.

En el Poder Legislativo, donde el oficialismo y la oposición conviven, a pesar de la sugerencia del Frente Amplio, nunca se dejó, protocolos sanitarios exigentes mediante, de funcionar efectivamente. De esa manera, los lineamientos requeridos por el Poder Ejecutivo para instrumentar las medidas necesarias para enfrentar la pandemia fueron sancionados con la premura que los tiempos reclamaban y contando en sala con legisladores del oficialismo y la oposición.

Y ese gobierno, que con *libertad responsable* de la ciudadanía no escatimó en recursos para la respuesta sanitaria requerida, también escuchó a la ciencia. Mostró nuevamente esa actitud abierta de un gobierno que sabe que hay momentos en donde es indispensable recurrir a los técnicos, para que intervengan con sus sugerencias.

Todo un país estuvo a la altura de las circunstancias, porque, en definitiva, en su esencia se encuentra la *libertad responsable* que el presidente requirió.

Es que, al decir del propio presidente Luis Lacalle Pou, «la libertad responsable interpreta al país, la libertad como nación» y él lo sabe.

El covid-19, mutaciones mediante, sigue presente en la aldea global, y aquí, quizás, se recuerde este como el período histórico de la *libertad responsable* solicitada para enfrentar la estrategia contra la pandemia y también el hecho de contar con un presidente de la República que conoce la esencia más íntima de este pueblo.

BEATRIZ ARGIMÓN

Vicepresidenta de la República Oriental del Uruguay

FUENTES CONSULTADAS

- BUQUET, Daniel. «Uruguay y la libertad responsable ante la pandemia», *Latinoamérica 21*, abril de 2021.
- CAETANO, Gerardo. *El liberalismo conservador*, Banda Oriental, agosto de 2021.
- CHASQUETTI, Daniel. «Cómo Uruguay enfrentó la pandemia del coronavirus», en M.M. INÁCIO et al.: «¿Tiempos de prueba o poniendo a prueba a los presidentes? Covid-19 desafiando liderazgos en América Latina, Iberoamericana. América Latina - España - Portugal, 21 (76), pp. 203-239, diciembre de 2020.
- COHEN, Pablo. *Todo un país detrás*, El País, julio de 2001.
- CORBO, Daniel. *Historia del pensamiento político del Partido Nacional (1836-1990)*, Banda Oriental, octubre de 2021.
- FERNÁNDEZ, Michelle y Carlos MACHADO. *Covid 19's Challenges, in Latin America*, Springer, 2021.
- GARCÍA, Alfredo. *Once rounds. Luis Lacalle Pou*, Fin de Siglo, octubre de 2019.
- LEONIS, Esteban. *Luis Lacalle Pou: un rebelde camino a la Presidencia*, Planeta, abril de 2019.
- LINN, Tomás. *Tiempos de cambio: una nueva época y una nueva generación*, Planeta, octubre de 2021.
- SUPERVIELLE, Daniel. *La Positiva: secretos de la campaña de Luis Lacalle Pou*, Aguilar, noviembre de 2015.

Medios periodísticos

AFP

Búsqueda

Canal 5

El Observador

El País

En perspectiva

La Diaria

La Tercera de Chile

Revista Lento

Santo y seña

Subrayado

Telemundo

Telenoche

Todo Noticias

VTV

Página web de Presidencia de la República Oriental del Uruguay

Apuntes propios

Agradezco especialmente a Nahuel Casuriaga, asistente para las transcripciones utilizadas para este trabajo.



Obra de Ignacio Iturría. (Foto de *El Observador*)



Luis Lacalle Pou asume la Presidencia de la República el 1.º de marzo de 2020



Conferencia de prensa del presidente de la República junto a su gabinete. Se habían confirmado los primeros brotes del coronavirus en el país. El 13 de marzo se declara la emergencia sanitaria en el Uruguay.



Fernando Paganini, Rafael Radi y Henry Cohen —coordinadores del Grupo Asesor Científico Honorario— se volvieron celebridades por su desinteresado apoyo científico al país durante la pandemia.



El canciller Ernesto Talvi jugó un papel importante en las primeras semanas de la pandemia liderando el programa de repatriación de uruguayos varados en el exterior por la pandemia. En la foto, junto a la subsecretaria Carolina Ache.



La aplicación coronavirus.uy jugó un papel clave para enfrentar la crisis. En la fotografía, los ministros de Salud Pública, Daniel Salinas, e Industria, Omar Paganini, junto a Nicolás Jodal.



El secretario de la Presidencia, Álvaro Delgado, anuncia la llegada de las vacunas al país.



El presidente de la República realiza un homenaje a los integrantes del GACH.



Un año después de haber asumido, el presidente Luis Lacalle Pou se presenta ante la Asamblea General a rendir cuentas. Pese a la pandemia, el gobierno continuó con su agenda, sin descuidar a los sectores más perjudicados por la crisis sanitaria. 1.º de marzo de 2021.

Gracias por tu lectura.

Este libro se escribió durante la pandemia en el año 2021 y entró a imprenta en abril de 2022. El Estado uruguayo declaró el fin de la emergencia sanitaria por coronavirus el 5 de abril de 2022.

